

CAP. II

LA GRAN EXPANSIÓN INTERNACIONAL

1. LAS OBRAS MARIANISTAS EN SUIZA

La Constitución federal de 1874, transfirió la enseñanza primaria a la competencia legal y académica de cada uno de los veintidós cantones. El artículo 27 de la Constitución definía la escuela como obligatoria, gratuita e interconfesional y aceptó la escuela privada regida por aquellas Congregaciones no comprendidas en el decreto de expulsión de 1848 contra los Jesuitas y las Órdenes que les eran afiliadas. La Compañía de María había estado comprendida entre las Congregaciones expulsadas, pero en el Valais las autoridades cantonales reconocieron oficialmente a la Compañía como Congregación no afiliada a los Jesuitas. A tenor de este acto legal favorable, el gobierno federal reconoció los demás establecimientos escolares de la Compañía en Suiza como filiales de la casa-madre de Sion. De esta manera, la Compañía recibió el amparo legal necesario para ejercer la tarea escolar.

La fortuna favorable o adversa de cada centro escolar marianista dependió de la decisión de las autoridades cantonales a favor o en contra de las Congregaciones docentes. Y esta decisión estuvo sujeta al desenvolvimiento de los acontecimientos políticos en el enfrentamiento de los radicales unidos a los católicos liberales contra los católicos ultramontanos, en cada uno de los cantones. Mientras que en Basilea, los políticos radicales en el poder impusieron la secularización de la enseñanza, expulsando del cantón a las Congregaciones docentes, en los cantones católicos de Uri y el Valais, los políticos siguieron una línea de acomodación moderada de la Constitución de 1874, reconociendo la existencia legal pública de la Compañía de María. En consecuencia, en Altdorf, capital de Uri, los marianistas se mantuvieron sin problemas en la escuela municipal; y en Sion, capital del Valais, la obra escolar marianista conoció una notable expansión gracias al favor de la población católica y de las autoridades políticas y académicas; ambas favorecidas por la necesidad de escolarizar a la población ante el proceso de industrialización que vivía la región.

a) Tensiones y entendimiento entre la Iglesia y los liberales en el poder

En Suiza, los enfrentamientos entre la minoría liberal y la mayoría ultramontana católica en torno a la creación del moderno Estado constitucional condujeron a la guerra civil de la Sonderbund en 1847. La derrota de los siete cantones católicos dejó a la Iglesia sometida al nuevo Estado liberal. No obstante, la Constitución de 1848 reconoció la plena libertad de cultos y dio autoridad a los cantones para adaptar en su territorio la reglamentación federal en las relaciones con la Iglesia. Aunque estas disposiciones favorecieron la situación jurídica de los católicos en los cantones en los que eran minoritarios, sin embargo, los librepensadores radicales continuaron oponiéndose al libre desarrollo de la Iglesia y numerosos monasterios y conventos fueron clausurados y algunos cantones suprimieron la enseñanza religiosa. No obstante, los liberales legislaron con cierto sentido de la tolerancia, lo que permitió el despertar de las instituciones educativas católicas.

Pero los enfrentamientos jurisdiccionales entre el Estado y las autoridades eclesiásticas volvieron a reavivarse con ocasión de la definición dogmática de la infalibilidad pontificia y de la potestad ordinaria y de jurisdicción del Romano Pontífice, definida por la constitución *Pastor aeternus* -de 18 de julio de 1870- en el Concilio Vaticano I. Esta doctrina superaba el principio político de la ingerencia del Estado en la vida de la Iglesia y al reclamar los obispos suizos su autoridad plena en los asuntos de la Iglesia resurgieron las tensiones jurídico-políticas con las autoridades civiles. Los

enfrentamientos se vieron alentados por la influencia de la política bismarckiana contra la Iglesia en la vecina Alemania.¹

La imposición de la jurisdicción pontificia sobre las diócesis suscitó diversas reacciones, pero el predominio del Estado se impuso en la nueva Constitución aprobada el 29 de mayo de 1874, por la que sólo el Consejo Federal poseía autoridad para erigir una nueva diócesis, prohibía la fundación de nuevas Congregaciones y conventos y reconocía al Estado competencia para juzgar qué leyes eclesiásticas se ingerían en la vida de los ciudadanos. Junto a estas decisiones estuvo el hecho de que, en el proceso histórico de modernización de la administración pública, el Estado liberal arrebató a la Iglesia los registros de nacimiento, matrimonio y defunción; que pasaron a ser civiles, así como la enseñanza primaria que vino a ser estatal. El encono entre ambas partes fue tal que la Nunciatura establecida en Lucerna tuvo que cerrarse en 1874 y no volvió a abrirse hasta 1920, fecha en que se instaló en Berna bajo la forma de Obra pontificia de socorro a las víctimas de la Guerra Mundial. Pero a partir de 1880 las medidas anticatólicas se fueron aboliendo en el proceso de distensión jurídica entre el Estado y la Iglesia, gracias a la nueva política de León XIII de acercamiento a los regímenes liberales.

Alentados por la política de pacificación seguida del Papa los católicos suizos irán agrupándose en asociaciones religiosas sociales y culturales de ámbito nacional, en la línea del catolicismo democrático y social, cuya meta es reconciliar la sociedad moderna con la Iglesia. En 1888, tres estudiosos amigos, el consejero nacional Gaspar Decurtins (católico seguidor del programa de León XIII y del obispo Ketteler), el jurista Ernesto Feigenwinter y el teólogo José Beck fundaron la “Liga de las asociaciones de hombres y trabajadores católicos de Suiza”, con un sentido social más avanzado que las tradicionales “Pius-Vereine”. En Saint Gall, el canónigo Joh B. Jung fundó en 1899 la primera “Asociación social-cristiana de trabajadores”, de donde surgió el primer sindicato católico, y, contra los reparos de monseñor Mermillod, de los federalistas católicos y hasta del mismo León XIII, se logró crear una Universidad católica en la ciudad de Friburgo, gracias a que en noviembre de 1889 el Gobierno del cantón se interesó por la fundación y financiación de una Facultad de derecho y otra de filosofía. Seguidamente, los dos políticos católicos, Decurtins y Python, con el apoyo del monseñor Egger, el obispo suizo más destacado de finales del siglo XIX, lograron ganarse al Presidente federal, Ruchonnet, para que los profesores de esta Facultad fueran nombrados por el Papa entre los miembros de la Orden de Predicadores y el 21 de enero de 1890 León XIII dio su consentimiento. Gracias a este proceso de separación Iglesia-Estado, dentro de un progresivo clima de buen entendimiento, y a que la industrialización del país demandaba una oferta educativa de calidad, las obras escolares marianistas en Suiza se encontraron ante un contexto político y social altamente favorable.

b) Reconocimiento legal de la Compañía de María y situación de sus obras docentes en 1876

A pesar de todos estos problemas de la Iglesia en Suiza, Constitución federal de 1874 aceptaba la enseñanza privada y la confesional. En virtud del artículo 27, la organización de la enseñanza primaria quedó bajo la autoridad de los cantones. Los veintidós cantones de la Confederación –a excepción de Solothurn (Soleure)- aceptaron la existencia de la escuela privada. Las autoridades cantonales proveían todas las necesidades de la instrucción primaria, que debía ser obligatoria y la escuelas públicas fue gratuita y abierta a los niños de todas las confesiones. Pero se debe notar que si la instrucción primaria era obligatoria, la Constitución garantizaba la

¹ Oskar Köhler, “Evolución del catolicismo en Suiza”, en Jedin (dir.), *Historia de la Iglesia*, VIII, 133-143; y Roger Aubert, “La Iglesia católica desde la crisis de 1848 hasta la primera Guerra Mundial”, en *Nueva Historia de la Iglesia*, T. V, 110-112.

libertad de enseñanza; esto es, la creación de establecimientos privados, incluso confesionales. Pero, la decisión de permitir la existencia de la escuela privada, también quedó a merced de los cantones. Puesta la instrucción primaria en manos de los cantones, todo intento de centralización o control federal se encontró con la oposición de los católicos. En todos se respetó la libertad de enseñanza, salvo en el cantón de Basilea-Ville, en el que los liberales en el poder suprimieron en 1884 las escuelas libres (privadas) católicas, regentadas por religiosos. Por el contrario, los cantones de mayoría católica de Friburgo y el Valais sostuvieron con subvenciones públicas las escuelas privadas, incluidas las protestantes.²

El mandato de que las escuelas públicas fuesen interconfesionales no significaba que fuesen neutras o ateas. Los programas incluían la enseñanza de la religión y el ejercicio docente de clérigos de las diversas confesiones. En los cantones católicos con enseñanza paritaria, las escuelas públicas eran confesionales y según el artículo 49 de la Constitución, los padres y tutores tenían derecho a decidir sobre la educación religiosa de sus hijos. Además, por el acuerdo de la Conferencia de 1881, los sacerdotes fueron admitidos al ejercicio del magisterio en las escuelas nacionales. Pero también los miembros de las Congregaciones religiosas podían enseñar en los centros oficiales, a excepción de las Congregaciones oficialmente expulsadas de Suiza en 1848 (los Jesuitas y las Congregaciones que les son afines) y siempre que estuvieran en posesión del necesario diploma oficial, tal como veremos a religiosos marianistas contratados en el Liceo oficial de Sion.

La autonomía de cada cantón para autorizar la escuela privada permitió a la Compañía de María permanecer en Suiza y extender su actuación escolar. La Constitución reconocía la facultad de enseñar a aquellas Congregaciones religiosas que no hubiesen estado incluidas en el decreto de expulsión de 1848 contra los Jesuitas y las Órdenes que les eran afines. La Compañía de María estuvo incluida en la orden de expulsión. Pero en el Valais –mayoritariamente católico– las autoridades reconocieron oficialmente a la Compañía como Congregación no afiliada a la Orden de los Jesuitas. Inmediatamente, los demás establecimientos marianistas en Suiza fueron legalmente considerados como filiales de la casa-madre de Sion.

De esta forma, la Compañía de María recibió el reconocimiento legal de las autoridades federales y pudo continuar su obra escolar en el país. Así, al iniciar el padre Simler su generalato, la Compañía de María estaba presente en las ciudades de Sion y Altdorf, en los cantones católicos de Valais y Uri, respectivamente, y en la población protestante de Basilea. Sion dependía de la Provincia de Franco-Condado, mientras que Altdorf y Basilea estaban unidas a la Provincia de Alsacia. La situación de los marianistas en estas dos obras dependientes de Alsacia fue del todo contrapuesta: mientras que en Altdorf –por ser cantón católico–, los religiosos recibieron un trato de favor legal, en Basilea los católicos eran una minoría acosada por la política radical de los liberales.

En Basilea la Compañía dirigía desde 1855 la escuela parroquial. La escuela conocía una vida floreciente gracias a la aumento de la inmigración católica a la ciudad, pero emplazada en un cantón no católico y en un medio político liberal, se hubo de cerrar víctima de la política de la *kulturkampf* de los radicales y católicos liberales contra la enseñanza de las Congregaciones docentes. En 1875 el *Personal* marianista señalaba una comunidad de 9 religiosos, dirigidos por don Antonio Nonnenmacher, para la educación de 446 niños. Bajo la educación marianista y la protección de los católicos, la escuela era un centro escolar floreciente que en 1880 contaba con 13 clases, 15 docentes marianistas y 675 alumnos. Justamente por este desarrollo, se convirtió en el campo de batalla entre los católicos liberales y los ultramontanos. Partidarios del sometimiento de la Iglesia al único dominio del Estado

² Louis Boucard, "Suisse. Note sur l'état actuel de l'enseignement primaire en Suisse", en *Annuaire pédagogique de la Société de Marie (Marianistes). Première année. 1936* (Nivelles-Belgique) 80-88.

en la vida pública, el catolicismo liberal hacía alianza política con los liberales radicales, en modo tal que fue el católico liberal Francisco José Butz-Rieder quien propuso al Gran Consejo que la escuela Santa María estuviera sometida a la inspección del Estado. En consecuencia, el 6 de octubre de 1873 el Consejo tomó las medidas pertinentes. Ante las protestas de la comunidad católica, el Gobierno pidió un informe sobre la escuela que concluía la necesidad de un control por considerarla contraria a la ley. Pero se consideró más prudente no tomar ninguna decisión hasta la promulgación de la nueva Ley escolar. Cuando ésta entró en vigor en 1880, como se previera la obligación de una autorización para las escuelas privadas, la comunidad católica presentó al Consejo de Estado una demanda de autorización para mantener la escuela. El Consejo de Estado pidió al Consejo de Instrucción un informe, en el cual se subrayaron las deficiencias materiales del edificio escolar, dando, así, motivo al director liberal del departamento de Instrucción, Juan Jacobo Burkhardt, defensor acérrimo de la escuela no confesional, para rechazar el 2 de julio de 1882 la petición de los católicos y someter la existencia de la escuela a determinadas condiciones. Al mismo tiempo, el Consejo de Estado permitía la continuación de las escuelas católicas siempre que estuvieran bajo dirección secolar y si se ajustaban a determinadas condiciones en la construcción del edificio y en la organización escolar. Lógicamente, la comunidad católica recurrió la decisión del Consejo, pero la minoría radical estaba decidida a expulsar a los religiosos de la enseñanza, así que el 5 de febrero de 1884 el Gran Consejo se pronunció contra los recursos presentados y a favor de la exclusión de la enseñanza de las órdenes religiosas. El voto del siguiente 24 de febrero confirmó la decisión: para antes del 30 de octubre las comunidades católicas debían haber rescindido los contratos escolares con las Congregaciones religiosas. De nada sirvieron los recursos legales de los católicos: el 30 de agosto el Consejo de Estado negó el permiso a las dos escuelas parroquiales de Basilea, la femenina y la masculina. Tampoco sirvió de nada el intento del párroco de contratar algún religioso marianista para profesor de religión porque el padre Simler y su Consejo ya habían tomado la decisión de retirar la comunidad marianista de la escuela parroquial. El 14 de septiembre la Parroquia despidió a los 17 marianistas y parte de las religiosas Hermanas de la Providencia. Al comienzo del nuevo curso 1884-1885 los alumnos de la escuela parroquial fueron integrados en la escuela pública.³

Muy contraria a la situación de Basilea era la vida de los Marianistas en los cantones de Uri y Valais, donde la Compañía gozaba de existencia pública y legal, reconocida por las autoridades cantonales. El gobierno federal ratificó este reconocimiento al estar los Marianistas en aquellos cantones antes de la promulgación de la Constitución de 1874 que prohibió la entrada de nuevas Congregaciones y la fundación de nuevos conventos. Así, en la escuela municipal de Altdorf, en el cantón de Uri, al frente de la cual la Compañía de María mantenía una pequeña comunidad de cuatro religiosos, se gozaba de una espléndida situación económica, gracias a un acuerdo con el Ayuntamiento de la ciudad. Su tercer director, don Esteban Winné (1858-1888), se reveló un excelente pedagogo como autor de libros escolares y lo mismo su sucesor, don Domingo Klotz, autor de un libro de lectura. En 1875 la escuela recibía a 210 alumnos, siempre con el favor de la población católica y de las autoridades municipales.⁴

La Compañía de María tuvo su centro vital y de expansión en Sion, capital del católico cantón del Valais, donde las autoridades locales, aplicando en el sentido más benigno los principios de la Constitución liberal de 1848, habían favorecido extraordinariamente a los maestros marianistas. En tal forma que tras la nueva Constitución federal de 1874 la Compañía de María tenía destinados a 15 religiosos (2 eran hermanos obreros) para la dirección de la escuela municipal de primera enseñanza, en lengua alemana y francesa, que recibía casi 400 alumnos. Los

³ Pugin, *Les Marianistes en Suisse*, 88-91 y Fibicher, *Les Marianistes en Suisse*, 48-49.

⁴ Fibicher, *Les Marianistes en Suisse*, 43.

religiosos habían añadido a esta escuela un internado de primera enseñanza, habitado por 20 internos, y ambas obras estaban bajo la dirección del marianista suizo don Agustín Lamón⁵. Además, dos religiosos daban las clases de Principios y Rudimentos en el Liceo local y, desde 1863, la escuela media cantonal creada por el Estado en aquel año, también estaba encomendada a los maestros marianistas; en esta escuela se formaron los futuros comerciantes, hombres de negocios, industriales, empleados de ferrocarril..., representantes de las nuevas profesiones de la sociedad capitalista.

Desde 1846 los marianistas impartían cursos de pedagogía durante las vacaciones de verano bajo la protección legal de las autoridades políticas y académicas del cantón. Estos cursos de verano eran eficaces, pero resultaban insuficientes. Los inspectores escolares y el mismo señor Lamón lo repetían en sus informes anuales. Era necesaria la creación de una Escuela Normal de Magisterio⁶. Pero su ejecución no se llevaría a cabo hasta la publicación de la nueva ley escolar de 1873. La Ley fue votada por el Gran Consejo el 14 de octubre de 1873 y fue obra de Enrique Bioley, Jefe de Instrucción Pública, político católico con un gran sentido práctico y capacidad jurídica y administrativa. Entre sus ayudantes estuvo don Agustín Lamón. La nueva Ley de educación estableció la creación de una Escuela bilingüe de Magisterio, cuyos reglamentos, planes y programas de estudios fueron encomendados al señor Lamón. El prestigio de los docentes marianistas era tan elevado que cuando el cantón creó dicha Escuela, Enrique Bioley confió su dirección a los Marianistas, con la aprobación del Consejo de Estado. Naturalmente, viendo la Compañía la importancia de esta obra, destinó a ella una comunidad propia, formada por ocho religiosos bajo la dirección de don Jorge Hopfner. El señor Hopfner era un religioso alsaciano que fue escogido para este puesto por conocer el alemán y encontrarse disponible tras la expulsión de Alsacia de los religiosos docentes por el Estado prusiano. Hopfner era un docente experimentado, que acababa de dejar la dirección del Colegio-internado que la Compañía dirigía en Estrasburgo. Dotado de un carácter firme, fuerte autoridad, sentido práctico y muy dedicado a la tarea docente se reveló el director idóneo para la puesta en marcha de una obra nueva; de esta manera se atrajo la simpatía de los alumnos y la estima de las autoridades académicas y políticas del cantón⁷. La Escuela abrió sus puertas el 7 de enero de 1876 y el programa de estudios se desenvolvía en dos años. Los nuevos maestros titulados renovaron la enseñanza en las escuelas del cantón. Pero don Jorge Hopfner se interesó también por la enseñanza de nuevas técnicas agrícolas, prestando grandes servicios a la burguesía de Sion que le condecoró con el diploma de ciudadano de honor.

El primer edificio escolar, la mansión del Torrente, pronto se quedó pequeño y el Consejo de Estado construyó un inmenso y monumental inmueble en el que se debían alojar la Normal, el colegio público, el museo y los archivos y biblioteca cantonal, con amplios espacios para jardines y campos de recreo. En septiembre de 1894 la Normal ocupó su parte. En 1899 falleció el señor Hopfner y don Agustín Lamón dispuso para sucederle a don Antonio Mura, que era bilingüe; religioso experimentado que había fundado en 1879 la escuela de Brigue, enseñado en el colegio Santa María de Roma y era el prefecto del Colegio Stanislas de París. Al señor Mura le tocó adaptar la Escuela a la nueva ley escolar de 1903, que elevó el plan de estudios a tres años.

Los sentimientos católicos de la población valesana, el desarrollo de una agricultura especializada y el favor legal de las autoridades propició el desarrollo de las obras escolares dirigidas por los Marianistas a lo largo del último cuarto de siglo; así, cuando en 1897 la escuela media cantonal, fue reemplazada por una escuela profesional, dos marianistas formaron parte del claustro de profesores. En el mismo

⁵ Fibicher, *Les Marianistes en Suisse*, 59-60; Pugin, *Les Marianistes en Suisse*, 83-86; *Société de Marie. Tableau du Personnel et des Établissements en 1875*, 42.

⁶ Pugin, *Les Marianistes en Suisse*, 104-108.

⁷ Sobre el sr. Hopfner, cfr. *Le Messager de Marie*, nº 26 (febrero 1900) 337-340.

año, los Marianistas pudieron reabrir la escuela especial –de pago- que el ayuntamiento radical les había mandado clausurar en 1869. Más tarde, en 1899, las autoridades académicas encomendaron a los Marianistas las clases de Matemáticas en los cursos superiores del Liceo local, donde ya eran los profesores de Principios y Rudimentos; materias que impartieron los religiosos hasta la Primera Guerra Mundial. La labor docente marianista en la Escuela de Magisterio propició que los marianistas suizos adquirieran una reconocida competencia científica en campo pedagógico, con la publicación de numerosos libros escolares, a destacar don Antonio Oberlé, don Francisco Bonvin y, sobre todo, don Agustín Lamón.

Ya se ha dicho que don Agustín Lamón fue el religioso más destacado, con fuerte influencia en el panorama educativo suizo de finales del siglo XIX⁸. Nacido en 1838 en Lens (Suiza) y uno de los primeros alumnos del internado de Valère, ingresó novicio de la Compañía María donde profesó en 1855 y al año siguiente comenzó su carrera docente. Dotado de grandes cualidades intelectuales y de gobierno, el señor Lamón destacó por su competencia pedagógica, lo que le valió ser nombrado en 1867 por el Gobierno inspector escolar del distrito de Sion, función que ejerció hasta 1903. El cargo le obligaba a presidir las conferencias pedagógicas, los exámenes de madurez y el control de madurez escolar y cívica de los mozos llamados al servicio militar; también asistía a los exámenes de obtención del brevet en calidad de miembro del jurado. Hombre de confianza del Jefe de Instrucción pública, a él se debe gran parte de la ley escolar valesana de 1873 y del reglamento para las Escuelas Normales de 1874. El señor Lamón también ejerció una fuerte influencia religiosa entre sus cohermanos. Director de la escuela media cantonal desde 1868, en 1873, a los 35 años de edad, sucedió al señor David como director de la comunidad marianista de la escuela municipal de Sion. Además, Lamón ayudó a los religiosos a dar un fuerte sentido misionero a su tarea docente y pronto surgió una notable corriente vocacional entre los jóvenes suizos.

c) Notable expansión en el cantón del Valais

En el Valais, mayoritariamente católico, las autoridades cantonales reconocieron la Compañía de María como Congregación no afiliada a la Orden de los Jesuitas; en consecuencia, bajo favor legal de las autoridades civiles y académicas, recibieron numerosas peticiones para dirigir escuelas municipales, debido a la urgencia de escolarizar a la población infantil ante el desarrollo económico de la región.

En el último cuarto del siglo Suiza prosiguió su expansión económica. Entre 1872 y 1882 se perforó el túnel alpino de San Gotardo y de 1898 a 1905 el túnel de Simplon, que comunicaban el Valais con el norte de Italia. Los medios tecnológicos y los obreros necesarios para estas inmensas obras públicas, unido a las nuevas vías de comunicación, favorecieron el desarrollo comercial, económico y social de la región, que, unido a la especialización agrícola, suscitó una fuerte demanda de servicios escolares. En esta circunstancia, y gracias a las favorables condiciones religiosas y políticas de la población y autoridades católicas del cantón, se recurrió a la Compañía de María por la calidad de la labor docente de sus religiosos para encomendarle la dirección de las escuelas parroquiales y municipales. Este cúmulo de circunstancias favorables, además del reconocimiento legal por las autoridades federales, nos explica que entre 1879 y 1903 la Compañía viviera una fuerte expansión en esta zona alpina de la Suiza católica. En consecuencia, se recibió la dirección de nuevos establecimientos escolares, en cuya negociación don Agustín Lamón actuó como delegado del Provincial del Franco-Condado. Gracias a su intervención, los Ayuntamientos de Brigue (1879), la Parroquia de Lausana (1887), así como los

⁸ Sobre don Agustín Lamón, cfr., *L'Apôtre* (enero-mayo 1908); Pugin, *Les Marianistes en Suisse*, 102-103.

municipio de Monthey (1894) y de Sierre (1903) remitieron a los Marianistas la dirección de sus escuelas de primera enseñanza. Lamon fue el guía de los religiosos marianistas y a él se debió la compra del Hôtel de la Tour, en la ciudad de Martigny, en el que en 1889 se abrió el Colegio Santa María y una escuela de primaria con internado. Más tarde, en 1901, la Parroquia de Montreaux llamó a los Marianistas para la dirección de su escuela parroquial. Todos estos establecimientos, ubicado a lo largo del valle del Ródano, fueron adscritos a la Provincia del Franco-Condado⁹. Finalmente, las obras escolares y las casas de formación abiertas en 1903 hay que ponerlas, más bien, en relación con la expulsión de Francia de las Congregaciones docentes, razón por la que dejamos para más tarde su explicación.

Desde 1871 el municipio de Brigue solicitaba religiosos para la dirección de la escuela municipal de primera enseñanza elemental. Siete años más tarde el señor Alcalde, Stockalper, insistió en la misma petición al señor Lamon quien hizo todo lo posible ante la Administración General para enviar una comunidad religiosa. Hasta que en 1879 la Compañía estableció en Brigue una pequeña comunidad compuesta por tres religiosos, con don Antonio Mura como director, unidos a la Provincia del Franco-Condado. La escuela prosperó y cuando don Antonio fue destinado al Colegio de Roma, en 1887, fue reemplazado por don Gaspar Wehrlé, que consagró toda su vida al población escolar de Brigue.

En la ciudad de Lausana los católicos no se habían olvidado de la labor escolar desenvuelta por los Marianista hasta su expulsión a raíz de la derrota en la guerra civil de 1847. La aplicación tolerante de la Constitución liberal de 1848 había permitido al sacerdote diocesano don José Deruaz, futuro obispo de Lausana y Ginebra, construir en 1864 y en 1866 una escuela de primera enseñanza para niños y otra de niñas. En 1887 el padre Deruaz se dirigió al señor Lamon para pedirle una comunidad de religiosos a los que encomendar la dirección de la escuela católica para niños. Lamon se tomó con interés esta empresa y alcanzó de los superiores el envío de una comunidad marianista formada por cuatro religiosos. Era lógico que en un ciudad donde la población católica crecía gracias a la inmigración la escuela se desarrollara con rapidez. Pero la Compañía no estaba aquí legalmente reconocida por le gobierno federal posterior a la Constitución de 1874. No obstante los religiosos actuaban bajo condición de "secularizados" y gracias al aspecto seglar de la levita y al uso de la barba eran complacientemente tolerados por la autoridad civil.

Numerosas circunstancias favorecieron la fundación en 1889 del colegio Santa María en la ciudad de Martigny. En primer lugar, las numerosas vocaciones valesanas que desde 1880 inundaban el Postulantado de Courtefontaine. Falto de espacio para recibir a estos jóvenes suizos, se hacía necesario abrir un Postulantado en el Valais donde recibir a estos niños de las montañas que veían tan lejano el puesto de Courtefontaine. Por otra parte, desde hacía mucho tiempo la población de Martigny buscaba crear una escuela de primera enseñanza media y superior. La ciudad había conocido beneméritas iniciativas públicas y privadas de fundaciones docentes pero todas habían fracasado. Pero sucedió que el hotel de la Tour, que servía de casa de postas en los viajes en diligencia, había dado en quiebra a causa de la construcción del ferrocarril y en 1899 fue puesto en venta. Entonces, el canónigo Camilo Carron, juzgó que esta era la ocasión propicia para que la ciudad dispusiera de un colegio y señaló a la Compañía de María para que comprara el hotel y pusiera en él la tan deseada obra escolar. Con esta intención, monseñor Teófilo Bourgeois se dirigió a don Agustín Lamon. Las negociaciones llegaron a buen puerto y el 21 de mayo de 1889 se estampó la firma de compra del inmueble.¹⁰

La primera comunidad marianista estaba compuesta por su director don Carlos Hammerschmitt; el capellán padre Juan Bautista Hoffmeyer, cinco profesores y dos

⁹ Fibicher, *Les Marianistes en Suisse*, 17; Pugin, *Les Marianistes en Suisse*, 109-121.

¹⁰ P. José Hiss, *Rapport quinquennal de l'Office d'Instruction*, 1891, p. 11, al Capº Gral de 1891, en AGMAR: 55.5.25.

hermanos empleados en las tareas domésticas y de mantenimiento de la casa. El nuevo establecimiento marianista comprendía una escuela de primera enseñanza y un internado que escolarizaban un centenar de alumnos, de los cuales una veintena eran internos. En realidad, el Colegio Santa María era un Postulantado que recibía alumnos externos. Entre los cuales se encontraban los hijos de las más distinguidas familias valesanas en el mundo de los negocios y la política local, pues el primer alumno matriculado fue Mauricio Troillet de Bagnes, futuro consejero de Estado del cantón del Valais. El edificio era una antigua casa solariega del siglo XVII que estaba necesitada de importantes obras de reparación para su nuevo uso escolar. Los religiosos transformaron en capilla el antiguo salón del hotel y la población apreció el valor de la nueva fundación, de tal modo que en el segundo año el número de alumnos se elevó a 150; pero su número bajó al curso siguiente, tal vez debido al elevado coste de las matrículas para sostener una institución docente privada, a la insuficiente demanda escolar o a la falta de una ambiciosa oferta pedagógica marianista. De hecho, también fue cambiante la presencia de los religiosos destinados a esta obra. En 1890 el capellán fue cambiado por el padre Antonio Dibling y en 1894 el primer director, destinado a la casa de Monthey, fue reemplazado por don Esteban Mariaux. El nuevo director era un marianista valesano, hermano de Alejandro Mariaux, uno de los mejores maestros de la región y fundador de la Sociedad valesana de educación. El señor Mariaux tenía las cualidades idóneas para darle al colegio un mayor impulso. Comprendió que el nivel de enseñanza primaria elemental era insuficiente y, así transformó el colegio en escuela media. Pero su breve lapso de tiempo al frente del colegio, sólo dos años, fue demasiado corto para producir sus frutos y el nuevo director mantuvo la obra en unas dimensiones modestas. Hasta que la llegada en 1903 de los religiosos franceses expulsados de su país permitió revitalizar una obra hasta entonces mortecina.

Las escuelas primarias de Monthey estuvieron durante el siglo XIX en manos de los hermanos de la Cruz de Jesús. En 1894 se retiraron y el Ayuntamiento contrató profesores seculares para mantener la escuela municipal. Pero tanto las familias de los alumnos como el párroco, don Esteban Courthion, reclamaron el contrato con una Congregación religiosa. El señor Alcalde, don Edmundo Delacoste, pidió entonces a la Compañía de María tomar a su cargo la escuela municipal. La petición fue aceptada y don Carlos Hammerschmitt, director del colegio de Martigny, fue encargado de asumir la dirección. A finales de septiembre de 1894 los marianistas vinieron a alojarse en la casa parroquial, al lado de la iglesia, que los religiosos compartieron con el Párroco. Por su lado, la escuela ocupaba una parte del antiguo castillo, donde estaba el cuartel de la gendarmería y la cárcel local.

En Monthey, los religiosos se encontraron con unos alumnos difíciles de dirigir, acostumbrados a la falta de disciplina escolar, a mentir, a pelearse y a juegos estridentes. Los maestros marianistas tuvieron que imponerse con severidad y energía, para lo cual, el director Hammerschmitt, hombre de larga experiencia docente y de temperamento enérgico repetía, “el miedo al maestro es el comienzo de la sabiduría”. Poco a poco los alumnos fueron cambiando de conducta. La inspección mensual de la Comisión escolar en una visita de 1896 se quedó asombrada del cambio de los alumnos. Esto no fue impedimento para que los rudos jóvenes de Monthey no produjeran de vez en cuando algún altercado en la vía pública que obligara a la policía a intervenir. Pero es innegable que los educadores marianistas se ganaron el afecto y la amistad de estos jóvenes.

Las autoridades locales no tardaron en pedir la apertura de una clase destinada a completar los estudios básicos de primera enseñanza, como en el pasado tuvo la escuela. De esta forma, en 1895 se añadieron clases de primera enseñanza media, también dirigidas por don Carlos Hammerschmitt. La escuela media solamente recibía a los mejores alumnos de enseñanza elemental que superaban un examen de ingreso. Esto explica el buen nivel de esta escuela, reconocido en 1909 con la medalla de oro

de la Exposición de Sion. Muchos de sus alumnos llegaron a ser influyentes hombres de negocios, empresarios, periodistas, concejales e incluso diputados.

Los marianistas eran conocidos en el cantón de Vaud por las obras de Lausana, donde habían adquirido prestigio por saber desenvolver su labor escolar en las zonas donde los católicos vivían mezclados con la población protestante. Así, el padre Grand, cura párroco de Montreux, recurrió a la Compañía de María pidiendo maestros para la escuela y obras parroquiales. Don José Boulay, religioso de la comunidad de Valère, Sion, fue encargado de esta nueva fundación, que comenzó en 1901. Muchos alumnos eran niños de familias inmigrantes, sobre todo italianas, y otros nacidos de matrimonios mixtos en cuyos hogares no se cuidaba la formación religiosa de los hijos. Esta escuela era una verdadera misión que requería no sólo la educación cristiana de los niños sino, a menudo, su formación moral, de ahí que diversas obras completaban la instrucción escolar: los patronazgos, monaguillos, scouts y durante el verano los niños eran conducidos a un campamento en Champéry, en una casa de montaña propiedad de la Parroquia.

Dos años después, en 1903, la Compañía recibió la dirección de la escuela municipal de Sierre. El prestigio de las obras marianistas de Sion había atraído la atención de la Comisión escolar de Sierre, que en 1875 inició las conversaciones con la Compañía a través del conde don Luis de Courten, miembro de la Comisión escolar. El conde de Courten se había dirigido a don Agustín Lamon, pero dificultades en los acuerdos impidieron entonces el éxito de las negociaciones. Veinte años después, la señorita María de Courten, hermana del señor Conde, legó en su testamento una importante cantidad a favor de las escuelas, a condición de que fueran encomendadas a una Congregación religiosa. Fue entonces cuando el señor Alcalde, don César de Sépibus, propuso al consejo municipal volver a llamar a la Compañía de María. Las negociaciones fueron encargadas a dos marianistas que veraneaban en casa de sus padres en Sierre, don Alfredo Julier, cuñado del señor Sépibus, y don Esteban Berclaz, hermano del consejero y abogado don Pedro Berclaz. Las nuevas condiciones económicas y el buen talante de los dos religiosos hizo que se llegara fácilmente a un acuerdo con el párroco, padre Ignacio José Lager, y el presidente de la Comisión escolar.

Los superiores llamaron para la dirección de la nueva escuela a don Camilo Zehner, sobrino del padre Lager y el lunes 19 de octubre de 1903 comenzaron las clases bajo la atenta vigilancia de los maestros marianistas. Eran años del naciente asociacionismo juvenil de todo tipo –religioso, cultural y social- en la Iglesia católica y el señor Zehner, hombre de temperamento ardiente y entusiasta, organizó la Congregación mariana con los alumnos y antiguos alumnos; creó una biblioteca escolar y otra popular, a través de la cual difundió el espíritu cristiano entre los alumnos y sus familias.

2. MODERADO CRECIMIENTO EN AUSTRIA Y ALEMANIA

En los países de lengua alemana, Austria y Alemania, la Compañía de María se había extendido poco desde su llegada. La evolución de estas obras docentes y su capacidad de expansión dependió directamente de las políticas de los Gobiernos de estos países en aquella legislación que afectaba a la Iglesia y a las Congregaciones religiosas docentes y al desarrollo industrial y social de la nación. Mientras que en el Imperio austro-húngaro gobernaron los liberales conservadores y tanto el emperador Francisco José como la población se opusieron a una legislación radical en materia religiosa, en el Imperio alemán, el canciller Bismarck se enfrentó a la Iglesia católica con la política de la *kulturkampf*. De este modo, las obras marianistas de Austria pudieron crecer moderadamente, hasta que el desarrollo industrial del país a finales del siglo XIX demandó más educación escolar; momento en que numerosos particulares e instituciones católicas acudieron a la Compañía de María buscando

religiosos a quien encomendar la dirección de las obras escolares que se querían crear.

La industrialización y modernización de la sociedad alemana fue más precoz que la austriaca pero a causa de la política bismarckiana de acoso a la Iglesia católica y de la negativa del Gobierno a aceptar la entrada de religiosos extranjeros y de abrir Noviciado a las Congregaciones cuya sede central no residiera en Alemania, la Compañía de María no pudo enviar más religiosos ni extender su apostolado escolar a nuevas obras. Sin posibilidad de renovar las comunidades y con las personas en edad de jubilación el mantenimiento en Alemania se encontraba al límite de las posibilidades humanas al iniciarse el siglo XX. La única posibilidad era recibir novicios de las regiones católicas del sur de Alemania y formarlos en Austria para, luego, destinarlos a su país. En Austria se pudo recibir nuevos centros escolares gracias a la afluencia de religiosos franceses-alsacianos expulsados de su país por la política laicista de la III República contra las Congregaciones docentes.

a) Transformaciones económicas y sociales en el Imperio austro-húngaro

La estabilidad política proporcionada por la monarquía de Francisco José y el gobierno de los conservadores a partir de 1879 favoreció el desarrollo económico y social del Imperio austro-húngaro. Si bien, fue un desarrollo muy desigual, afectando a las primeras regiones industrializadas en Bohemia, Moravia y la aglomeración de Viena y extendiéndose después a Estiria, Carintia y demás grandes ciudades¹¹. El lento desarrollo del capitalismo austriaco retrasó la demanda de escolarización de la población y éste fue un fuerte obstáculo para la expansión de la obra escolar de la Compañía de María en este país.

A principios de la década de 1870 el Imperio austro-húngaro experimentó un desarrollo económico considerable; aunque en su conjunto presentaba aún las características de una economía de base agrícola; pero el equipamiento industrial progresaba con rapidez sobre la base del capitalismo financiero. Gracias a las inversiones alemanas y francesas, con la fundación de numerosos bancos y sociedades por acciones, el capital se utilizó para la construcción de nuevas líneas de ferrocarril y así, la fundición de hierro, el mecanicismo y el comercio incentivaron la industrialización; a su impulso se promovió el nuevo urbanismo industrial y en las ciudades surgieron ahora los barrios residenciales para la burguesía y las aglomeraciones obreras, los paseos y avenidas, la estación de correos, del ferrocarril, bancos, escuelas, institutos de segunda enseñanza, hospitales y orfanatos, museos y bibliotecas... Esta prosperidad se puso de manifiesto con motivo de la exposición internacional de Viena en 1873; pero se terminó bruscamente al producirse, poco tiempo después, un repentino hundimiento bursátil que produjo la quiebra de 96 bancos y un retroceso en la producción industrial. La crisis se dejó sentir más duramente en Austria que en los demás países centroeuropeos y hasta 1879 no se reanudaría el crecimiento industrial, si bien a un ritmo mucho más lento; circunstancia que acentuó el distanciamiento del desarrollo económico austriaco con relación a Alemania y a los países industrializados occidentales; pues en 1910 el campesinado representaba todavía las dos terceras partes de la población. Las zonas más industrializadas continuaron siendo Bohemia, Moravia y la aglomeración de Viena; las fábricas se habían ido extendiendo a Estiria, Carintia, y los entornos de las grandes ciudades de Hungría, Eslovaquia y Transilvania. Las demás regiones continuaron viviendo en formas económicas y sociales muy atrasadas.

El desarrollo económico y los acuerdos políticos de la Monarquía con las diversas nacionalidades, no obstante los momentos de conflictos con checos y húngaros, acabó por conseguir que los factores de cohesión representados en el

¹¹ P. Guillén, "Austria-Hungría de 1871 a 1918", en J. Néré, *Historia contemporánea. El siglo XIX*, T. V (Barcelona, 1989) 297-306.

prestigio de la dinastía, el poder del ejército y de la administración, la influencia de la Iglesia, la creciente prosperidad económica y el desarrollo de una brillante civilización, consolidaron la conjunción política del Imperio. Sobre esta base económica y política, la sociedad austriaca evolucionó hacia las formas de la vida moderna: economía industrial, desarrollo de la población urbana, una clase obrera organizada que comenzaba a adquirir protagonismo político y la preponderancia económica y cultural de la burguesía sobre la aristocracia. Así se llegó a formar una brillante civilización urbana, caracterizada por un gran desarrollo de la vida intelectual y artística, sobre todo en la Viena de fin de siglo y también en otras grandes ciudades del Imperio como Praga.¹²

b) Liberalismo conservador y legislación favorable a la Iglesia en Austria

“Las décadas que siguieron al retorno al poder de los conservadores en 1879 fueron desde muchos puntos de vista unos años prósperos para el catolicismo austriaco”¹³. Los sucesivos gabinetes conservadores presididos por Taaffe se mostraron neutrales en materia religiosa y practicaron una política conciliadora con la Iglesia. Así, la legislación social se hizo por mano de reformadores cristianos y la ley complementaria sobre la escuela elemental de 1883 tuvo en cuenta las exigencias de los católicos. Crecieron las órdenes religiosas y las instituciones católicas benéficas; los Jesuitas introdujeron en el país, en 1890, las congregaciones marianas para adultos; se organizan misiones parroquiales; hubo intentos de adaptar la pastoral de las grandes ciudades a las nuevas situaciones sociales; hay un auge de la prensa católica; se fundaron diversas organizaciones sociales con vida relativamente pujante y se robusteció el carácter confesional de las escuelas de primera enseñanza. De tal modo que a las puertas de la Primera Guerra Mundial en 1914, para muchos, el Vaticano incluido, Austria estaba llamada a suceder a Francia en el concierto de las naciones católicas.

Esta situación de bonanza para los católicos permitió el buen desarrollo de las obras docentes de la Compañía de María durante el generalato del padre Simler. Expresión de esta situación favorable sería la dirección en Viena de una Escuela de Magisterio, encomendada en 1891 a la Compañía de María por la Asociación Católica de Enseñanza y que los marianistas dirigieron durante diez años.

No obstante la poderosa presencia pública de las instituciones eclesiásticas, el crecimiento de las Congregaciones religiosas en Austria fue moderado, al no recibir muchas vocaciones de una sociedad en la que la vida católica no tenía una profunda penetración en las conciencias. La frialdad religiosa era palpable entre los alumnos del *Internado* Santa María de Graz, pertenecientes a familias adineradas, pero indiferentes en sus prácticas religiosas. Esta situación se reflejó en la Compañía de María, cuya expansión en Austria fue moderada y hasta 1906 no pudo transformarse en Provincia. Así, los Marianistas, que habían llegado a Austria en 1857 con 4 religiosos, en el *Personal* de la Compañía de 1860 aparecen con 7 religiosos, en el de 1864 se registraba 16 religiosos y en el de 1875 sólo 35 religiosos (de ellos 4 eran escolásticos y 2 sacerdotes); veinticinco años después, en 1901, el *Personal* arrojaba la cifra de 73 religiosos (12 de ellos escolásticos y 3 curas) y en enero de 1906 se erigía la nueva Provincia con 148 religiosos (de ellos 14 escolásticos y 15 sacerdotes).

Hasta la Primera Guerra Mundial –1914 a 1918-, a la que siguió la caída de la monarquía habsbúrgica y la desaparición del Imperio austro-húngaro, la situación religiosa en Austria se mantuvo relativamente estable. Pero la expulsión de los

¹² Sobre el esplendor cultural austriaco-vienés, Carl E. Schorske, *Viena Fin-de-Siècle. Política y cultura* (Barcelona 1981) (traducción del original *Fin-de-Siècle Vienna. Politics and Culture*, New York, 1979).

¹³ R. Aubert, “La Iglesia católica desde la crisis de 1848 hasta la primera guerra mundial”, en Aubert, *Nueva historia de la Iglesia*, V, 103.

religiosos de Francia en 1903 permitió que el envío a Austria de numerosos marianistas franceses fuese la ocasión para establecer en casas independientes el Escolasticado, Postulantado y Noviciado. Y, seguidamente, en enero de 1906, se pudo erigir la Provincia canónica de Austria.

c) Moderada expansión de la Compañía en Austria

Al comenzar su generalato el padre Simler, las casas de Austria en Graz y Frohsdorf estaban agrupadas como Vicariato dependiente de la Provincia de París, con el padre Rebsomen ejerciendo las funciones de provincial a título de Visitador. En julio de 1882 el padre Francisco José Leroy, Provincial de Alsacia, visitó las obras de Graz en calidad de delegado del padre Simler. Sobre el terreno pudo constatar la mala salud del padre Rebsomen a causa de la sobrecarga de trabajo como superior religioso de los marianistas empleados en las obras del Orfanato y del Instituto Santa María, además de llevar la formación de los novicios. Leroy prometió enviar al padre José Weckesser con la misión de apoyar al padre Rebsomen en su tarea de gobierno. A partir de esta visita del Provincial alsaciano, en el curso 1883-1884 se remodeló la dirección de las casas de Austria: el padre Rebsomen, casi siempre enfermo, fue trasladado a París para ser Maestro de novicios en la casa de formación de Ris-Orangis; su puesto al frente de los novicios y todos los religiosos de Graz fue tomado por el padre Leroy, que dejaba de ser Provincial. Francisco José Leroy, gracias a su personalidad afable se ganó rápidamente la confianza de los hermanos, pues con su palabra y su ejemplo animaba al más fiel seguimiento de la Regla, al cultivo de la vida espiritual y al cumplimiento abnegado de los deberes escolares. El padre José Weckesser era un religioso norteamericano de origen alemán y había sido el primer marianista enviado a Francia para completar sus estudios clásicos y formarse para recibir el sacerdocio en el espíritu genuino de la Compañía. Se hallaba de capellán en el colegio de Saint Jean d'Angély, de la Provincia de París, y en el verano de 1884 recibió la dirección del Instituto Santa María, en sustitución del padre Rieger, que abandonó la Compañía. Con estos cambios se fortaleció la vida religiosa de la comunidad y alumnos del Internado Santa María de Graz¹⁴.

Seguidamente, en octubre de 1885, Austria volvió a depender de la Provincia de Alsacia, dado que siendo París una Provincia muy desarrollada y que Alsacia había visto muy disminuidos sus efectivos después de la expulsión de los religiosos, resultaba más funcional la adscripción a esta Provincia; de aquí que cuando el padre Simler dio a conocer en la circular del 18 de octubre de 1885 los nombres de los nuevos provinciales y de sus consejeros, anunció que "la Provincia de Alsacia se ha engrandecido con las casas de Graz y de Frohsdorf, a consecuencia de la supresión del Vicariato de Austria, que dependía directamente de la Administración General" (p. 2, n. 2). De esta forma, según el *Personal* de 1886 la Compañía continuaba al frente de la escuela de primera enseñanza de Frohsdorf, con don José Radat de director y cuatro hermanos más, y del Orfanato y el *Internado* Santa María en Graz. En la comunidad del Orfanato había destinados 9 religiosos, con el padre Francisco José Leroy como director y Maestro de novicios, pues en la misma propiedad residían los postulantes, novicios y cuatro escolásticos. En cuanto al *Internado*, estaba asistido por 19 religiosos, dirigidos por el padre José Weckesser y con don Alfredo Julier al frente de la economía.

También el número de alumnos en la escuela de Frohsdorf aumentaba constantemente; por lo que se hacía necesario ampliar el edificio escolar¹⁵. Pero el director, don José Radat, pensaba en un nuevo edificio junto a la iglesia parroquial de Lanzenkirchen, población cercana a Neustadt. En septiembre de 1885 el señor Radat presentó los planos de la nueva escuela a la señora condesa de Chambord. Sus

¹⁴ Hörbst, *Marianisten*, T. I, 18-21.

¹⁵ Hörbst, *Marianisten*, T. I, 26-27.

argumentos fueron tan convincentes que la señora Condesa cambió las disposiciones testamentarias de su marido para permitir la nueva construcción. Ella misma compró el terreno y el 21 de marzo de 1886 se puso la primera piedra. La muerte repentina de la Condesa no detuvo las obras; sino que el 18 de septiembre, una comisión de Wiener-Neustadt examinaba el edificio ya terminado y el 6 de octubre se cerraba la escuela de Frohsdorf. La nueva escuela emplazada en Lanzenkirchen fue bendecida el 10 de octubre y el 15 don José Radat, don Emilio Vogel, don Aloisio Halper, don Enrique Pogruitz y don Pedro Plattek durmieron en el nuevo edificio. A continuación se acondicionaron los patios de recreo y la capilla colegial, que fue bendecida por monseñor Curé el 4 de noviembre, de tal modo que al siguiente 16 de noviembre de 1886 comenzaron las clases.

Por fin, la implantación marianista en tierras austriacas se arraigaba, pues el número de candidatos al Postulantado crecía de año en año en tal modo que durante el verano de 1885 se tuvo que elevar un piso en el *Internado* Santa María para alojar a los postulantes¹⁶. Más tarde, en 1889 el padre Leroy hizo construir un piso más para que los novicios tuvieran en él su propia capilla. También el *Paulinum* tuvo que someterse a una completa renovación: en 1891 el viejo edificio fue derribado y sustituido por otro más espacioso.

El crecimiento de las obras escolares marianistas se notaba en el cambio de directores. En 1888 el padre Weckesser regresó a su Provincia de origen en los Estados Unidos, donde llegaría a ser Provincial. Para sucederle al frente de la Institución Santa María de Graz se nombró al padre Ottomar Woerz, de 36 años de edad. Woerz había nacido en Ludwigsbur y era antiguo alumno de la escuela de Saint Hippolyte, entonces dirigida por el mismo Leroy, ante cuyo buen ejemplo se sintió llamado a ingresar en la Compañía de María en 1871. Como profesor y sacerdote había trabajado en diversos establecimientos de las Provincias de Alsacia y Franco-Condado; había pasado como capellán en el colegio de Ris-Orangis, prefecto de Stanislas de París, bajo la dirección del padre de Lagarde, y por fin subdirector en Belfort. Así pues, estaba inmejorablemente preparado para la tarea que le esperaba en Graz. Puso toda su energía y logró transformar la Institución Santa María en una de las obras más florecientes de la Compañía.

También en Lanzenkirchen hubo cambio de director; en 1889 don José Radat celebraba las bodas de plata de esta escuela benéfica; después de veinticinco años en ella y a sus 59 años de edad, don José se encontraba cansado para la tarea docente y pidió un puesto más llevadero. En el curso 1891-1892 los superiores le enviaron a Graz y en la dirección de la escuela le sustituyó don Aloisio Matscher, tirolés de nacimiento. Al señor Matscher se debe la organización de los alumnos en asociaciones recreativas y culturales, al estilo propio del asociacionismo juvenil de principios del siglo XX.

d) Llamados a Viena por la Asociación Escolar Católica

Desde el origen de la fundación en Austria, la tarea escolar marianista se había establecido en los dos centros de Graz y Frohsdorf, éste trasladado a Lanzenkirchen, sin posibilidades de expansión. Pero a partir de 1888 los Marianistas fueron llamados a Viena por la *Asociación Escolar Católica* para dirigir, sucesivamente, una escuela de primera enseñanza y una Normal de magisterio.¹⁷

La *Asociación Escolar Católica* había sido fundada en Viena en 1886 con la finalidad de crear escuelas católicas donde formar a los niños como buenos católicos y buenos ciudadanos. El 23 abril de 1886 la Dirección de la Asociación dirigió una carta al padre Leroy para pedirle que los religiosos marianistas tomaran a su cargo la dirección de la primera escuela que la Asociación iba abrir en el distrito 2º de la ciudad

¹⁶ Hörbst, *Marianisten*, T. I, 30.

¹⁷ Hörbst, *Marianisten*, T. I, 27-29. 31-34.

de Viena, en la demarcación de la Parroquia de San Leopoldo. La petición fue recibida con gran alegría por los religiosos, pero no se podía atender pues los superiores ya se habían comprometido con la dirección de una escuela benéfica que se iba a construir en Sárvár, Hungría, costada por el heredero al trono Francisco Fernando. Pero por motivos no bien conocidos se rompieron las negociaciones con Hungría y así, en mayo de 1886, el padre Leroy pudo presentar a la *Asociación Escolar Católica* las condiciones para aceptar la dirección de la escuela ofrecida en Viena. Condiciones que fueron aceptadas e inmediatamente se nombró la comunidad formada por los tres excelentes profesores, don Emilio Vogel, en calidad de director, don Aloisio Halper y don Juan Zach.

El 16 de septiembre de 1888 el párroco de San Leopoldo bendijo la escuela y la vivienda de los religiosos y al día siguiente comenzaron las clases con 24 alumnos. Una semana después eran 42. La autorización del señor Obispo a los hermanos para impartir clases de religión era el único permiso oficial para tener abierta la escuela, pero el curso transcurrió a satisfacción de todos. Dos años después, el 2 de agosto de 1890, el presidente de la Asociación Escolar, señor Caspar Schwarz, escribía al padre Leroy para manifestarle la satisfacción de la Asociación por la acción de los religiosos y comunicarle que en este nuevo curso se le concedería a la escuela el permiso oficial de funcionamiento.

A la escuela seguiría la dirección de la escuela aneja adscrita a una Escuela de Magisterio, que con el título de *Seminario Católico de Maestros*, la Asociación Católica Escolar también ofreció a la dirección de la Compañía de María. El 29 de marzo de 1888 la Dirección de la Asociación Católica se había dirigido por carta al padre Leroy para preguntarle “si los venerables hermanos de María en Graz podrían hacerse cargo de la dirección de un Seminario Católico de Maestros y del cuidado de una escuela de prácticas unida a él, con la eventual ayuda de profesores de enseñanza media con buena orientación religiosa”. La Asociación quería fundar en Währing, el barrio más distinguido de Viena, una Normal de magisterio para formar maestros católicos y en la que los religiosos marianistas se encargarían de la escuela aneja para la formación práctica de los normalistas, así como del internado de los alumnos del Seminario de Maestros. El padre Leroy respondió con satisfacción a la propuesta. En estos mismos términos, el 20 de agosto de 1891 se cerraron las negociaciones entre la Compañía de María y la Asociación Escolar Católica.

La apertura de la Normal se fijó para el 15 de septiembre de aquel año, una vez que las obras de construcción del edificio se terminaran durante el verano. El edificio se alzaba en el nº 10 de la Michelstrasse de Viena. El 13 septiembre de 1891 se pudo bendecir la Escuela con su internado durante la celebración de una misa a la que asistieron muchos fieles y donde el padre jesuita Abel pronunció el sermón. En sus palabras expresó la doctrina eclesial sobre el valor de la escuela católica contra los ataques de “la masonería y los secuaces de la fe cristiana y también de la escuela cristiana”. En efecto, para los católicos la escuela confesional era el lugar donde se estaba dando la lucha cultural contra la incredulidad emergente en la sociedad liberal. Por este motivo, la Administración General valoró extraordinariamente esta obra docente en la Corte del Imperio austro-húngaro y envió para su dirección a don Antonio Végh, asistido por el padre José Bovier como capellán, don Juan Steinhäusl en el puesto de prefecto, los profesores don Enrique Pogruitz, don Carlos Findler, don Matías Penall y don Aloisio Halper y los hermanos obreros don Pedro Plattek, cocinero, y don José Kainbacher, enfermero y encargado de la limpieza.

Los comienzos fueron austeros pues los apartamentos de la comunidad en la Zirkusgasse, desde donde los religiosos se desplazaban todos los días a la Escuela de Magisterio, no disponían del mobiliario suficiente, teniendo que esperar meses hasta ver terminadas las instalaciones. Pero también el internado de los alumnos de magisterio, en la misma vivienda de la comunidad, carecía del mobiliario y ropa de hogar necesarios, por lo que al comenzar el curso los religiosos tuvieron que dejarles

sus camas y colchones. A pesar de este contratiempo el número de normalistas creció con rapidez hasta 64 residentes.

La dirección de la Escuela Normal en Viena era un éxito de la Compañía en Austria, que mereció la visita del padre Simler, acompañado con el Asistente de Instrucción, padre Ehrhard, durante el verano de 1893. Ambos superiores permanecieron más tiempo de lo acostumbrado en un establecimiento marianista para conocer a fondo la vida de los religiosos en Austria. El padre Simler permaneció durante catorce días en el importante núcleo marianista de Graz, en el que convivían dos obras escolares y todos los formandos: postulantes, novicios y escolásticos. Allí tuvo diversas conferencias y reuniones con superiores y religiosos con el fin de dar una mejor organización a la vida y trabajo de los marianistas en Austria.

e) La *kulturkampf* y la Escuela de María (Maguncia)

En Alemania, la política de la *kulturkampf* del canciller Bismarck contra la Iglesia católica trajo tiempos difíciles para la Escuela de María de Maguncia. Superados aquellos años de asfixia legal, la escuela conoció una notable expansión, hasta necesitar la construcción de un nuevo edificio en 1901.¹⁸

El 23 de abril de 1874 el Ministerio de educación promulgó una orden que prohibía incluir a “ningún nuevo miembro” en establecimientos de órdenes religiosas; es decir, aquellos religiosos que estaban allí antes de 1874 podían permanecer, pero no se podía sustituir a miembros enfermos, fallecidos o ancianos por otros religiosos. La orden ministerial iba dirigida contra los Jesuitas, Redentoristas, Hermanos de la Doctrina cristiana y contra los religiosos cuyo superior general residiera en Francia. Por este camino legal, el Estado prusiano pretendía agotar por extinción las Congregaciones docentes católicas sin necesidad de recurrir a la persecución o expulsión del país. En consecuencia, el 1 de octubre se presentó en la casa marianista un comisario de policía pidiendo la lista y datos personales de los religiosos empleados en la escuela: don Francisco José Enderlin, director; los religiosos profesores don Augusto Radat, don Santiago Armbruster, don Miguel Gantzer, don Aloisio Gutgsell, don Gregorio Hooch, don Melchor Kehl, don Gregorio Koestel, don Luis Neuberth, don Aloisio Oehl, don Juan Steinhäusl y don Augusto Zeller; y los hermanos obreros don Enrique Beier, don Carlos Englender, don Juan B. Grosser, don José Klotz y don Juan Muff.

No obstante las dificultades político-administrativas, la tarea docente marianista en Maguncia disfrutaba del afecto de los católicos. En 1877 los antiguos alumnos y las familias de los alumnos de ese momento prepararon los festejos de las bodas de plata de la fundación de la llegada de los Marianista a la dirección de la Escuela de María. El acto se transformó en un homenaje al señor Enderlin por su dedicación escolar durante los veinticinco años transcurridos. Dedicación por la que el 18 de marzo recibió la felicitación de la sede episcopal “por todo el bien que usted ha hecho bajo la patente bendición de Dios durante este largo tiempo como director de la escuela de María, para el bien temporal y eterno de la juventud de nuestra ciudad, y por el excelente ejemplo que les ha dado como maestro y educador lleno del más santo y desinteresado amor”. Los actos del jubileo se celebraron el 2 de febrero de 1877 con una ceremonia dirigida por el párroco, padre Körner, y con presencia del señor Obispo, quien mostró su satisfacción por los 450 jóvenes que cursaban sus estudios en la escuela, algunos de ellos como internos.

Pero tras aquel acto siguieron luctuosos acontecimientos; el 13 de julio de 1877 falleció el fundador y protector de la Escuela de María, monseñor Ketteler, y dos años después, el 2 de abril de 1879, a los 75 años de edad, entregaba su alma a Dios don Francisco José Enderlin, ya muy enfermo por los muchos años y una larga vida religiosa dedicada a la juventud en el apostolado de la enseñanza. Su entierro se

¹⁸ Hörbst, *Marianisten*, T. I, 21-25.

transformó en un impresionante cortejo fúnebre en el que participó todo el clero de la ciudad, los cuatrocientos alumnos, un inmenso grupo de antiguos alumnos y amigos de la escuela. Los antiguos alumnos le edificaron un soberbio monumento fúnebre que fue bendecido el 24 de octubre de 1880. Don Augusto Radat notificó a la comisión escolar del Gran Ducado de Mainz la muerte del director Enderlin y proponía hacerse cargo de la dirección de la escuela, cuya administración estaba en sus manos desde hacía tiempo por causa de la enfermedad del señor Enderlin. El Ministerio del Interior y de Justicia aceptó el cambio de director.

En Alemania, como en el resto de los países, el mejor ordenamiento del sistema escolar público se convirtió en la mayor dificultad para la expansión de la escuela católica. Así, en el curso 1881-1882 la Escuela pública preparatoria introdujo los cursos superiores de primaria que posibilitaban el paso al Instituto oficial y a la escuela secundaria. Inmediatamente descendió el número de nuevos alumnos en la Escuela de María. Los marianistas respondieron con las mismas armas y con permiso del Ministerio se abrió una clase preparatoria para el Instituto de enseñanza media y se amplió la Escuela secundaria en una clase previa. Pero el mayor peligro provenía de la ley del 23 de abril de 1874, cuando al producirse los primeros casos de muerte y enfermedad de los religiosos la Administración General no pudo enviar quien les sustituyera. Entonces se hubo de recurrir a contratar sacerdotes diocesanos y a seculares para completar los marianistas que iban falleciendo. Pero el alumnado continuó creciendo y en 1882 la comunidad hubo de trasladarse a vivir a unas casas vecinas con el fin de habilitar más salones de clase y vivienda de internos en el inmueble de la escuela.

Era claro que la posibilidad de crecimiento de la tarea escolar marianista, como para toda la Iglesia católica en Alemania, pasaba por la desaparición de las leyes anticatólicas emanadas durante los años 1871 a 1875. El clero y los seculares resistían heroicamente al canciller Bismarck, pero el coste en pérdidas institucionales era muy alto: cinco obispos en prisión, seminarios cerrados, mil parroquias y tres diócesis vacantes. Si bien la persecución había favorecido el despertar político, social y religioso del laicado católico, estaba claro que en esta situación de colapso institucional no se podía funcionar. Pero no encontrando apoyo internacional en su política de acoso a la Iglesia y ante la amenaza del crecimiento del socialismo entre las masas obreras, Bismarck se vio obligado a buscar el apoyo del voto católico del partido del Zentrum. La solución al enfrentamiento del Estado prusiano contra la Iglesia católica llegará gracias a la mediación de León XIII, dispuesto a conseguir para la Iglesia la libertad necesaria a cambio de las debidas concesiones. Bismarck tuvo que reconocer el fracaso de la *kulturkampf* y aceptar los pactos propuestos por el Papa: la no aplicación de las Leyes de Mayo –pero no su derogación–; se concedió al Estado el nombramiento de obispo en algunas diócesis y éste aceptó una embajada permanente de la Santa Sede ante la Corte de Prusia –no del Reich–.

En consecuencia, a partir de 1894 se suavizó la ley de extinción para las Damas Inglesas y los Capuchinos que pudieron enviar a sus obras en Alemania a miembros de sus Órdenes procedentes de fuera del país. Pero a la Compañía de María no se le concedió este favor legal, a pesar de los esfuerzos de monseñor Pablo Leopoldo Haffner y de los diputados católicos de Maguncia. Por lo tanto, la escuela de María estaba al límite de sus posibilidades de continuidad, pues los cinco religiosos marianistas sumaban una edad media de 57 años. El clero y amplios círculos de ciudadanos católicos se esforzaron para que la única escuela católica para chicos en la ciudad pudiera continuar abierta¹⁹. Y así, en la primavera de 1898 el Obispo, el Consejo supervisor y los religiosos marianistas decidieron reorganizar la escuela, encomendando su dirección a sacerdotes diocesanos, la administración del capital fundacional y la inspección a una Junta de siete miembros y las labores domésticas de la casa a las hermanas de San Vicente de Paúl. El Ministerio del Gran Ducado aprobó

¹⁹ Hörbst, *Marianisten*, T. I, 49-52.

la reorganización y el 27 de enero de 1899 monseñor Haffner hizo pública la reforma administrativa de la Escuela de María: como director del centro se nombró al capellán y profesor de religión padre Juan Gärtner, como director del internado al padre Adán Landvogt y los religiosos marianistas, don Santiago Armbruster, Miguel Gantzer, don Melchor Kehl y don Augusto Zeller, permanecerían como profesores. Al benemérito director don Augusto Radat, de 72 años de edad, por deseo de la nueva Junta y con la autorización de los superiores, se le permitió permanecer en la comunidad como jubilado. En cuanto al programa de estudios se revisó el plan de enseñanza para adecuarlo a la escuela secundaria y preparatoria al Bachillerato.

El nuevo curso se inició el 16 de abril de 1899 con 218 alumnos. La Junta duplicó el sueldo de los profesores que se pudieron dedicar con el mayor interés a sus alumnos y éstos obtuvieron los mejores resultados académicos. Así se logró aumentar el número de niños matriculados y si en el curso 1900 los alumnos fueron 239, al año siguiente se elevó hasta 270 alumnos; mientras que en el internado todas las plazas estaban cubiertas.

El aumento del alumnado aconsejaba ampliar los espacios de patio de recreo y el número de aulas. Se había tenido que alquilar habitaciones en edificios cercanos para habilitarlas como aulas escolares. Además, las aulas de la Escuela de María ya no respondían a las exigencias de la pedagogía moderna. Pero el incendio de una casa vecina permitió que el 23 de octubre de 1899 se pudiera comprar el solar de 2.000 metros cuadrados por la cantidad de 95.000 marcos. Inmediatamente comenzaron las obras de construcción de un nuevo edificio escolar. La puntualidad de los contratistas permitió que en las Navidades de 1900 estuviera terminado el cuerpo central del edificio. Los costes de construcción y equipamiento interior se elevaron a 300.000 marcos. Escuela e internado ocupaban una extensión de 1.000 metros cuadrados edificados, en los que había un espacioso gimnasio, diez clases distribuidas en tres pisos y aulas especiales para física, música y dibujo. La nueva Escuela de María se bendijo el 18 de septiembre de 1901 con una procesión de los alumnos hacia la catedral de San Esteban, donde se tuvo la misa solemne presidida por el decano de la catedral doctor Raich. Luego, en el nuevo gimnasio, hubo un recepción al señor Obispos y demás autoridades civiles y religiosas, entre los que destacaba el señor Alcalde, doctor Gassner, uno de los primeros alumnos de la casa. En aquel acto, el capitular de la catedral, en su calidad de presidente de la Junta escolar, pronunció un discurso para elogiar las Bodas de Oro de la escuela y la tarea meritoria de don Francisco Javier Enderlin. En sus palabras expuso el pensamiento católico sobre el valor de la escuela confesional y de la enseñanza como un ministerio religioso, al afirmar que “por encima del valor material y volumen de nuestro nuevo edificio, yo valoro su significado ideal y práctico (...). La escuela es una casa de Dios; educación y enseñanza son inmediatos servicios divinos, si se construyen sobre la base de la fe cristiana”.

Era absolutamente cierto el valor pastoral y evangelizador de la escuela católica en colaboración con las familias católicas, como evidencia el hecho de que a la muerte del monseñor Enrique Brück, obispo de Maguncia, le sustituyó el antiguo alumno de la Escuela de María y capitular de la catedral, padre Jorge Enrique Kirstein, consagrado obispo el 19 de marzo de 1904. Monseñor Kirstein era discípulo del señor Enderlin, de quien había recibido una sólida formación científica y cristiana, en continuidad con la educación recibida en su familia.

La acción educativa de los Marianistas en Maguncia se continuó en el orfanato-reformatorio de San José, a partir de 1902 y como lugar de refugio de los religiosos expulsados de Francia por las leyes radicales de la III República contra las Congregaciones docentes.

3. LA VITALIDAD DE LA PROVINCIA DE AMÉRICA

El éxito de la obra escolar marianista en los Estados Unidos se debió a diversos motivos concurrentes: 1) en primer lugar está claro el desarrollo económico-social del país que en el decenio 1880-1890 se transforma en una gran potencia industrial; desarrollo que reclamó la expansión del sistema escolar a toda la población infantil a fin de integrar a la población inmigrante en la nueva forma de vida industrial, urbana y democrática; 2) la absoluta libertad legal que el Estado reconoce a los diversos credos religiosos para la actuación pública de sus miembros e instituciones, permitió a los católicos crear su propio sistema escolar para el que llamaron a las Congregaciones docentes a dirigir las escuelas parroquiales, primero, y más tarde los centros de segunda enseñanza y universitarios; 3) el hecho de que los Marianistas establecieron el centro de su asentamiento en los estados del noreste del país; justamente, los de mayor crecimiento industrial y en donde se habían establecido las colonias de familias alemanas que poseían un arraigado sentido de su identidad católica; familias que estaban acostumbradas en su país de origen a defender su fe católica en un medio protestante hostil. Para esta defensa, los seglares y el clero entendían que la escuela parroquial era el medio idóneo para transmitir a los niños la religión de los padres. El arraigo católico en estas familias proporcionó vocaciones para la tarea escolar de la Compañía de María. 4) Pero queda un último valor, propio de los religiosos marianistas, en correspondencia con la entera Iglesia católica norteamericana: la asunción de los valores cívicos y políticos de la joven República, haciendo, así, síntesis del catolicismo con la sociedad civil en este país.

La asunción de los valores cívicos y políticos de la República norteamericana obligó –no sin dificultades- a los diversos grupos lingüísticos que conformaban la Iglesia católica en los Estados Unidos a un proceso de americanización. La Compañía de María vivió en su interior el mismo debate que sacudió a la Iglesia americana a favor o en contra de una vía propia para el catolicismo, en régimen de separación pura y pacífica respecto del Estado y en libertad en medio de la sociedad; o bien, formando grupos lingüísticos separados, con sus propias instituciones eclesiales y sociales donde vivir el catolicismo sin temor a la influencia del medio social liberal y protestante. Si entre los religiosos marianistas predominaba el grupo germano-americano, tanto porque muchos de los religiosos fundadores provenían de Alsacia y eran de lengua franco-alemana, cuanto que las nuevas vocaciones se reclutaron mayoritariamente entre los hijos de las familias de inmigración alemana, es de comprender la preferencia ideológica de los Marianistas por la separación de la Iglesia de la sociedad y la concentración en las escuelas de las parroquias de lengua alemana. Pero la transformación social del país hacia la americanización y la imposición de la lengua inglesa en toda la población obligó a aceptar como situación no discutida la necesidad del inglés y de la cultura americana como forma de vida y de trabajo escolar. Los Marianistas fueron abandonando el uso de la lengua alemana para impartir sus clases en inglés, al mismo tiempo que el grupo iro-americano fue tomando importancia dentro de la Provincia de América. La línea de plena inserción cultural en la sociedad americana estaba propiciada por un reducido grupo de la Jerarquía católica dentro del país. Este línea fue la que se quiso proponer como el modelo a seguir por el catolicismo norteamericano durante la magna Exposición de la Educación Católica tenida en 1893, con motivo de la Exposición Universal de Chicago. La escuela católica se convirtió en uno de los medios más eficaces para transmitir los ideales cívicos democráticos y los principios del progreso económico entre las clases medias trabajadoras a las que pertenecían los católicos norteamericanos.

La Provincia de América extendió y diversificó su acción educadora a nuevas regiones del país y a diversos tipos de centros docentes; así se abrieron Academias y Colegios en California y en las islas Hawai y se aceptó la dirección de numerosas escuelas en parroquias administradas por los Redentoristas en las grandes ciudades

industriales del noreste. Todos estos centros, aun con sus disparidades regionales, estaban unidos por el común talante pedagógico marianista y en ellos se practicaba una educación abierta a la influencia del entorno cultural multiétnico. Superando el primitivo asentamiento entre la población germano-parlante y en continuidad con el objetivo del episcopado norteamericano de unificar las diversas iglesias nacionales de los inmigrantes católicos en una común Iglesia norteamericana, los Marianistas fueron extendiendo su actuación escolar entre la población angloparlante y multiétnica que formaba la joven República americana. Al mismo tiempo, sin hacer de los colegios católicos guetos donde transmitir la fe a los jóvenes sin contaminación del entorno secularizador, sin embargo, la escuela marianista se convirtió en una eficaz institución pastoral a través de la cual los Marianistas contribuyeron a mantener el catolicismo entre la población católica norteamericana.²⁰

En el lapso temporal del generalato del padre Simler la Provincia de América se vio regida por los provinciales, padres Juan Nepomuceno Reinbolt (septiembre de 1864 a abril de 1886), Landelino Beck (desde 1886 hasta junio de 1896) y Jorge Meyer (desde 1896 hasta julio de 1906). Es este tiempo estuvieron asistidos por los Inspectores, don Juan Bautista Stintzi (desde junio de 1869 hasta junio de 1886); don Juan Kim (desde 1886 hasta agosto de 1905) y don Miguel Schleich (desde 1905). El 19 de diciembre de 1908 la Provincia de América fue dividida en las dos de Cincinnati y de San Luis.

a) Gran expansión del catolicismo: la vía americana

En el último tercio del siglo XIX “la proporción de los católicos con respecto a la población blanca se había elevado de 0´19 sobre un total de 7´8 millones en el año 1820 a 4´5 sobre los 33´5 millones de 1870. Este aumento (era) debido especialmente a la inmigración de irlandeses”²¹. Pero a partir de la década de 1880 el incremento de la población católica se debía por igual tanto a los nacimientos como a la inmigración. En 1900, con una población de 76 millones, los católicos participaban con 12 millones; es decir, se habían triplicado desde 1870.

La gran movilidad de la población en la era industrial puso de relieve la importancia del apostolado entre los emigrantes; sobre todo en los Estados Unidos. Atender a las necesidades espirituales de los inmigrantes, en continuidad con las tradiciones católicas de sus países de origen, a la vez que integrarlos en una común cultura e Iglesia norteamericana fue la gran labor de la Jerarquía y de las instituciones católicas. En Europa nacieron diversas asociaciones católicas y congregaciones religiosas para proveer de sacerdotes a los grupos nacionales que se asentaban en los Estados Unidos. En el trasfondo de sus opciones pastorales estaba la idea de formar parroquias nacionales atendidas por clero del país de origen, pues se afirmaba que la dispersión, la pérdida de la lengua y el contacto con población no católica generaba la pérdida de la fe. Pero en los Estados Unidos, parte de la Jerarquía y de la opinión pública reaccionaron contra esta manera de ver las cosas y tanto en el Congreso como en la prensa católica se debatieron estos asuntos.

La controversia acerca del apostolado de los inmigrantes ilustra un problema crucial del catolicismo estadounidense del último tercio del siglo XIX, donde la comunidad católica de origen alemán defendió tenazmente el uso de la lengua y el rechazo al abandono de sus instituciones -parroquias propias, escuelas y prensa católicoalemana-. Pero dado que a partir de 1880 la segunda generación de los hijos de los inmigrantes sólo hablaba inglés, la posesión de la lengua común permitió a los católicos superar las diferencias entre las diversas procedencias nacionales por vía de los hechos. De tal modo que en 1897 la Congregación de *Propaganda Fide* resolvió

²⁰ Kauffman, *Education and Transformation*, 107.

²¹ Oskar Köhler, “El camino americano”, en Jedin (dir.), *Manual de historia de la Iglesia*, VIII, Herder (Barcelona 1978) 234.

que los hijos de inmigrantes nacidos en América, que ya hablaban inglés, una vez llegados a la edad adulta podían abandonar la parroquia de sus padres e ingresar en una parroquia de lengua inglesa.

Los maestros marianistas vivían en sus propias carnes este proceso de americanización de la población inmigrante, dado que su acción escolar más importante la desenvolvían en el nordeste donde era mayoritaria la población germano-parlante. Era lógico que su preferencia eclesial estuviera en el mantenimiento de la lengua alemana en las parroquias y escuelas parroquiales entre la población de origen alemán. Sin embargo el proceso social hacia la unificación de la población en la común lengua inglesa fue obligando a los Marianistas a aceptar, por vía práctica y sin estridencias, la americanización de sus comunidades y obras escolares. Así, en el informe al Capítulo Provincial de 1899 el Provincial, padre Jorge Meyer, un alsaciano de lengua franco-alemana, al subrayar la importancia de la catequesis en la escuela, reconocía que “en las escuelas germano-americanas los profesores tenían que contender con extraordinarias dificultades, que provenían del hecho de que la gran mayoría de los niños ya no entendían el alemán. Explicar el catecismo en alemán era explicarlo en un lenguaje desconocido; pero los párrocos obligaban a explicarlo en esta lengua”²². Por este motivo, los niños de los cursos inferiores recitaban de memoria las palabras de su catecismo sin saber lo que decían. Mientras que cuando a los alumnos de los cursos superiores se les daban las clases de religión en inglés “el conocimiento de nuestra santa religión es cuidadosamente impartido a los pupilos”. Al comenzar el nuevo siglo, en 1900 el padre Meyer informaba al Capítulo Provincial que los padres ya no hablaban en alemán con sus hijos. En algunas escuelas parroquiales la situación era tan extraña como que los alumnos disponían de un catecismo en alemán con su correspondiente traducción en inglés. Los párrocos reconocían esta situación, pero bajo la influyente prensa católica germano-parlante se oponían a introducir el inglés en las catequesis.

Un buen indicio del cambio que había experimentado la estructura del catolicismo americano es la representación episcopal en el segundo concilio plenario de Baltimore, celebrado el año 1884: sobre un total de 75 prelados, 25 obispos habían nacido en América, 15 eran de origen irlandés y 20 nacidos en Irlanda. De modo que el episcopado norteamericano era mayoritariamente irlandés (8 alemanes, 6 franceses y 4 belgas). Estos prelados apoyarán la política de integración de las diversas nacionalidades en una misma Iglesia norteamericana angloparlante. Entre estos eclesiásticos, activos durante el pontificado de León XIII destacaron: monseñor Santiago Gibbons (1834-1921), hijo de emigrantes irlandeses en Baltimore, sacerdote desde 1861 y obispo en 1868; fue el más joven de los padres conciliares en el Concilio Vaticano I y en 1877 fue nombrado arzobispo de Baltimore y creado cardenal en 1886. No buen teólogo pero extraordinario comunicador; Gibbons fue un ardiente defensor de los derechos del Papa en la Iglesia universal, a la vez que celoso administrador de sus deberes episcopales. Plenamente convencido de la libertad de la vida y misión de la Iglesia en la sociedad democrática, Gibbons tenía la Constitución americana como una suerte de Sagrada Escritura secular. Particularmente animoso contra los católicos de lengua alemana, contribuyó notablemente a situar el catolicismo americano en la sociedad moderna.

En la misma línea se situaba Juan Ireland (1838-1918), nacido en Irlanda y llevado de niño a los Estados Unidos por sus padres. Estudió el Seminario en Francia por deseo de su Obispo y de regreso a los Estados Unidos fue ordenado sacerdote en 1861, en 1875 fue ordenado obispo y en 1884 se le dio la sede de Saint Paul que logró erigir a arzobispado. Ireland iba de la mano de Gibbons en su aspiración por un catolicismo americano original. Plenamente convencido de la necesidad de conciliar la fe con la sociedad moderna, se hizo célebre su conferencia al Concilio de Baltimore de 1884, titulada, “La Iglesia católica y la sociedad civil”. Famoso publicista cuyos trabajos

²² Kauffman, *Education and Transformation*, 129 y siguientes.

fueron recogidos en la colección de ensayos *The Church and Modern Society*. Unido a este influyente grupo del episcopado se encontraba el irlandés Juan Keane (1839-1919), a cuya iniciativa se remonta la fundación de la "Catholic University of America" en Washington en colaboración con Juan Lancaster Spalding, obispo de Peoria. Keane fue su primer rector y una de las primeras víctimas de las disputas del americanismo; llegó a ser arzobispo de Dubuque entre 1900 y 1911 y era un vivo defensor de los católicos demócratas. La creación de un catolicismo de fisonomía norteamericana, que vive naturalmente integrado en la democracia norteamericana, anticipó las propuestas del modernismo social a favor de los demócratas católicos. La pretensión de algunos publicistas y obispos americanos de extender esta situación a la Iglesia en Europa no fue aceptada por obispos y propagandistas de la vieja cristiandad, granjeándose la condena de la Santa Sede bajo la acusación de *americanismo*.

La Compañía de María estuvo en el corazón del problema pues fue llamada a los Estados Unidos con el fin de atender a la escolarización de los hijos de las familias germano-católicas en las escuelas parroquiales y diocesanas, o con obras propias. Ya se vio la política antiliberal y antiamericanista del padre León Meyer (1862) que por su rigor hubo de ser relevado de su cargo. Con el Provincial Juan Nepomuceno Reinbolt (1864) los Marianistas adoptaron una postura más flexible y abierta a los cambios socioculturales que afectaban al catolicismo norteamericano, acompasado con el proceso de unificación nacional. De esta manera, los Marianistas se orientaron hacia una lenta aceptación de una común iglesia americana. En este sentido, su actuación coincidirá con la aceptación general de esta línea pastoral por parte de León XIII, pero con sus previsiones. Aun con las dificultades de la distancia, el Papa León llegó a comprender la necesidad de esta "vía americana" y en 1891 acabó por rechazar la idea de un episcopado diferenciado según nacionalidades. A este efecto, entre los años de 1880 y 1903 el Papa intensificó la organización eclesiástica norteamericana, mediante la erección de 23 diócesis y 3 prefecturas. En el concilio plenario de 1889 el Papa envió representante de la Santa Sede a Francisco Satolli, acérrimo neoescolástico y profesor de dogma en el Colegio de *Propaganda Fide* y en el Seminario romano. Con ocasión de la magna exposición colombina de Chicago, en 1892, Satolli fue enviado por segunda vez, ahora como delegado apostólico permanente ante el episcopado norteamericano. Pero a petición de monseñor Gibbons, León XIII suprimió esta delegación permanente de la Santa Sede.

En virtud de esta "vía americana", el catolicismo norteamericano alcanzó su reconocimiento social en el Congreso de la Religión del año 1893, tenido en Chicago y convocado en el marco de la gran exposición colombina del año anterior. Al Congreso fueron invitados los representantes de las principales confesiones cristianas, junto con judíos, musulmanes, hindúes y miembros de otras religiones presentes en los Estados Unidos. Su presidente, el presbiteriano J. H. Barrows, declaró que el Congreso no pretendía, en modo alguno, que nadie sacrificase nada de su fe. En efecto, la tesis dominante era que todas las religiones son igualmente buenas en el marco constitucional norteamericano. La posición que los católicos ocupaban en la vida pública del país se puso de manifiesto en el hecho de que se concediera al cardenal Gibbons el privilegio de recitar el padrenuestro en el inicio del Congreso y de pronunciar el discurso de apertura. Igualmente, a monseñor Keane, Rector de la Universidad Católica, se le concedió el honor de dar la alocución de clausura. En su discurso de apertura es donde mejor se expresa la idea que Gibbons y sus amigos tenían de la relación del catolicismo con la sociedad moderna y la inserción de la Iglesia católica norteamericana en los valores cívicos y democráticos republicanos. En este contexto de pluralidad religiosa y constitucionalismo, Gibbons propuso una nueva interpretación de la indiferencia religiosa, como valor cívico y tolerancia. Keane repitió con éxito este pensamiento en el discurso de clausura del Congreso; y lo volvió a exponer en 1894, en Bruselas, durante el congreso de hombres de ciencia católicos. La fe católica estaba llamada a convivir con otras religiones en un contexto civil

democrático. Gibbons y Keane explican que por indiferencia religiosa no se debe entender que todas las religiones son iguales y por lo tanto fuera indiferente creer en una o en otra; sino que que todas las religiones son igualmente buenas y que ninguna se puede descartar de la vida social, amparadas todas por la Constitución. Esta era una convicción y un concepto teológico y civil de la religión, propio de la mentalidad americana. Por consiguiente, una de las conclusiones del Congreso de Chicago fue reconocer que en el conjunto de las principales religiones existentes en los Estados Unidos no podía faltar la fe católica romana. En definitiva, en el concierto de la igualdad jurídica de las diferentes religiones del país, los católicos comenzaban a gozar de reconocimiento social.

b) La condena del americanismo

Pero visto desde la Iglesia europea y desde Roma, esta suerte de tolerancia jurídica en materia religiosa no se conciliaba con la doctrina católica decimonónica armada de una fuerte apologética contra toda suerte de deísmo, agnosticismo y ecumenismo. Si la verdad es única y la Iglesia católica romana es la depositaria de esta verdad, entonces, la fe católica es la única verdadera. Los católicos no pueden conciliar su fe con esa suerte de tolerancia que encarna el liberalismo. La oposición no estaba solo en Roma. Tampoco la influyente comunidad germano-americana participaba del entusiasmo por la inserción de la Iglesia en la sociedad liberal. En septiembre de 1895 León XIII escribió a su representante ante el episcopado norteamericano, Satolli, que si bien se habían tolerado las asambleas interconfesionales, sería mejor organizar actos católicos, invitando a ellos a los acatólicos. Dejando claro que la vía americana de inserción en la sociedad civil en paridad con otras confesiones religiosas no iba a ser aceptada por los papas. En la carta *Lingua Oceani* del 6 de enero de 1895, aun estando llena de elogios a los Estados Unidos y al ardor de la fe de los católicos, León XIII retenía el concepto pontificio de las relaciones Iglesia-Estado propias de los países “católicos” europeos, caracterizado por la mutua protección entre ambas instituciones y la búsqueda del favor legal para la Iglesia. El Papa afirmaba que el camino americano de separación pura de la Iglesia respecto al Estado, que se reconoce neutro en materia religiosa y deja a sus ciudadanos la libertad de conciencia en la práctica de cualquier religión, no era la mejor posibilidad en todos los casos de relación de la Iglesia con los Estados modernos, como demostraba el caso francés en el conflicto entre la III República y la Iglesia²³. El camino americano de inserción del catolicismo en la sociedad liberal, democrática e industrial, no era comprendido desde Europa; sino que Roma permanecía fija en la doctrina de que el desarrollo de la vida eclesial sería mayor si la Iglesia gozase no sólo de la libertad, sino también del favor de las leyes y de la promoción de los poderes públicos.

Gibbons sólo buscó insertar el catolicismo en las instituciones democráticas y republicanas de la sociedad norteamericana y demostrarle al pueblo americano la armonía plena del catolicismo con las instituciones del país. Esto es, “americanizar” la Iglesia. Nunca pretendió extender este programa a la Iglesia universal. Pero desde Europa y Roma se condenaba la extensión de la vía americana para la Iglesia universal. La propuesta de Gibbons había fracasado. El padre Denis O’Connell fue depuesto de Rector del Colegio Romano, en noviembre de 1895 fue llamado a Roma el delegado Satolli, y en septiembre de 1896 monseñor Keane fue despojado del cargo de Rector de la Universidad Católica de América. En relación con la situación general

²³ Giacomo Martina, *Storia della Chiesa* (Roma 1980) 401-414, establece tres tipos de separación Iglesia-Estado: separación pura, propia de los países anglosajones; separación parcial, propia de Bélgica; y la separación hostil, característica de los países latinos de tradición católica.

de la Iglesia frente al parlamentarismo liberal, sobre todo en Francia, el “camino americano” se convirtió en el problema del “americanismo” al comenzar el nuevo siglo.

El “americanismo” es una idea de origen francés²⁴ y se refiere a un conjunto de opiniones condenadas, bajo este nombre, tal como refiere la carta pontificia *Testem benevolentiae*, dirigida al cardenal Gibbons el 22 de enero de 1899. Su origen se sitúa en la traducción francesa de la biografía de Walter Elliot sobre el fundador de los padres Paúles, Isaac Hecker (1819-1888), aparecida en los Estados Unidos en 1891 y, luego, traducida y publicada en Francia. Si en la edición americana la obra no llamó la atención, la edición francesa causó un extraordinario revuelo debido al prólogo del padre Félix Klein, profesor del Instituto Católico de París. En el prólogo, el abate Klein llamaba a Hecker el “sacerdote del futuro” y con él presentaba el *american way* del catolicismo como modelo a seguir para los tradicionalistas franceses, desautorizados por la política pontificia del *ralliement*.

El libro alcanzó pronto seis ediciones. En el mismo año Denis O’Connell, en su discurso sobre Hecker en el congreso de doctos católicos de Friburgo sostuvo la tesis de la ventaja de la democracia americana y de la separación pura Iglesia-Estado como la mejor forma de relación de la Iglesia con la sociedad moderna. Esta tesis suscitó una violenta oposición en algunos miembros del episcopado francés. Al mismo tiempo, el abate Klein publicó en 1894 una selección de discursos de monseñor Ireland, bajo el título de *L’Eglise et le Siècle*. De esta manera se había llegado a una relación entre sectores del catolicismo francés y americano que buscaban el remedio para la Iglesia en la relación con la sociedad nacida de las revoluciones burguesas. Contra esta corriente, los grupos de ultraconservadores franceses, adversarios del *ralliement*, reaccionaron con artículos en la prensa y predicaciones desde el púlpito en los que tildaron de “americanismo” esta propuesta. La controversia se extendió por Bélgica, Alemania e Italia y los obispos Gibbons, Ireland y Keane protestaron en Roma contra lo que consideraban una calumnia contra el catolicismo americano.

León XIII se opuso a poner en el índice la biografía de Hecker y a una condena del camino americano. Aunque la carta apostólica *Testem benevolentiae* se debió al cardenal Mazzella, uno de los mayores adversarios de Hecker, el Papa modificó el comienzo y el final para no dar la sensación de condenar al grupo de Gibbons y a la Iglesia en Norteamérica. La carta condenaba las siguientes opiniones: que los dogmas incomprensibles para los contemporáneos, aunque no se deben negar, tampoco se deben predicar con demasiado énfasis, o incluso, tomarlos en consideración; que el Magisterio eclesiástico debe limitar sus declaraciones autoritarias para dejar que cada fiel, en quien habla el Espíritu Santo, pueda gozar de mayor libertad; que las virtudes naturales que fomentan la actividad son más importantes que las sobrenaturales; que si bien las Órdenes monásticas y contemplativas habían servido en tiempos pasados, ahora se deben fomentar los Institutos de vida activa; igualmente, los votos religiosos matan la libertad de decisión personal; el apostolado entre los no católicos debe abandonar los viejos métodos.

Lógicamente, ninguno de los afectados se reconoció en estas opiniones, dado que ningún prelado, sacerdote o seglar americano había sostenido nunca tales enormidades; pero lo que irritó fue que se tomaran precauciones y sospechas contra este ala del catolicismo americano representado en monseñor Gibbons. Los obispos Ireland y Gibbons escribieron sendas cartas de protesta a León XIII. Los obispos Ireland y Gibbons escribieron sendas cartas de protesta a León XIII. Era el gran debate interno en la Iglesia en los Estados Unidos –similar al de otras naciones europeas- por su relación con la sociedad moderna.

De hecho el arzobispo alemán de Milwaukke, monseñor Katzer, daba las gracias al Papa por haber salvado de un gran peligro a la Iglesia americana. En realidad la actividad antiamericanista del grupo étnico alemán era muy militante.

²⁴ Köhler, “La condenación del americanismo”, en Jedin, *Manual de historia de la Iglesia*, VIII, 233-253; Kauffman, *Education and Transformation*, 131-132.

Poseedores de numerosa prensa católica acusaban a monseñor Ireland de ser un católico bienintencionado, pero un obispo heterodoxo que predicaba la adaptación de la Iglesia católica a una nación embebida en el espíritu del protestantismo, el materialismo y en la libertad religiosa, propicia a todos los vicios

El debate de la Iglesia norteamericana también estuvo presente en la Compañía de María. El número de *Le Messenger* de mayo de 1900 publicó el resumen de una conferencia del padre Walter Elliot, ante la *Unión Católica de Boston*, titulada “la conversión de América o la obra de las misiones entre los no católicos”, y tenida el 28 de diciembre de 1899 ante un público no católico, por lo que con sentido misionero y apologético el conferenciante expresó un liberalismo exagerado. Pero fue a través de don Damián Litz, cómo los marianistas actuaron contra esta posición extrema. El señor Litz era uno de los primeros marianistas que vinieron a los Estados Unidos; nacido en Baden (Alemania) estaba fuertemente identificado con la comunidad germano-americana²⁵. A lo largo de su carrera escolar en los Estados Unidos, el señor Litz poseía una dilatada experiencia docente en numerosas escuelas parroquiales de lengua alemana en el nordeste del país. Durante su estancia en la escuela de San Miguel, en Baltimore, con preponderancia de parroquianos oriundos de Baden, comenzó su colaboración de publicista católico en el periodismo en lengua alemana, con el pseudónimo de “Sepp”. En 1870 comenzó a escribir en el semanario *Katholische Vokszeitung*, de tirada nacional. El semanario seguía una línea editorial de conservadurismo católico, ultramontano, de piedad sentimental, actitud antiliberal, antiprotestante y antisemita, que tenía como referencia ideal el régimen de cristiandad. A partir de 1880 la influencia del señor Litz en la línea editorial del semanario fue muy notable, convirtiéndose en un publicista activo contra todas las corrientes de pensamiento contrarias a la escuela católica. En este sentido, don Damián militó en el campo opuesto a la corriente anglófona y de inserción de la Iglesia en la sociedad global americana, capitaneada por los obispos Ireland y Keane. Litz estaba unido al obispo germano-americano de Milwaukee, Federico Katzer; con él, el señor Litz consideraba que el “americanismo” era una heterodoxia, propia del catolicismo liberal. De ahí que saludara con satisfacción la carta apostólica *Testem benevolentiae*. Litz escribió apasionados artículos contra el americanismo y se mostró particularmente crítico contra la prensa católica partidaria de esta solución.

Se debe notar que su posición eclesial era muy admirada por el común sentir de los religiosos marianistas, al fin y al cabo, descendientes en su gran mayoría de inmigrantes alemanes, muy encerrados en un catolicismo antiprotestante. Otro de los religiosos contrarios a la “vía americana” fue don Guillermo Wohlleben, uno de los tres religiosos laicos asignados en 1897 a la primera *higg school* dirigida por los Marianistas, perteneciente a la parroquia de lengua alemana de San Pedro y San Pablo en la ciudad de Saint Louis. El párroco, padre Francisco Goeller, era uno de los más significados activistas de la comunidad germano-católica contra la política de monseñor Ireland de asimilar la enseñanza católica al sistema público.

En fin, aunque la pretensión del cardenal Gibbons de demostrar que la mejor posición para la Iglesia norteamericana era la separación pura, sin privilegios legales, su postura no fue aceptada por Roma para la Iglesia universal; sin embargo, los católicos lograron constituirse en una fuerte presencia social e institucional en la sociedad americana con la que compartían sinceramente los mismos principios cívicos y constitucionales. La madurez eclesial del catolicismo en Norteamérica fue reconocida y, finalmente, tras la constitución *Sapienti consilio* de 1908, se estableció en los Estados Unidos la jerarquía ordinaria, dejando de pertenecer a *Propaganda Fide* -el mismo año en que la Provincia marianista de América había alcanzado su máximo grado de expansión y era dividida en las dos de Cincinnati y Saint Louis-. Estaba muy atrás el tiempo en que la Iglesia norteamericana fuera tierra de misión.

²⁵ Kauffman, *Education and Transformation*, 130 y siguientes; Anthony L. Saletel, Damián Litz and the German-American Press, tesis en la Catholic University of America (1937), 100-102.

c) La cuestión escolar

En el último tercio del siglo, “la cuestión escolar ocupaba en el catolicismo americano el centro de interés de forma sin duda todavía más marcada que en el catolicismo de otros países”²⁶. A diferencia del liberalismo europeo, la Constitución de los Estados Unidos reconocía la libertad de fundar escuelas privadas en todos los grados de la educación. Bajo este amparo constitucional los católicos proyectaron en la escuela católica el medio para la formación de la conciencia católica en situación de minoría religiosa en medio de una población mayoritariamente perteneciente a otras iglesias y confesiones cristianas.

Pero las dificultades financieras para sostenerlas con las aportaciones privadas de los fieles y los enormes espacios territoriales del país que tanta dificultad imponía para que la escuela confesional llegara a todos los núcleos católicos son las condiciones bajo las que transcurre el problema escolar. En efecto, aunque el Concilio plenario del episcopado norteamericano de 1884, en Baltimore, había mandado a todos los padres católicos matricular a sus hijos en las escuelas católicas, en muchos casos se tuvo que dar la dispensa episcopal, pues no existían suficientes escuelas católicas, por lo que si en 1884 se contaban solamente 200 escuelas primarias, en 1900 se alcanzaba la cifra de 3.812. Un número del todo insuficiente que obligaba al comienzo del nuevo siglo a que más de la mitad de los niños tuvieran que frecuentar escuelas no católicas; a esto se añadía la buena organización y el alto rendimiento escolar de las *Public Schools* y de todo el sistema escolar primario norteamericano. La enseñanza media y superior católica estaba en manos, sobre todo, de los Jesuitas, que en 1880 tenían 4.000 alumnos y en 1890 llegaban a 5.500. También las Damas del Sagrado Corazón habían intentado adaptar sus obras escolares al segundo nivel de la enseñanza. El gran reto de la escuela católica, sobre todo la sostenida por las Congregaciones religiosas procedentes de Europa, fue el de adaptar su programa de estudios al currículum de la escuela pública, en el que predominaban las ciencias sobre las humanidades en correspondencia con el desarrollo industrial del país. Un momento importante del debate interno al catolicismo norteamericano por la naturaleza de la escuela católica se debió al contraste de pareceres entre monseñor Ireland, partidario en el congreso de la “National Education Association”, de 1890, de integrar las escuelas parroquiales en el sistema público de enseñanza, y los católicos de origen alemán temerosos de esta propuesta por la nefasta experiencia de la política de la *kulturkampf*, y no sólo por el empeño por conservar la lengua alemana.

Un paso importante en el debate por un sistema escolar católico fue la creación de la Universidad Católica de América en Washington. La idea había nacido en el concilio de Baltimore de 1884, con el apoyo de los obispos Juan Lancaster Spalding y Juan Keane, que contaron con el consentimiento del Vaticano. El 13 de noviembre de 1889 se pudo inaugurar en Washington, con asistencia del presidente Harrison, la “Catholic University of America”. Monseñor Keane renunció a su obispado de Rochester para convertirse en su primer rector. En torno al rectorado de Keane y a la constitución del claustro de profesores volvieron a aparecer los debates internos del catolicismo norteamericano sobre una Iglesia única en la misma lengua y estilo de vida americano o formada por grupos lingüísticos según las nacionalidades de origen de la inmigración europea. Debate que se complicó con la disputa, entonces vigente en la Iglesia católica, a favor del neotomismo o de las corrientes teológicas de proveniencia liberal. La Universidad Católica de América no se estabilizó hasta mediados de la primera década del nuevo siglo XX, signo de la dificultad del debate católico norteamericano por encontrar una identidad propia en el marco de una sociedad capitalista y democrática, animada por un fuerte impulso de crecimiento industrial. Pero a través de este debate, la identificación del catolicismo norteamericano con la democracia y el capitalismo, fue un hecho.

²⁶ Köhler, “El camino americano”, en Jedin, *Manual de historia de la Iglesia*, VIII, 233-253.

En similitud a toda la Iglesia católica a finales del siglo XIX, en plena implantación del liberalismo capitalista y parlamentario, también la Iglesia católica en los Estados Unidos, por expresa voluntad de León XIII, adoptará la estrategia de hacerse presente en la sociedad civil por la mediación de poderosas instituciones propias a través de las cuales poder preservar la fe de sus fieles en todos los ámbitos de su vida privada y pública. Entre las instituciones católicas estaban las escuelas y colegios de las Congregaciones religiosas, una de ellas la Compañía de María.

d) Los Marianistas en Winnipeg (Canadá), islas Hawai y California

La fundación a principios de la década de 1880 de obras escolares en territorios alejados de los dos centros marianistas en Estados Unidos responde al rápido crecimiento de la Provincia durante el provincialato del padre Juan Nepomuceno Reinbolt y de su emprendedor Inspector, don Juan Bautista Stintzi. Las nuevas escuelas que se abrieron en Nueva Orleans, y en alianza con los Redentoristas en Baltimore y otras ciudades del Nordeste eran la expresión de la fuerza expansiva de la Provincia de América en el seno de una sociedad en fuerte proceso de crecimiento industrial y urbano. Las escuelas que ahora se recibían en la ciudad de Winnipeg, islas Hawai y estado de California eran un síntoma más de esta expansión. Sin embargo, la lejanía de los centros escolares de Winnipeg e islas Hawai, hacía que estas obras fueran sentidas como misiones extranjeras, y puestas en relación con las escuelas que en los mismos años habían sido entregadas a la dirección de la Compañía en el Protectorado francés de Túnez.

En efecto, en su circular del 3 de enero de 1882 el padre Simler saludaba la recepción de la dirección de la escuela Santa María, en Winnipeg (Canadá), al mismo tiempo que en la ciudad libia de Trípoli. El Buen Padre situaba estas nuevas fundaciones en territorios considerados de misión dentro del conjunto de “las pruebas que en el momento presente atravesaba la Iglesia católica”, la principal y más lamentable, en palabras del Papa, León XIII, “la guerra a la Iglesia de Dios, hecha con la mayor audacia y más descaradamente que nunca”. La situación era similar a la de los primeros tiempos del cristianismo: San Juan, el discípulo amado del Señor, que había sobrevivido en años a los demás apóstoles, había visto cómo el anuncio del Evangelio había llegado a todos los rincones del Imperio romano y más allá de sus fronteras, llevado por los predicadores cristianos. Contra todo obstáculo y ante la más formidable oposición, la persecución se alzaba por todas partes. Esta oposición ¿desanimaría a los fieles? Simler enseña que no. Por el contrario, el apóstol san Juan animaba a la caridad y a la unión de los fieles. Igualmente, el Buen Padre exhortaba a la misma unión entre sus religiosos en estos tiempos de dificultades políticas con los gobiernos republicanos en Francia. En este contexto, la circular daba noticia de “nuestras recientes fundaciones en los países de misión” (p. 7): Winnipeg (Canadá) y Trípoli (Libia).

A los treinta años de llegar los primeros hermanos a los Estados Unidos, entonces considerado un país de misión, Dios bendecía visiblemente aquella primera misión de la Compañía comenzada en pobreza extrema y probada duramente, “hasta acabar por formar una de nuestras más florecientes provincias; que ha llegado a ser tan fecunda y vigorosa que ella misma ha podido enviar sus hijos en misión”. En efecto, los religiosos de la Provincia de América, habían sido llamados a cumplir su tarea docente en la escuela de la misión de los Oblatos de María, al norte de los Grandes Lagos, en la ciudad de Winnipeg, en el estado de Manitoba, Canadá. Winnipeg estaba situada en las inmensas llanuras del Canadá occidental, en unas tierras muy fértiles que habían atraído oleadas de colonos europeos. En 1870 era una aldea y diez años después, en 1881, se había transformado en una ciudad poblada por 10.000 habitantes en constante crecimiento; motivo que hacía interesante permanecer en un puesto donde había una fuerte demanda de escolarización. La llegada de los Marianistas a Winnipeg se debe poner en relación con la colonización agrícola de la gran pradera canadiense.

Como en los Estados Unidos, a partir de 1880 la mecanización del campo y la racionalización capitalista de la agricultura permitió recoger grandes cosechas y competir con ventaja en los mercados europeos. Winnipeg se convierte en uno de los centros cerealísticos del mundo y la región atrae oleadas de inmigrantes y con ellos, órdenes religiosas para atender la vida espiritual y demás servicios asistenciales y docentes. La mejora moral de las poblaciones de frontera en la colonización de las tierras vírgenes era uno de los más sentidos deseos de las autoridades civiles y del clero. En esta empresa participaron las Congregaciones docentes con un marcado sentido de misión *ad gentes*, entre una población que vivía en ásperas condiciones de vida. Testimonio del valor social, cultural y religioso de la labor docente de los religiosos y religiosas entre esta familias de colonos era la emotiva carta que monseñor Taché, el anciano arzobispo de Saint-Boniface, a cuya archidiócesis pertenecía la ciudad de Winnipeg. Taché escribía al padre Simler para agradecerle la tarea educadora de los religiosos marianistas; tarea a la que él mismo –religioso oblato de la Virgen María- se había dedicado durante los cuarenta años de su vida de apóstol y misionero en aquellas regiones y que ahora veía que estaba “asegurada y definitivamente establecida, gracias a la educación cristiana que será dada a los niños”.²⁷ Cuando llegaron los marianistas en 1880, la región era todavía territorio de frontera en el avance de los colonos: el territorio estaba en su mayor parte en estado salvaje, sin cultivar; el clima era riguroso; la alimentación muy elemental y uniforme; las casas muy simples; y los niños sin escolarizar, habituados a vagabundear en sus juegos por las calles y los campos. La primera tarea que se tuvieron que imponer los maestros marianistas fue acostumbrar a los niños al trabajo escolar y educar sus costumbres mediante la adquisición de buenos modales, tan importante como formarles en el ejercicio intelectual. El mismo principio que había orientado la implantación de la Compañía de María en Texas, se volvía a repetir ahora en el Canadá.

La escuela de Santa María era un centro de primera enseñanza a cuya dirección fueron llamados los Marianistas por el padre Lacombe, que se había dirigido a la Administración General de París con esta solicitud. El Consejo General encomendó al provincial Reinbolt viajar hasta Winnipeg, a donde llegó el 3 de junio de 1880, para explorar las condiciones de envío de una comunidad marianista. Acordadas las condiciones para la dirección de la escuela, la primera comunidad marianista llegó el siguiente 2 de agosto. La formaban don Beltrán Bellinghausen, en el cargo de director, don José Hans y don Guillermo Ley²⁸. A los tres años de su llegada, en 1883 se les encargó la escuela de la Parroquia de San José. Dos hermanos se dirigían todos los días a esta escuela, distante unos dos kilómetros de la escuela Santa María. No pudiendo destinar una comunidad para atender la escuela de San José, la Compañía retiró de ella a sus religiosos en 1887. De tal manera que en el *Tableau du Personnel et des Etablissements, en 1886*, en Winnipeg se dirigía la Escuela Santa María, con el señor Adán Banzer como director y el hermano Javier Antoni, y la escuela de San José, encomendada a don Guillermo Ley.

Después de las escuelas de Winnipeg, en septiembre de 1883 los Marianistas tomaron a su cargo el Saint Louis College, en la ciudad de Honolulu, isla de Oahu, perteneciente al archipiélago de Hawai en la Polinesia²⁹. La llamada de los Marianistas se debió al proceso de modernización de las islas, al que debía corresponder la implantación de un sistema escolar occidental; pero también a la rivalidad religiosa entre misioneros presbiterianos y católicos por imponer sus respectivas iglesias entre la población local e inmigrante. El hecho de que fueran los Marianistas de la Provincia de América los que fueran enviados a fundar aquí la Compañía de María se sitúa en el

²⁷ Lebon, *Histoire de la Société de Marie*, 112.

²⁸ Newsletter of Canada, *Le Marianiste Canadien* (January 1980) vol. XVIII, nº 1.

²⁹ Kauffman, *Education and Transformation*, 87-93.

marco de progresiva integración del comercio de las islas en la economía norteamericana.

Cuando los Marianistas llegaron, las islas se encontraban en un avanzado proceso de occidentalización en su forma política de gobierno y en su economía, ésta muy vinculada al comercio norteamericano. La penetración occidental había comenzado a partir de la subida al trono del rey Kamehameha en 1782, quien en 1810 logró unificar las diversas islas con el apoyo militar y económico de los balleneros, exploradores, comerciantes y aventureros europeos y norteamericanos. Fallecido en 1819, su hijo y sucesor, Liholiho, fue haciendo desaparecer la religión tradicional y con la ayuda de misioneros presbiterianos provenientes de Massachusetts llegados a Honolulu en 1820 se terminó por implantar el cristianismo y la unión política de las islas. A partir de este momento, la educación fue sostenida por misioneros venidos desde Boston, que a través de la escuela impusieron definitivamente el cristianismo. Los primeros misioneros católicos fueron enviados a las islas por *Propaganda Fide*; estos fueron los religiosos de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús y de María, llamados Padres de Picpus, fundados por Pedro Coudrin en 1800. Seis misioneros llegaron a las islas en 1827 pero tuvieron que sufrir la oposición de los misioneros protestantes, tan característica en aquellos momentos, amparados por la política real. Al cabo de tres años los religiosos sacerdotes fueron expulsados pero a los religiosos hermanos se les permitió permanecer en las islas. Con la ayuda de Francia los sacerdotes pudieron regresar en 1839 y tras un edicto real los sacerdotes del Picpus pudieron entrar en el archipiélago en 1840. La presencia estable de sacerdotes católicos permitió que en 1843 el padre Louis Maigret, también de los Sagrados Corazones, fuera nombrado primer obispo católico de Honolulu. Aunque el protestantismo fue proclamado religión oficial en 1846, se reconocía la libertad religiosa. De esta medida se beneficiaron los Maristas que con la ayuda de Francia implantaron sus escuelas en las islas, en tal modo que el catolicismo se fue imponiendo sobre el protestantismo.

En 1840 la dinastía Kamehameha se dio una moderna Constitución escrita para preservar su independencia política de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos; potencias que se comprometieron a respetar la independencia del archipiélago, que se encontraba totalmente transformado con carreteras y europeizado en la lengua, el cristianismo y las escuelas. La regulación legal del sistema escolar se remontaba al año de 1840 en el que el Gobierno había tomado a su cargo las escuelas protestantes y católicas con el fin de transformarlas en escuelas públicas; pero más tarde el Rey cambió la ley para proveer dos sistemas escolares independientes –privado y público– bajo el control estatal. Los padres de cada distrito escolar seleccionaban a su representante y el equipo de gobierno del centro marcaba el carácter religioso de la escuela. De esta forma el Gobierno permanecía imparcial en la definición religiosa de cada centro escolar. La enseñanza privada secundaria estaba subvencionada, dado su interés social. Cuando el *Saint Louis College*, puesto bajo la dirección marianista en 1883, recibía una subvención de diez mil dólares, mientras que dos mil quinientos fueron adjudicados bianualmente por el Gobierno en concepto de becas escolares hasta que las islas fueron anexionadas por los Estados Unidos en 1898. Por el régimen de subvenciones el Gobierno se aseguraba el control de las escuelas confesionales católicas y protestantes.

Desde 1850 Norteamérica tuvo libre acceso comercial a todos los puertos hawaianos; y aunque rechazó una propuesta de anexión de las islas a la Unión solicitada por el rey Kamehameha III, en la práctica la vinculación económica con los Estados Unidos fue total. La instalación de plantadores norteamericanos de café y caña de azúcar desembocó en la reciprocidad económica del año 1875, única salida de los productos hawaianos; así, en 1887 le fue concedida a los Estados Unidos la rada de Pearl Harbour. En este marco económico y político pro-norteamericano fue lógico que los Marianistas de la Provincia de América fueran llamados para hacerse cargo de ciertas obras colegiales.

Los Marianistas fueron reclutados para Hawai por el sacerdote del Sagrado Corazón, padre Leonor Fouesnel. Fouesnel había sido durante veinte años párroco de la Parroquia de San Antonio en Wailuku, isla de Maui. En 1883 el Vicario Apostólico, monseñor Herman Koeckemann, también de los Sagrados Corazones, le asignó la misión de reclutar religiosos en Francia o en los Estados Unidos para la dirección de algunos centros escolares. Fouesnel escribió al padre Juan Reinbolt, pidiendo una comunidad de religiosos marianistas y éste le dio una carta de presentación para que se la presentara al padre Simler cuando lo visitara en París. Como resultado de la entrevista con el Superior General, cinco religiosos fueron designados para enseñar en el Saint Louis College, y otros tres tomaron a su cargo las clases de niños de la escuela de la parroquia de San Antonio, en Wailuku. El 3 de septiembre de 1883 los hermanos llegaron a Honolulu para dirigir el Colegio de San Luis, bajo la dirección de don Beltrán Bellinghausen. Dos días después de la llegada a Honolulu, el 5 de septiembre, otro grupo de marianistas llegaban a Wailuku, para asumir la dirección de la escuela parroquial de San Antonio. Dos años después, el 6 de septiembre de 1885, los religiosos don José Jul, don Ignacio Ritter y don Ulrico Koller, éste último como cocinero, llegaron a Hilo, para dirigir la escuela de Santa María, que había sido fundada en octubre de 1875.³⁰

Con una población de unos 23.000 habitantes, Honolulu era una ciudad cosmopolita habitada por chinos, japoneses, portugueses y americanos, además de la población nativa hawaiana. La mayoría de los americanos eran descendientes de los misioneros protestantes que, hasta finales del siglo XIX, dominaron la economía y la política locales. El Saint Louis College había sido fundado en 1880 por el padre Guillermo J. Larkin, misionero de amplia experiencia pastoral en Australia y Nueva Zelanda. En aquellos años había 4.078 alumnos hawaianos matriculados en las 159 escuelas hawaianas y 3.086 estudiantes en las escuelas en lengua inglesa. Larkin abrió el Colegio San Luis como una academia de estudios mercantiles y empresariales para niños hawaianos, bajo el patrocinio del que fue primer obispo católico en las islas, monseñor Louis Maigret. Implicado en la vida política hawaiana, Larkin tuvo que abandonar las islas en 1881; entonces, los padres de la misión, Sacerdotes del Sagrado Corazón, asumieron la dirección del colegio con maestros seculares hasta el año siguiente en que llegaron los Marianistas; sin embargo, los padres de la misión, con el beneplácito del Obispo, continuaron en la dirección; situación que se convirtió en fuente de conflictos por algunos años.

El Colegio San Luis conoció un éxito inmediato: hacia el final del primer año matriculaba a 245 estudiantes, 45 de ellos en régimen de internado. Como las matrículas aumentaron casi en un centenar al año siguiente hubo que enviar cuatro religiosos más a Honolulu. El plan de estudios que los Marianistas ofrecieron a sus alumnos era el característico de los colegios de la Compañía: un nivel de estudios de primera enseñanza, otro de segunda enseñanza y un tercer nivel de Comercio, con cursos de gramática tanto para la primaria como para la secundaria. Las enseñanzas extracurriculares se centraban en la música y el teatro. El señor Bellinghausen perteneció al grupo de religiosos norteamericanos que los Superiores trajeron a Francia para formarse en el espíritu originario de la Compañía. Fue enviado al Colegio Stanislas de París, donde permaneció desde 1875 hasta su regreso a los Estados Unidos en 1877. En Stanislas, Bellinghausen aprendió los métodos docentes de la tradición marianista, entre ellos las veladas musicales y los festivales académicos de entrega de premios. Excelente profesor de ciencias naturales, pionero de la fotografía y buen violinista, en el Colegio San Luis organizaba anualmente un festival de música. El festival se convirtió en uno de los mayores reclamos publicitarios del Colegio, dado el amor de los hawaianos por la música. La fama de músico y de fotógrafo valió a Bellinghausen la admiración del rey Kalakaua, que poseía ideas políticas reformadoras por influencia de los descendientes de los antiguos misioneros protestantes

³⁰ Documentos en AGMAR: 0131.4.4 y 0131.3.

americanos. A don Beltrán se le permitió hacer las fotografías oficiales de la familia real.³¹ Su prestigio personal daba esplendor al Colegio, que fue el de mayor diversidad étnica de todo los colegios marianistas del mundo. En 1905 había matriculados 630 alumnos, de los que 275 eran portugueses, 70 kanakas, 135 hawaianos, 16 ingleses, 33 norteamericanos, 24 alemanes, 58 chinos, 8 japoneses, 1 francés, 3 españoles, 6 escandinavos y 12 italianos.

Por su parte, en la escuela parroquial de San Antonio, en Wailuku se atendía a 150 niños repartidos en tres clases. En 1885 fue abierta una tercera escuela para niños, Saint Mary School, en Hilo, en la isla de Hawai. El programa de estudios era eminentemente práctico, compuesto por cursos de negocios, artes, retórica y drama. De esta manera, en muy poco tiempo, los Marianistas alcanzaron un lugar importante en el sistema educativo de Hawai.

Los primeros marianistas en las Hawai padecieron las adversidades características de los pioneros; sabemos de sus dificultades por las once mociones que enviaron al Capítulo General de 1891. En ellas aparecen las dificultades materiales y los problemas de adaptación propios de toda nueva fundación, pero más en ésta, tan alejada de los demás centros de la Provincia de América y en donde las formas de vida marianista resultaban tan poco convencionales en comparación con las otras Congregaciones religiosas católicas³². Así los religiosos se quejan de la falta de dinero, dificultad para una vida espiritual metódica, para organizar las comunidades y para integrar el trabajo de los hermanos obreros en el conjunto escolar; se tienen problemas con la vestimenta de los sacerdotes marianistas y hay dificultades para que los religiosos laicos sean directores de las escuelas de primera enseñanza; se necesitan más sacerdotes; además tienen dificultades con los padres de la Congregación del Sagrado Corazón a quienes pertenecían los colegios, por lo que se pide que sea la Compañía quien controle las escuelas; finalmente, la lejanía de las Islas impide que los superiores provinciales puedan comprender los problemas de los religiosos destacados en este archipiélago del Pacífico.

Por la ley arancelaria de 1890, Estados Unidos cerró su mercado al azúcar hawaiano. Esta situación provocó una inmediata crisis económica en las Islas, seguida de otra política, pues la reina Liliokalani intentó reaccionar contra el predominio económico y la influencia política de los propietarios de las plantaciones, mayoritariamente norteamericanos; pero ya era demasiado tarde para reaccionar contra los intereses económicos de plantadores de caña de azúcar, descendientes de los antiguos misioneros norteamericanos. Así, un grupo de 150 Marines derrocaron en 1893 a la Reina y proclamaron una República, que solicitó la anexión de las islas Hawai a los Estados Unidos³³. El presidente Cleveland la rechazó pero en 1898 una segunda petición fue aprobada y en 1900 las islas pasaron a formar parte integrante de los Estados Unidos. En estos cambios políticos los religiosos marianistas se mostraron simpatizantes de la Monarquía hawaiana como seguridad de la libertad religiosa escolar frente a los grandes propietarios de las plantaciones de azúcar de credo protestantes; sin embargo, acabaron por aceptar la nueva situación política, pues por otra parte era inexorable la anexión a los Estados Unidos y visto que se aseguraba la libertad religiosa. Si bien, la anexión no fue recibida con entusiasmo por los religiosos, la nueva situación política aseguró el crecimiento económico y la estabilidad social, pues ya no podía imponerse ningún arancel a los productos frutícolas ni al azúcar hawaianos.

Las obras escolares dirigidas por la Compañía de María pudieron continuar su marcha ascendente. Los Marianistas estaban al frente de las tres obras educativas en Hawai bajo contrato con el Obispado. Era éste quien designaba a los directores, tenía capacidad de aceptar y despedir alumnos y supervisaba la gestión económica; de esta

³¹ Bellinghausen, Fotografías familia real hawaiana, en FOTO AGMAR: Hawai. Album 3.7.

³² Las once mociones en AGMAR: 55.6.1-11.

³³ Kauffman, *Education and Transformation*, 91.

forma, la orientación académica de las obras estaba en manos del Prelado, mientras que la Administración Provincial sólo tenía libertad de actuación sobre la vida de la comunidad religiosa. Pero la intervención del Prelado en la vida académica era fuente de conflictos y a su resolución se aplicó el padre Provincial, Landelino Beck, a partir de su visita a las islas en 1893. Por mandato de la Administración General, el padre Beck negoció un nuevo contrato con monseñor Gulstan Ropert, de los Sagrados Corazones, para las obras de Honolulu, Hilo y Wailuku. El padre Beck tuvo que amenazar con retirar a los religiosos si no se le concedía a la Compañía la libertad de seleccionar su alumnado y de dirigir la administración económica de las obras. Sólo así, monseñor Ropert aceptó modificar el contrato. Por el nuevo contrato, don Beltrán Bellinghausen fue nombrado director del Colegio San Luis, con responsabilidad económica y libertad de admisión de alumnos, dato importante en los colegios marianistas para asegurar la disciplina y el nivel de estudios. Sin embargo, el Obispo retuvo la supervisión general de la dirección del Colegio. Esta cláusula volvió convertirse en fuente de tensiones pues las mutuas relaciones quedaban al arbitrio del talante de los sucesivos obispos, como se pudo vivir cuando monseñor Liberto Boeynaems, de los Sagrados Corazones, que no tenía simpatía por el director Bellinghausen, forzó su cambio por don Tomás Neuberger, contra el parecer de la Administración Provincial y la preferencia de los mismos alumnos. Cuando en junio de 1905 don Beltrán Bellinghausen fue trasladado al Colegio Santa María de San Antonio, los estudiantes del Colegio San Luis le enviaron un emocionado mensaje de gratitud. Tan decisiva había sido su presencia para la historia de la Compañía de María en Hawai.

Desde 1922 las islas Hawai recibieron la instalación masiva de acuartelamientos militares y una fuerte población de oficiales y soldados vino a presentar una gran demanda de servicios, entre ellos la educación.

Cuando don Beltrán Bellinghausen y siete religiosos marianistas viajaban desde Dayton a Honolulu en la primavera de 1883 se detuvieron durante una semana en San Francisco. En su visita al obispo, monseñor José S. Alemany les manifestó "cuánto deseaba tener religiosos (marianistas) en California"³⁴. La petición del Prelado fue atentamente considerada por la Administración Provincial ante la necesidad de contar con una base de conexión en el largo viaje de Dayton a Honolulu, y fue la ocasión para extender la acción educativa marianista por la Costa Oeste del país.

Entre las numerosas peticiones llegadas provenientes de obispos y párrocos fueron aceptadas dos propuestas: la Escuela Santa María de la parroquia de alemanes de la Inmaculada Concepción en la ciudad minera de Marysville, situada al norte de California y perteneciente a la diócesis de Grass Valley, y otra escuela en Stockton. Cuando los religiosos don Juan Kautz, don Juan Holtman y don Bernardo Leimkuehler llegaron a Marysville se encontraron que la Parroquia de la Inmaculada se había fundido con la de San José y que el párroco, padre Luis Bucholzer había sido removido de su puesto para ser destinado a San Francisco. El señor obispo, Patricio Manogue, pidió a los religiosos unirse al padre Bucholzer para enseñar en la escuela catedralicia de Santa María, bajo el rectorado del padre J. J. Callan. Así, en septiembre de 1884 los Marianistas se hicieron cargo de la escuela parroquial graduada de Santa María, donde se atendía a la educación escolar de un centenar de niños, cuyos padres se mostraron muy satisfechos con los profesores marianistas y al año siguiente el Provincial elevó a cinco el número de religiosos. Pero dado que el párroco se mostró muy opuesto a los maestros marianistas, al terminar aquel curso 1885-86 el provincial Reinbolt retiró a sus religiosos para enviarlos a la escuela parroquial de San José en San Francisco.

A la escuela parroquial de San José, en la ciudad de San Francisco, llegaron los marianistas en el curso 1886-1887 llamados por el párroco, padre Patricio Scanlon, por sugerencia del arzobispo monseñor Patricio Riordan. Situada en un barrio residencial y de negocios la Escuela San José escolarizaba a 400 alumnos. Al

³⁴ Sobre la fundación en California, cfr. Kauffman, *Education and Transformation*, 93-95.

principio, los religiosos tuvieron que imponer su autoridad para vencer la indisciplina de sus pupilos pero resueltos los problemas iniciales la escuela conoció un notable incremento de alumnos hasta matricular en 1902 a 500 niños con una comunidad de nueve religiosos. Parte de este éxito se debió a la maestría de don Jorge Sauer, gran educador que estuvo en la dirección de la escuela durante este período.

Mientras tanto, en 1884 se había aceptado dirigir la escuela parroquial de la parroquia Santa María en la ciudad de Stockton, perteneciente a la archidiócesis de San Francisco. Los Marianistas fueron calurosamente recibidos por el párroco, Guillermo O'Connor. Don Jorge Albert fue el director y a sus órdenes trabajaron los religiosos don Santiago Hans, don Antonio Hoffman, don Juan Rost y don José Sauerbier. Daban clase a 150 niños y aunque el número de matrículas aumentó los religiosos vivieron en condiciones materiales muy modestas.

Una tercera escuela parroquial, llamada de San José, fue abierta en la ciudad de San José en 1898. La parroquia estaba sostenida por los Jesuitas que ofrecieron gran ayuda a los cuatro jóvenes marianistas destinados a esta obra. Situada en una pequeña ciudad agrícola, la escuela parroquial experimentaba grandes fluctuaciones de alumnado hasta finales de septiembre en que terminaban las tareas de la cosecha y los niños quedaban libres de los trabajos del campo. En 1902 el número de alumnos era de 148 estudiantes y cinco religiosos; mientras que la escuela femenina de la misma parroquia contaba con 260 niñas y siete Hermanas de Nuestra Señora.

En conclusión, gracias a estas escuelas parroquiales la Compañía de María se estableció de manera permanente en California. Siguiendo la expansión demográfica y económica del país, los Marianistas vinieron también a establecerse en una de las zonas más prometedoras en la Costa Oeste. Sin embargo, la expansión de la Compañía en esta región fue moderada debido a la política ambivalente del Consejo Provincial hacia las obras escolares en aquella región. No se olvide que la razón inicial para aceptar estas escuelas fue establecer un puesto de contacto entre las lejanas obras de Hawai y el centro de las casas marianistas en Dayton. Un motivo determinante para no apostar por la expansión en la región fue la enorme distancia que la separaba del centro marianista situado en Dayton. Esta distancia aconsejó a que a mediados de la década de los años ochenta se decidiera que los religiosos de California tuvieran el retiro anual en la casa de Stockton para ahorrar los gastos de viaje hasta Dayton. Además, contra la costumbre practicada en los colegios de San Antonio (Texas) y de Honolulu, los Marianistas no abrieron internados en California, que era una de las más importantes fuentes de ingresos económicos para la Provincia. A favor de estas escuelas parroquiales estaba el hecho de que se encontraban ubicadas en los grandes distritos urbanos de San Francisco y San José, en similitud con el hábitat característico de los Marianistas en los Estados Unidos, cuyas principales presencias se localizaban en grandes metrópolis como Cincinnati, Dayton, Cleveland, Pittsburg, Brooklyn, Nueva York, Rochester y Baltimore. Pero sobre todo, la mayor dificultad para extenderse en California estaba en que el núcleo marianista californiano, al igual que los núcleos de las islas Hawai y de San Antonio (Texas), no se identificaba con el sustrato cultural germano-americano característico de las obras del centro marianista en torno a Dayton. Para dirigir las escuelas de California la Provincia se tenía que servir de las numerosas vocaciones provenientes de las parroquias germanoparlantes del Este, entre las que destacaban las parroquias de Baltimore. Estas circunstancias hacían que el núcleo marianista californiano quedase en la periferia del mundo marianista norteamericano y esta era la causa por la que el Consejo Provincial no alentaba su expansión.

Un año después de la fundación en Canadá, el padre Simler enviaría en 1881 una pequeña comunidad marianista para dirigir la escuela de la misión franciscana en la ciudad de Trípoli en el norte de África. Así pues, Winnipeg, Hawai y norte de África fueron los primeros pasos de la Compañía acompañando la proyección misionera de la Iglesia católica a finales del siglo XIX. Pasos que anunciaban las grandes fundaciones de España, Japón e Italia; a su vez, manifestación de la madurez

institucional y espiritual de la Compañía de María y de la expansión en hombres y en obras escolares.

e) La adaptación de la obra escolar marianista a la sociedad americana

En las dos últimas décadas del siglo XIX la escuela marianista vivió todas las transformaciones internas -y los debates que le acompañaron- del sistema escolar católico en los Estados Unidos: el paso de la enseñanza en alemán al uso del inglés; la extensión de la escuela a la enseñanza media y, con ello, la diversificación de los estudios desde las asignaturas de la tradición clásica europea –latín y artes liberales- a la demanda de disciplinas científicas, tan necesarias en una sociedad con un alto ritmo de crecimiento industrial. Esta transición se hizo manteniendo la tradición liberal y humanista de la educación marianista, en virtud de la abundante doctrina espiritual y pedagógica del Superior General, Simler, vertida en sus muchas y extensas circulares. Pero también resultó determinante la traducción y publicación en inglés, en 1899, del *Manual de pedagogía cristiana para uso de los hermanos docentes de la Compañía de María*; manual que había sido publicado en Burdeos en dos partes, una de 1856 y otra en 1857, obra del Asistente General de Instrucción, padre Juan Bautista Fontaine. Se recordará que esta obra era un verdadero tratado de pedagogía general, en el que se consideraban los principios y fines de la educación física, intelectual y moral del alumno, así como de las cualidades y disposiciones del profesor. El sentido de la psicología infantil, el respeto del alumno, y el valor de su dignidad, daba un sentido humanista y una vivencia equilibrada de la religión, lejos de todo rigorismo; pero sin disminuir los contenidos del credo católico ni de las exigencias de la enseñanza. Gracias a la orientación de Simler, también en los Estados Unidos pudieron los Marianistas ofrecer a las familias católicas una vivencia firme de la religión en armonía con el sentido moderno de respeto a la persona del educando.³⁵

A partir de la década 1880-1890 los Marianistas extenderán su acción escolar entre población obrera de ascendencia irlandesa; y por lo tanto de lengua inglesa. A esta nueva orientación se llegó por vía de los hechos cuando en 1879 se produjo la ruptura del contrato entre el párroco redentorista y los Marianistas en la escuela parroquial de San Alfonso en Baltimore. Entonces, el provincial Reinbolt pidió a monseñor Gibbons permiso para abrir una Academia en zona de familias germano-parlantes con el fin de preparar a sus alumnos para ingresar en los colegios católicos dirigidos por los Jesuitas, Hermanos de las Escuelas Cristianas, los Javerianos y otro colegio diocesano. Pero ante la oposición de los párrocos redentoristas, que acusaron a los Marianistas de acoger a los alumnos de las familias más distinguidas y de conducirlos a su Noviciado, el señor Arzobispo no accedió a la petición del padre Reinbolt y, a cambio, le sugirió tomar la dirección de la escuela parroquial para niños que se quería abrir en la Parroquia de San Martín, localizada en un barrio de población irlandesa, al oeste de Baltimore. El Provincial y el Párroco llegaron fácilmente a un acuerdo económico. Don Eduardo Gorman, que conocía al párroco padre Juan S. Foley, fue nombrado director de la nueva escuela. La escuela para niñas estaba dirigida por las Hijas de la Caridad.

Al abrirse la escuela en 1880 sólo se matricularon 47 niños; pero al año siguiente, las matrículas se elevaron a 120 alumnos, provenientes de 14 parroquias. De nuevo, los maestros marianistas lograron imponer su método de trabajo y la disciplina sin necesidad del uso de castigos corporales y el rendimiento escolar de los niños fue satisfactorio. Los alumnos que permanecían en la escuela después de haber recibido la primera comunión seguían un programa de estudios similar a la enseñanza secundaria con materias de doctrina cristiana, aritmética, álgebra, geometría, lectura, fonética, etimología, gramática, redacción, historia, higiene, física, escritura,

³⁵ Ver la valoración de la pedagogía marianista en la sociedad americana que hace Kauffman, *Education and Transformation*, 134.

contabilidad, comercio, mecanografía y taquigrafía, todo orientado a sus futuros empleos.

En 1888 el padre Foley fue elegido obispo de Detroit. Cercano a las ideas del Cardenal Gibbons, Foley pertenecía al ala de la Jerarquía norteamericana contraria al separatismo étnico propugnado por los preladados germano-americanos. El conflicto con los párrocos de San Alfonso y la amistad de los Marianistas con monseñor Foley será el inicio de la progresiva orientación de la Compañía en los Estados Unidos hacia la política de plena inserción en la cultura norteamericana. Posición que fue alabada por el arzobispo Gibbons en la carta enviada al padre Simler con fecha del 17 de octubre de 1881, como documentación que se debía presentar en Roma para la aprobación definitiva de las Constituciones de la Compañía. En la carta, monseñor Gibbons alababa la tarea escolar de los religiosos marianistas por su “piedad, disciplina y devoción en la educación de los jóvenes”.

En el estado de Texas la Compañía de María había aceptado alumnos de diversas procedencias étnicas, lingüísticas y religiosas. En este estado, los religiosos marianistas estaban más connaturalizados con la línea del episcopado norteamericano de constitución de una común Iglesia norteamericana.

En 1892, el Colegio Santa María, en San Antonio (Texas), se encontraba al máximo de sus posibilidades con un inmenso internado de 85 muchachos, más 330 alumnos externos. Para aliviar esta situación se propuso la construcción de un nuevo internado y la Administración General mandó al Provincial, padre Landelino Beck, y su Inspector, don Juan Bautista Kim, estudiar la propuesta de un propiedad que se ofrecía a las afueras de la ciudad. La población de San Antonio había crecido hasta cincuenta mil habitantes. Los setenta y cinco acres de terreno comprados al oeste de la ciudad sirvieron para el desarrollo de un nuevo colegio, que será llamado *Saint Louis College*, al que se trajo el internado del Santa María. El nuevo Colegio abrió sus clases en septiembre de 1894; aislado de la ciudad ofrecía un espacio ideal para el estudio y las actividades deportivas. Cinco años después de su inauguración contaba con 21 religiosos dirigidos por don Juan Wolf y el padre José Weckesser como capellán, con 70 internos, más 12 alumnos externos. Por su parte, el Colegio de Santa María tenía 10 religiosos para 290 alumnos externos. Situado en el centro de la ciudad, Santa María recibía alumnos de todas las parroquias católicas, por lo que sus estudiantes provenían de los grupos lingüísticos ingleses, alemán, mejicano y hasta polaco³⁶.

En la última década del siglo, los religiosos marianistas norteamericanos se integraron en la política de la Iglesia católica en los Estados Unidos, partidaria de acentuar los rasgos de la sociedad americana; así pues, la escuela marianista se orientó a alentar los sentimientos patrióticos y republicanos³⁷. A ello ayudó la celebración en 1892 del cuarto centenario del descubrimiento de América y de la magna exposición colombina de Chicago. Las celebraciones en Baltimore sirvieron para justificar la tendencia proamericana del Cardenal Gibbons y los diarios católicos se hicieron amplio eco de la participación de los niños y jóvenes de las escuelas católicas en los festejos conmemorativos para destacar su patriotismo y mostrar la contribución de los católicos a sostener el esfuerzo moral de la nación frente a la crítica protestante que acusaba a la escuela católica de ser antidemocrática. La participación de los centros educativos católicos en la exposición universal de Chicago a finales de 1893, con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América, sirvió para construir un amplio consenso en la comunidad católica a favor de los valores democráticos de la sociedad norteamericana y para mostrar la contribución de los católicos en la construcción del desarrollo económico y político del país.

El Inspector provincial de América, don Juan Bautista Kim, se encargó de promover y reunir los trabajos escolares de los alumnos marianistas que se

³⁶ Kauffman, *Education and Transformation*, 85-86.

³⁷ Kauffman, *Education and Transformation*, 104-107.

presentaron en la exposición de Chicago. Kim concibió el plan de las obras a exponer; vigiló todos los detalles de ejecución. Sus esfuerzos no carecieron de éxito, pues los establecimientos marianistas recogieron diecinueve medallas y treinta y nueve diplomas de honor en la sección pedagógica. Además, con motivo de la exposición de Chicago, en numerosas diócesis se exhibieron muestras del trabajo escolar realizado en las escuelas católicas, entre ellas las de la Compañía de María. También ahora don Juan Bautista Kim se encargó de organizar los trabajos escolares de los centros marianistas presentados en cinco de estas muestras diocesanas. Si bien fueron los Hermanos de las Escuelas Cristianas y los Jesuitas las congregaciones más representadas, sin embargo, en la “Jornada de la Educación Católica” en la exposición universal de Chicago, el Provincial, padre Jorge Meyer, recibió un amplio reconocimiento por encima de otros institutos religiosos docentes. En la parte dedicada a los religiosos marianistas sobresalían los dos colegios multiétnicos de San Antonio (Texas) y de Honolulu (Hawaii), el carácter cosmopolita de las escuelas de California, la predominante población germano-americana de las escuelas de Cincinnati, Cleveland, Rochester, Baltimore y Chicago y de modo especial destacaba Dayton por su Colegio y su Escuela Normal. Los alumnos marianistas exhibían avanzados trabajos escolares en ciencias, ingeniería y matemáticas. Aunque los trabajos más abundantes, propio de los métodos didácticos de la época, fueron las muestras de caligrafía y dibujo; y todavía, los alumnos de las escuelas germano-parlantes presentaron numerosas redacciones literarias escritas en alemán. La calidad de los trabajos fue elogiada en la prensa católica y el *Catholic Mirror* de Baltimore (15-V-1893) citó expresamente los trabajos de las escuelas parroquiales de San Miguel y de Santiago. Los trabajos de contabilidad y comercio presentados por los alumnos de la Academia de San Martín fueron muy alabados. Aunque no hubo exhibición de trabajos escolares religiosos, los discursos durante la Jornada de la Educación Católica insistieron en la contribución de la moral y de la educación católica para el desarrollo del pensamiento y del progreso de América. Desde el saludo de apertura del Arzobispo de Chicago, monseñor Feechan, hasta las últimas palabras de monseñor Spaldin, obispo de Peoria, y presidente de la “Muestra de Educación Católica”, todos los discursos coincidieron en la convergencia de intereses entre la educación católica y el patriotismo americano. Esta identificación de la tarea escolar de las congregaciones religiosas docentes con los fines de la sociedad laica “para inculcar la piedad, la moralidad y las virtudes cívicas revelaba la integración entre espiritualidad y acción social que está en el corazón del modo de entender el americanismo de la joven república”.³⁸

El debate de la Iglesia norteamericana en torno a la lengua también estuvo presente en la Compañía de María en su dedicación escolar. Ya se vio como el provincial Jorge Meyer lamentaba en 1900 que los párrocos se empeñaran en mantener el alemán para las clases de religión y las catequesis cuando ya los alumnos desconocían esta lengua pues ni en el interior de las familias la hablaban con sus padres. No obstante la apertura del Provincial y de los Capítulos provinciales a la nueva situación sociológica del catolicismo americano, don Damián Litz fue uno de los mayores polemistas a favor de la conservación de la lengua alemana en las parroquias y escuelas parroquiales de antiguos inmigrantes alemanes; y uno de los mayores luchadores contra el americanismo de la Iglesia católica en los Estados Unidos³⁹. El predominio del grupo germano-americano en la Provincia de América era muy notable y fue puesto de manifiesto en 1897, cuando los Marianistas tomaron a su cargo la primera *high school*, de la Parroquia de San Pedro y San Pablo, en la ciudad de Saint Louis, cuyo párroco, Francisco Goeller, había sido una de las voces más relevantes de la comunidad germano-americana y uno de los mayores activistas contra la estrategia

³⁸ Kauffman, *Education and Transformation*, 107; José Hiss, circ. 12, *Notice nécrologique sur M. J. Kim* (29-III-1909)17.

³⁹ Kauffman, *Education and Transformation*, 130 y siguientes.

de asimilación en una misma Iglesia americana, propugnada por monseñor Ireland. En el *Catholic Directory* de 1904 figuraban seis religiosos y un centenar de alumnos matriculados. En Saint Louis se asentaba una de las mayores y más importantes colonias de inmigrantes alemanes. El colegio se caracterizaba por un buen programa de materias científicas y destacaba por su preparación para los negocios.

En 1899, dos años después de la apertura del colegio en Saint Louis, el obispo de Peoria, monseñor Juan Lancaster Spalding, recurrió a los Marianistas para la dirección de una Academia denominada *Spalding Institut*. Este centro no estaba asociado a ninguna parroquia, sino que nació a petición de las familias católicas de la diócesis, la inmensa mayoría de procedencia irlandesa, que deseaban preparar a sus hijos en los estudios clásicos para acceder a una educación superior. Monseñor Spalding había conocido a don Juan Bautista Kim cuando ambos coincidieron en Nueva York. Sin lugar a dudas, el señor Kim informó al Prelado de los programas de enseñanzas clásicas que se impartían en el Colegio Santa María de Dayton y en los dos centros de San Antonio, la Academia Santa María y el Colegio San Luis. La experiencia docente marianista en las disciplinas clásicas del Latín y la Retórica decidió a monseñor a preferir a los Marianistas por encima de los Hermanos de la Salle que estaban más concentrados en la primera enseñanza. El Provincial Meyer y su Inspector Kim, visitaron a monseñor Spalding y llegaron a un fácil acuerdo.⁴⁰

La vinculación de la Compañía de María con monseñor Spalding fue uno de los acontecimientos más decisivos para granjearse un alto prestigio docente entre los católicos norteamericanos. No en vano, Spalding había sido el principal cofundador de la Universidad Católica de América en 1889 y era una de las figuras más relevantes del episcopado americano. Sin estar en el grupo de Gibbons, simpatizaba con los americanistas, pero sin oponerse al grupo germano, estaba convencido de la misión profética que la Providencia había encomendado a la Iglesia americana para hacer crecer la Iglesia en la sociedad moderna. La actuación de los Marianistas en el *Spalding Institut* estaba en continuidad con el estilo docente que mantenían en sus centros de enseñanza media en Dayton y en San Antonio. Al mismo tiempo, la Academia de Peoria representó un punto de partida en la tradición escolar marianista, tanto como en la historia de la educación en los Estados Unidos. En este sentido, la llamada de monseñor Spalding supuso la orientación de la escuela marianista hacia la profesionalización y la americanización, gracias a la participación de los religiosos marianistas en la constitución de la *National Catholic Education Association*.

El dinamismo de la Provincia de América, la eficacia escolar de sus religiosos y su adaptación a la sociedad americana causó el asombro del padre Ehrhard, Asistente General de Instrucción, cuando los visitó en los meses de febrero y marzo de 1895. Posteriormente, en su Informe al Capítulo General de 1896, manifestó ante los capitulares que las escuelas de los hermanos norteamericanos estaban bien dirigidas; los métodos de estudio, adaptados a las situaciones y lugares de cada centro; y en todas las escuelas se transmitía un patriotismo esclarecido.⁴¹

f) Institución y vida marianista en Estados Unidos

Cuando en 1876 el padre Simler fue alzado a la máxima responsabilidad dentro de la Compañía de María, la Provincia de América contaba con 188 religiosos, distribuidos en 24 casas. Hasta 1880 el crecimiento de personal conoció un ritmo moderado, hasta alcanzar en este año 229 religiosos (un promedio de 10,25 nuevos religiosos por año). Pero a consecuencia de la anexión de Alsacia al Imperio alemán en 1870, y con motivo de la elección de nacionalidad, numerosos religiosos alsacianos

⁴⁰ Kauffman, *Education and Transformation*, 133 y 134.

⁴¹ La Memoria del P. Ehrhard al Cap^o Gral. de 1896, según el Registro del proceso verbal, p. 63, en AGMAR: 50.4.1; la visita del P. Ehrhard a Estados Unidos (febrero y marzo de 1895) fue relatada por el P. Simler, circular 64 (27-III-1895).

prefirieron ser enviados a la Provincia de América, antes que pasar a engrosar las filas del Ejército prusiano. De este modo, en 1881 el personal de América saltó a 242 religiosos y 30 casas y al año siguiente, a 275 marianistas. A lo largo de toda la década de 1880 a 1890 el personal provincial continuó creciendo: en 1890 eran 315 religiosos y 37 establecimientos. Lo mismo sucedió en la década siguiente, de tal modo que en el cambio de siglo, en 1900, los religiosos eran 340 y las casas 41. El año en que murió el padre Simler en 1905 había 398 religiosos y 47 casas. Finalmente, al dividirse la Provincia de América, en 1908, se contaban 403 religiosos, distribuidos en 50 casas.⁴²

La organización administrativa de la Provincia repetía fielmente el modelo francés; modelo iniciado por el padre Chaminade, perfeccionado por su sucesor Caillet y madurado con el padre Chevaux. En tal modo que al padre Simler no le quedó nada más que dar forma constitucional a la institucionalización de todos los ámbitos públicos y privados de la vida marianista, bajo el principio burgués de la religión vivida como orden, uniformidad y centralización. También en los Estados Unidos los religiosos marianistas vestían la levita burguesa y desempeñaban toda su labor misionera-docente con sus alumnos dentro de la "casa", en un régimen de clausura y estricta reglamentación de todos los actos privados de la vida religiosa y públicos de la vida escolar. Las comunidades marianistas de los Estados Unidos fueron las primeras que formaron una Provincia propia fuera de Francia (el 10 de marzo de 1855, a los seis años de llegar el padre León Meyer a Cincinnati) y la Administración Provincial de la nueva Provincia de América, debido a las difíciles comunicaciones por fuerza de la distancia con Europa, gozó de una autonomía económica y de decisión respecto de la Administración General de París, como no disponían las provincias francesas. Por este motivo, ya en el informe económico que el Ecónomo General de la Compañía, don Félix Fontaine, cursaba en marzo de 1868 al Cardenal Mathieu, advertía que los nueve establecimientos de América rendían su contabilidad a su Administración Provincial.⁴³

Tal como determinó el Capítulo General de 1858, al fijarse las casas centrales de las distintas Provincias de la Compañía, la sede de la Administración Provincial y el Noviciado de la Provincia de América fue establecido en el complejo marianista de Nazareth, en Dayton. También mandó aquel Capítulo que en cada Provincia se creara el puesto del religioso Inspector de las escuelas de primera enseñanza y el Consejo Provincial, en similitud con el Consejo General; así como una casa de estudios para los religiosos destinados a la segunda enseñanza y al sacerdocio. Consecuentemente, la Administración General pasó a nombrar en 1859 a los Inspectores provinciales. Esta función de gobierno recaía sobre un religioso laico con la misión de inspeccionar las obras docentes marianistas dentro de cada Provincia. Pero fue en la segunda sesión del 4º Capítulo General, de septiembre-octubre de 1865, donde se mandó designar un religioso laico en el puesto de Inspector provincial. En consecuencia, en 1869, se nombró para el puesto de Inspector o asistente en la orientación de las obras escolares de la Provincia de América, a don Juan Bautista Stintzi, religioso de grandes capacidades de organización y gobierno. El señor Stintzi tuvo una notable influencia durante el desempeño de su cargo desde 1869 hasta 1886: orientó su actuación a dotar de una buena formación pedagógica a los jóvenes marianistas y a unificar los métodos pedagógicos de todas las escuelas dirigidas por la Compañía. A este fin perfeccionó los programas de estudio de la Escuela de Magisterio existente en la casa madre de Dayton desde 1865. Stintzi unificó los métodos didácticos de los maestros marianistas y consiguió mejorar los resultados de las escuelas parroquiales encomendadas a la Compañía. En el Capítulo General de 1873 se especificaron las

⁴² Estadísticas compiladas en 1942 por Justin Burghoff.

⁴³ Informe de don Félix Fontaine al Visitador Apostólico (París, 12-III-1868), donde enumera los establecimientos de Dayton-noviciado, Cleveland-Oeste, Cleveland-Este, Cincinnati, Pittsburg, Rochester-San José, Rochester, San Pedro, San Antonio-Escuela y San Antonio-Misión, en AGMAR: 53.1.34, p. 4.

atribuciones y funciones del señor Inspector, en tal modo que cuando el padre José Simler visitó la Provincia de América en 1875 ayudó al señor Stintzi a concretar los objetivos de su cargo de Inspector provincial.

Una de las tareas más importantes del Inspector era la de proveer la formación académica-docente de los jóvenes religiosos con votos temporales. La Administración General, por la Ordenanza del 31 de agosto de 1856, obligó a los jóvenes religiosos a pasar un examen oficial para obtener los títulos necesarios para ejercer la docencia. Pero, además, implantó la práctica de que cada año, los religiosos con votos temporales en tiempo de formación estaban obligados a dar cuenta de su trabajo intelectual en un examen ante el señor Inspector. Todas estas medidas serán implantadas en las distintas Provincias de la Compañía; también en la de América a raíz de la visita en 1875, cursada por el entonces Asistente general de Instrucción, padre Simler; en ella aconsejó al señor Stintzi en la organización de un programa de estudios y de exámenes anuales para los jóvenes religiosos. Al final de los estos estudios se daba al religioso su título docente. Título que sólo tenía valor interno y acreditativo ante los obispos y párrocos; pero gracias a este programa se mejoró la formación inicial y la capacitación docente de los maestros marianistas.

A pesar de su brevedad en constituirse en Provincia, los marianistas de Estados Unidos tardaron en incorporarse a las instituciones de gobierno general de la Compañía; en concreto a los Capítulos Generales; sin duda, debido a la enorme distancia y a la fatiga de tan largo viaje hasta Europa. La primera presencia de un religioso de la Provincia de América en un Capítulo General fue en el 5º Capítulo reunido el 16 de noviembre de 1868 en la sede de la Administración General, calle Montparnasse, de París. Por orden de la Santa Sede, cada Provincia debía estar representada por un número igual de delegados electos sacerdotes y laicos. Pero el 5 de agosto el provincial Reinbolt escribió al cardenal Mathieu en nombre de la Administración Provincial norteamericana para pedir ser dispensado de enviar delegados al Capítulo y para manifestar “que nosotros queremos la Compañía de María tal cual ha sido fundada por el venerable padre Chaminade, desarrollada y organizada por el reverendo padre Caillet y modificada conforme a las observaciones de la Santa Sede a la cual tenemos una obediencia plena y completa”. Cinco años más tarde, al Capítulo de 1873 sólo asistió el señor Stintzi, y también en esta ocasión el padre Reinbolt excusó su presencia y la de los dos delegados electos. Pero ahora, recibió la reprobación del Cardenal Mathieu y de los Capitulares que consideraron ser una falta grave la ausencia a un Capítulo General. No obstante, todavía en el Capítulo de 1886 volvió a faltar la delegación norteamericana; aunque en esta ocasión no sólo adujeron la distancia y el gasto del viaje, sino también la enfermedad del Provincial. Pero esta fue la última ocasión en que los capitulares de América no se presentaron a un Capítulo General.

No obstante estas dificultades, el modo de vida religiosa, el método pedagógico y la organización del gobierno provincial y de las casas era copia del de las Provincias europeas, manteniendo la perfecta uniformidad y regularidad. De hecho, en la Memoria del Asistente general de Instrucción, padre Simler, al Capítulo General de 1873, se decía que en el quinquenio 1869-1873 la Provincia de América había hecho grandes progresos en la selección de candidatos y contaba con todas las casas de formación que estaban organizadas como las casas de Francia. En cuanto a los hermanos obreros, no se descuidaba su instrucción religiosa; y para mejorar la formación del Noviciado se había construido un pabellón en la propiedad de Nazareth.⁴⁴

La formación inicial en la vida religiosa era la misma que la seguida en Francia. Pero en materia legislativa, la administración del Estado era bastante permisiva con la iniciativa privada y no exigía título para la enseñanza en obras docentes privadas. Por

⁴⁴ Simler, “Société de Marie. Office d’Instruction (...) 1er. Septembre 1873 au Chapitre general (...) pendant l’exercice quinquennal de 1868-1873”, en AGMAR: 53.6.29, pág. 23 y 25

eso, los postulantes cursaban los estudios primarios completos y los años iniciales de la enseñanza media; pero no obtenían títulos civiles por no ser necesarios para ejercer la docencia en las obras escolares de la Iglesia. A partir de la recepción de las *animadversiones* romanas en el Capítulo General de 1865, en el Noviciado sólo se seguían estudios religiosos; a los novicios se les instruía en los Reglamentos de la Compañía y en las disciplinas ascéticas de la vida religiosa. Pero una vez hechos los primeros votos, la práctica consistía en retener algunos meses en el Escolasticado a los recién profesos para seguir estudios profanos, antes de ser destinados a dar clase en alguna de las numerosas escuelas parroquiales (tal como sucedía en Francia antes de que la Ley del Brevet de junio de 1881 obligara a los docentes a pasar un examen de capacitación, obligando a prolongar la estancia en el Escolasticado). Pero el exiguo tiempo de formación inicial iba en detrimento tanto de la solidez de la vida religiosa cuanto de la preparación pedagógica. La extrema libertad de la legislación tenía su contrapartida, pues no estando sometidos los religiosos a las leyes docentes ni militares, los superiores disponían sin reserva de las personas y urgidos por la constante multiplicación del número de obras, entregaban a los jóvenes a la acción sin la debida preparación. De esta manera, el aprendizaje pedagógico era eminentemente práctico, una vez destinado a una escuela. A este respecto, las circulares de los Superiores Generales y de sus Asistentes de Instrucción, así como las memorias a los Capítulos General y los estatutos capitulares, mandaban y recordaban a los directores de las casas iniciar a los jóvenes religiosos en el ejercicio docente. Por fin, a consecuencia de la visita del Asistente general de Instrucción, padre Simler, en 1875, el señor Inspector provincial organizó un programa de estudios, con exámenes presididos por él mismo y sancionados con diplomas de diversos grados, sin otro valor que el interno a la Compañía. Para prepararse a estos exámenes, el director de la casa daba conferencias pedagógicas durante el año a los religiosos del colegio; al llegar las vacaciones de verano, los jóvenes en formación estudiaban pedagogía y didáctica ayudados por religiosos experimentados y leían libros apropiados. Al terminar los retiros anuales en la casa de Dayton, sufrían el examen de rigor ante el señor Inspector. Solo bajo el gobierno del padre Landelino Beck (1886-1896) y de su inteligente Inspector provincial, don Juan Bautista Kim (1886-1905) se tomaron medidas más enérgicas para asegurar la formación de los religiosos y fortalecer el nervio de la disciplina religiosa, con la imposición de dos años de Escolasticado, seguido de un programa de estudios anual para los religiosos jóvenes destinados a las obras. El director de la casa era responsable de vigilar el estudio de estos jóvenes, que a final de curso pasaban un examen. Finalmente, hacia 1900 se llegó a la práctica de hacer que todos los postulantes terminasen la escuela media antes de ingresar en el Noviciado.

Algunos jóvenes religiosos eran enviados a Francia para ser formados en el espíritu y las tradiciones de la Compañía de María. Esta práctica había sido iniciada por el padre León Meyer, quien al regresar a Europa al finalizar su provincialato en 1862 se llevó consigo al religioso de 16 años don Tomás Cleary y al postulante de 13 Juan Bautista Kim –que llegaría a ser Inspector General de la Compañía de María-. Pero la política de enviar regularmente religiosos jóvenes a Francia fue acordada a partir de la visita a la Provincia de América, en 1875, por el entonces Asistente General de Instrucción, padre José Simler. Con la finalidad de unificar los métodos y el talante formativo y docente de la Compañía, Simler pidió enviar cada año algunos religiosos jóvenes para cursar el Bachillerato en los Escolasticados superiores adjuntos a los colegios de Santa María de Besançon y Stanislas de París. En estos Escolasticados podían establecer vínculos de amistad con otros jóvenes de las provincias europeas, con el fin de fortalecer la unión de toda la Compañía. Además, en Stanislas, habitaban junto a la Administración General y este era un factor de unificación de la vida religiosa y de los métodos escolares. La finalidad no era tanto perfeccionar los estudios y obtener grados académicos superiores, cuanto la de embeberse del primitivo espíritu de la Compañía en su misma cuna francesa.

Siguieron este programa de formación religiosos muy relevantes de la Provincia de América que ocuparon cargos de responsabilidad al frente de su Provincia, de la Administración General y de las principales obras escolares en Estados Unidos, sobre todo *Saint Mary College* de Dayton y *Saint Louis College* de San Antonio. Entre ellos destacamos a don Juan Wolf, don Jorge Deck, don Gabriel Bertram Bellinghausen – fundador en Canadá y en Hawai-, don Gustavo Hetterich, don Fernando Leimkuehler, don Carlos Aul, don Pedro Schlitt; don Bernardo Meyer, don Alberto Kaiser, don Juan Waldron –Jefe de Instrucción de la Provincia de San Luis y una de las personalidades de la pedagogía católica en los Estados Unidos-, don Gerardo Mueller, don Juan Garvin –uno de los grandes historiadores de la Compañía en América-, don José Meyer, don Miguel Schleich, Inspector general de la Compañía de María.

Algunos de estos religiosos norteamericanos fueron retenidos en Europa, ejerciendo la docencia en los establecimientos marianistas de Francia, España, Austria o Suiza. En estas condiciones estuvieron los tres primeros Provinciales de San Luis, los sacerdotes, José Weckesser, Luis Tragesser y José Ei; y otros sacerdotes, como Santiago Canning y Augusto Frische. A través de todos ellos, se implantó y se adaptó al sistema docente norteamericano el método pedagógico marianista y los estudios científicos que se practicaban en la Escuela Preparatoria del Colegio Stanislas. En total, entre 1874 y 1900 (incluyendo a los dos postulantes que el padre Meyer se trajo a su regreso a Europa) fueron enviados a Francia 51 religiosos americanos, de los que 12 recibieron la ordenación sacerdotal.⁴⁵

Otro medio para unificar los métodos de vida religiosa y de trabajo escolar eran los ejercicios espirituales durante los meses de vacaciones de verano. Los retiros anuales poseían una finalidad religiosa, pero también eran ocasión para examinar a los religiosos jóvenes, ofrecer conferencias pedagógicas a todos los hermanos de la Provincia y reunir a los directores de las casas en conferencias particulares con el Provincial y su Inspector. Esta práctica de gobierno se remontaba a los orígenes de la Compañía de María en 1817, en que los religiosos se reunían anualmente en torno al padre Chaminade que les predicaba los ejercicios espirituales y les daba diversas conferencias sobre la vida espiritual. La práctica continuó y se convirtió en la ocasión para reunirse los religiosos de las diversas comunidades en las casas centrales o en los grandes establecimientos. En ellos no solamente se impartía doctrina espiritual; también se dedicaban algunas jornadas a unificar los métodos didácticos practicados en la escuela marianista y los reglamentos de las comunidades, a través de las reuniones con los directores de las casas. La práctica se mantuvo entre los religiosos de América en los ejercicios espirituales que se tenían en la propiedad de Nazareth, en Dayton. Durante los días de retiro, el Provincial y su Inspector se entrevistaba con todos los religiosos y de estos encuentros salían las previsiones de cambios de colegios para el próximo curso académico.

Una de las principales quejas que el Provincial Reinbolt repetía en sus charlas pedagógicas durante los retiros era la débil preparación pedagógica de los religiosos. Muchos de ellos eran desechados por el director o por el párroco por falta de cualidades y de preparación para esta tarea. “Las quejas son tan numerosas y tan graves, que si no lo remediamos inmediatamente el mal se va a extender, y la reputación de nuestra querida Compañía se verá gravemente dañada.⁴⁶ El lamento era serio porque la escuela parroquial dirigida por los religiosos marianistas cumplía la función de completar y perfeccionar la formación religiosa de los niños en su preparación a la primera comunión, cuya recepción estaba en torno a los trece años. Los religiosos eran los colaboradores del párroco, que administraba el sacramento y daba las catequesis inmediatas al mismo. Pero la formación doctrinal y moral de los

⁴⁵ Según los *Annals of American Province* (1895), en instrumentos de consulta en AGMAR; sobre la formación recibida en el Stanislas, cfr., H. Janson y M. McMurtrey, “Un Unacknowledged Mathematical Genius”, en *Revista Marianista Internacional*, n. 14.4 (noviembre 1993) 88-89.

⁴⁶ Kauffman, *Education and Transformation*, 121.

niños quedaba en las manos de los religiosos. Los párrocos y las familias esperaban de los maestros marianistas que supieran inspirar en sus alumnos el espíritu religioso, el amor al trabajo, la humildad, la abnegación y la obediencia. Esto es, las virtudes de una sociedad emprendedora, propias de unas clases medias obreras de un país en acelerado proceso de crecimiento industrial. El Provincial afirmaba que tales virtudes sólo se podían transmitir si formaban parte de los usos y costumbres de los propios religiosos. De esta manera se reforzaba un concepto de vida religiosa exigente en el trabajo y en la oración, uniformada en la organización y eficiente en su apostolado escolar. Esta perfecta inculturación en la sociedad industrial explica que entre 1879 y 1881, 130 jóvenes iniciaran su postulantado en la casa de formación de Nazareth. Para formar a los candidatos en los valores que se querían transmitir a los alumnos, se reforzó la disciplina en las casas de formación y en 1873 –con ocasión de la expulsión de los religiosos docentes de Alsacia por el Gobierno alemán- se envió desde Francia al padre Juan Issler, maestro de novicios de Alsacia y Franco-Condado desde su ordenación sacerdotal en 1867. Issler será el venerado Padre maestro que durante treinta años ejercerá el cometido de iniciar a los novicios de América en las virtudes del estado religioso.⁴⁷ En los Estados Unidos las vocaciones a la Compañía de María provenían de los niños de las escuelas parroquiales dirigidas por los religiosos, en una proporción elevadísima de hasta el 90 por ciento de los candidatos. Escuelas en las que una pequeña comunidad de cuatro religiosos podía atender a 250 ó 300 alumnos, con unas proporciones de entre 80 y 100 niños por clase. La Provincia no tenían un método de captación vocacional; sino que la vocación se fomentaba a través de los grupos de asociacionismo religioso juvenil y las prácticas de piedad de la tradición escolar marianista: la Congregación mariana, las asociaciones eucarísticas, la lectura espiritual en la clase, la recitación de las letanías de Rosario a la Santísima Virgen, los viernes por la tarde, pidiendo “por las vocaciones”, los sodalicios y círculos de estudio social.

Todas estas medidas de mejora institucional de la Provincia de América se vieron reconocidas en las medallas y diplomas recibidos en la exposición universal colombina de Chicago en 1893; pero, sobre todo, la elevación del nivel académico y profesional de los Marianistas les permitió asumir la dirección de las *High Schools* al inicio del nuevo siglo.

A consecuencia de la expansión de la Provincia en las islas Hawai y la costa oeste, al Provincial y su Inspector se les hizo imposible cumplir el mandato del Capítulo General de 1891 de visitar anualmente todas las comunidades y cumplir las demás obligaciones de gobierno. La Administración Provincial pidió al Capítulo General de 1896 una solución a este problema y el Capítulo remitió a la Administración General estudiar un medio que facilitara las visitas de la Administración Provincial a los establecimientos esparcidos en un territorio tan amplio. La Administración General consideró que la división de la Provincia de América en dos o tres provincias sería más perjudicial que útil y optó por crear la figura del un *Visitador*, que aliviara al Provincial de esta obligación; función que recayó en el Provincial saliente, el padre Landelino Beck. El Asistente general de Instrucción, padre José Hiss, visitó los establecimientos de la Provincia de América en 1886 y su sucesor en el cargo, padre Juan Bautista Ehrhard, volvió a visitarla en los meses de febrero a julio de 1895. Con esta ocasión, llevaba consigo una carta del padre Simler a los religiosos de la Provincia (reproducida en la circular nº 63, de 27-I-1895, pp. 10-12). A pesar de la distancia, el Buen Padre confesaba que desde su visita a los Estados Unidos en 1875, conocía las personas y las obras de la Provincia de América y las seguía con especial interés. A Simler y a la Administración General les preocupaba la formación de los jóvenes religiosos, la calidad de las enseñanza por ellos impartida, los abandonos de la vida religiosa y la

⁴⁷ Descripción de la formación inicial en la Prov. de América en Lebon, *Histoire de la Société de Marie*, 107-108; Hiss, circ. 12, *Notice nécrologique sur M. J. Kim* (29-III-1909)15-17; sobre el P. Issler (1836-1901), cfr. *Messenger de la Société* (julio-agosto 1901) 229-238.

necesidad de perseverar en la vocación. Para ello, les exhortaba a adherirse a la Regla, sin despreciar ningún artículo, como si la lejanía de un país nuevo y en construcción cambiara los usos y costumbres de la vida religiosa marianista francesa y esto fuera la causa de los abandonos.

Pero, la prosperidad de esta Provincia era evidente, incluida la economía: el señor Fontaine, Asistente General de Trabajo, en su informe al mismo Capítulo de 1896 afirmaba que la situación económica de la Provincia de América era “muy satisfactoria”; y por ello, el Capítulo General de 1896 envió a “los religiosos de la Provincia de América” una extensa carta de felicitación, firmada por el Superior General, padre Simler, el 12 de junio de 1896. En ella se anunciaba el nombramiento del padre Jorge Meyer como nuevo Provincial. Simler reconoce que “la Provincia de América está muy extendida y que el Provincial, encargado de visitar todas las casas, emplea una parte preciosa de su tiempo en viajar de un establecimiento a otro, que las visitas son, por ello, demasiado cortas para que den todo el fruto deseable y que el Provincial rara vea está en su residencia, para que su acción de gobierno sobre esta gran Provincia sea lo que debe ser según las Constituciones. Por estas razones, nombramos al padre Landelino Beck Visitador bajo la autoridad y la dirección del Provincial.” Aunque la carta reprende a los religiosos por el uso generalizado de fumar tabaco (muy popular y barato en los Estados Unidos), concluye con un acto de homenaje a la Provincia.⁴⁸

En aquel mismo Capítulo, algunos capitulares sugirieron la oportunidad de extender la acción docente marianista a establecimientos de pago, propiedad de la Compañía. En esta petición subyacía la voluntad de tener un cierto número de escuelas fuera de la dependencia de los curas párrocos. Se hicieron algunas consultas, tras las cuales se vio que los inconvenientes serían mayores que las ganancias; los inconvenientes mayores eran de tipo económico y no tendría la eficacia vocacional que las escuelas parroquiales. Motivos por los que prudentemente se continuó con la dirección de escuelas parroquiales, bien atendidas en lo material. Pero, en la medida que los recursos provinciales lo permitieran, sería deseable, al menos, crear internados de primera y segunda enseñanza, que habrían de ser tan prósperos como el de Dayton y el de San Antonio. La expansión de la escuela marianista a la segunda enseñanza en los Estados Unidos tendría que esperar al siglo XX.⁴⁹

4. FUNDACIONES EN EL TERRITORIO COLONIAL DEL NORTE DE ÁFRICA

La expansión misionera de la Compañía de María a las ciudades mediterráneas de la costa norteafricana está vinculada a diversos factores de naturaleza política y espiritual. Indudablemente fue decisiva la ocupación militar francesa de Túnez en 1881. El gobierno de la Tercera República, los altos oficiales del Ejército y la gran burguesía del mundo de las finanzas apoyaron la política imperialista seguida por el Primer ministro Julio Ferry. Contra la voluntad de socialistas y radicales, Ferry dirigió eficazmente la política colonial y en la primavera de 1881 logró instaurar el Protectorado de Túnez con la oposición de Italia. La posesión de Túnez permitía dominar las rutas comerciales desde el norte de África hasta el Congo y Abisinia. En 1882 Francia ocupó el país con 30.000 soldados, en función de un acuerdo con Inglaterra, que acababa de arrebatar Egipto al Imperio otomano, y cedía a Francia la ocupación tunecina en compensación por la pérdida del control del canal de Suez. Las

⁴⁸ La memoria del señor Fontaine al Cap^o Gral. de 1896 en el Registro del proceso verbal, pp. 48-49; la *Lettre a la Province d'Amérique*, 12 juin 1896, en AGMAR: 56.2.11; y en Simler, circ. 71 (16-VIII-1896), *Instrucción sobre los trabajos del Cap^o Gral y promulgación de las actas*, 35-36.

⁴⁹ Memoria del Asistente de Instrucción, P. Lebon, al Cap^o Gral. de 1901, pág. 30, en AGMAR: 01.2.6.

fundaciones marianistas en el Protectorado de Túnez se sustentaron sobre el apoyo del Gobierno francés, interesado en extender la lengua y la influencia cultural francesa sobre la población de los territorios coloniales.

Pero no solamente el Estado estaba interesado, también las Congregaciones deseaban los centros escolares de ultramar como puestos en donde situar a los religiosos que eran expulsados de las escuelas municipales de Francia por no poseer la titulación necesaria para ejercer la docencia y, también, como un destino para los religiosos jóvenes que no se podían librar del servicio militar. Pues la expulsión de las escuelas públicas les impedía conmutar el servicio militar por el compromiso de diez años ejerciendo la docencia en un establecimiento oficial. Esta situación obligó a enviar a los jóvenes a las nuevas fundaciones en el extranjero y en las colonias.⁵⁰

Además de estos componentes políticos se debe advertir que la recepción de obras escolares en el Protectorado coincide con un momento de expansión territorial del conjunto de la Compañía de María; expansión que se debe insertar en el conjunto del portentoso movimiento misionero de toda la Iglesia católica a finales del siglo XIX. Así lo manifestaba el padre Simler en la circular de felicitación de año nuevo, del 3 de enero de 1882, dando a conocer a los religiosos las fundaciones en Trípoli (Libia) y Winnipeg (Canadá): “nuestras recientes fundaciones en los países de misión”; es decir, “en los países infieles y heréticos de las cinco partes del mundo”. El padre Simler desvelaba que era deseo de la Santa Sede que “cada Congregación, en la medida en que se lo permitan sus fuerzas, tome a su cargo alguna misión; es como el diezmo apartado de los recursos de personal para consagrarlos a la propagación de la fe” (p. 7). La Compañía de María contaba, a la sazón, con la mano de obra de los marianistas alsacianos que cinco años antes habían sido expulsados de su tierra por el gobierno alemán. A ésta, se sumaba ahora una mano de obra sobrante por fuerza de la política de estatalización de los gobernantes de la Tercera República que reclamaban los puestos de las escuelas municipales para los maestros oficiales y expulsaban a las Congregaciones docentes de las escuelas públicas. La Compañía, haciendo de la necesidad virtud, podía responder a esta llamada a la misión. El padre Simler ponía el ejemplo de la joven Provincia de América. Hacía más de treinta años que la fundación en los Estados Unidos había sido la primera expansión de la Compañía en una tierra considerada de misión. Dios había bendecido con una Provincia próspera este primer impulso misionero. Ahora, los hermanos americanos tenían sus propios recursos personales para fundar una escuela en Winnipeg (Canadá). En consecuencia, Simler esperaba la misma bendición para la nueva fundación en Trípoli.

Así se volvía a cumplir su concepción providencialista de la acción de Dios en la historia, actuando a través de las circunstancias y de las instituciones humanas: en la circular del 25 de diciembre de 1882 enseñaba a sus religiosos que Dios encomendaba una tarea especial a la Compañía de María en la empresa misionera; y a menudo repetía la importancia fundamental de las obras escolares para el progreso de la evangelización. De la misma opinión era en Roma el cardenal Ledokowski, Prefecto de la Congregación de Propaganda, para quien las escuelas católicas de las Congregaciones docentes en tierras de misión eran los mejores instrumentos para la promoción social y la evangelización de las poblaciones indígenas y para sostener la fe de los católicos. Ledokowski había confesado al padre Simler: “Ustedes han escogido la mejor parte; pues se encuentran más fácilmente misioneros predicadores que misioneros educadores; por eso, contáis con toda nuestra benevolencia”.⁵¹

Los nuevos establecimientos marianistas en Túnez van a depender de la Provincia de Midi, la más numerosa en recursos humanos de toda la Compañía,

⁵⁰ P. Hiss, Informe del Oficio de Instrucción al Capº Gral. de 1886, pág. 6, en AGMAR: 54.5.18.

⁵¹ Lebon, *Histoire de la Société de Marie*, 111-112; Albano (editor), *Joseph Simler. Journal intime et notes*, 156.

después que los acontecimientos políticos cercenaran el desarrollo material de la Provincia alsaciana.

a) Trípoli: Escuela Santa María (1881)

La fundación en Trípoli tuvo su origen una petición de religiosos docentes por parte de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide para dirigir la escuela de niños de la Misión franciscana en aquella ciudad. El 26 de agosto de 1880 el padre Querubín Carus, misionero apostólico y vicecomisario de Tierra Santa en Francia, dirigió una tarjeta de visita al padre Simler solicitando “*tres hermanos en Trípoli de Barbaria. Demanda hecha en nombre del cardenal Simeoni de Propaganda. Propaganda correrá con los gastos. ¿Puede usted comprometerse para dentro de un año? Todo está preparado... local... desde este momento. Preferimos su Congregación. Denos una respuesta el sábado.*”⁵²

El padre Carus pedía religiosos franceses para hacerse cargo de la escuela de la misión católica regentada por los Franciscanos capuchinos. La escuela era frecuentada por los niños de las familias europeas de origen maltés e italiano. Se recurría a los Marianistas para que impartiesen las clases en lengua francesa; pues Trípoli, aunque en territorio del Imperio turco, estaba bajo la influencia político-militar de Francia; situación que hacía necesario imponer el predominio cultural a través del uso de la lengua francesa sobre el idioma hablado por la población europea; idioma que era una suerte de italiano degenerado con vocablos malteses, árabes y turcos.

La Administración General respondió que la fundación propuesta era imposible para este año. Pero, esperaba “responder a la voluntad de Dios comprometiéndonos para el año próximo”, en otoño de 1881. En mayo de 1881 el padre franciscano, María de Brest, procurador en París de las misiones franciscanas en Trípoli, recordó al padre Simler la palabra dada. No era necesario alentar en el padre Simler su impulso misionero cultivado desde la infancia con la lectura de los *Annales de la propagation de la foi*; además, de estar muy unido al franciscanismo, corriente espiritual que durante todo el siglo XIX recorrió la Iglesia francesa; pues el 22 de diciembre de 1880 el Comisario general de los Hermanos menores capuchinos le había concedido la facultad de admitir a la Tercera Orden de San Francisco a todos los religiosos marianistas que lo solicitaran. Cuando a finales de 1880, Simler estuvo en Roma para presentar el informe trienal de la Compañía ante la S. C. de Obispos y Regulares, aprovechó para acudir en peregrinación a la Virgen de Loreto. En el camino se acercó a la tumba de san Francisco en Asís. Al regreso de Italia, comunicaba a sus religiosos en la circular del 6 de febrero de 1881 (p. 8): “He obtenido para todos nosotros pertenecer a la Tercera Orden”; y anunciaba otra circular en la que explicaría el significado de esta afiliación. Simler cumplió su palabra y el 26 de julio de 1881 firmaba la instrucción sobre *La Tercera Orden del seráfico san Francisco en la Compañía de María*. Es así como el padre Simler asumió con entusiasmo misionero esta obra escolar en Trípoli vinculada a los Franciscanos.

Además de los Franciscanos, había tomado parte a favor de la Compañía de María el Cónsul de Francia en Trípoli, don Carlos Féraud. En carta del 1 de marzo de 1881 al ministro de Asuntos Extranjeros, el señor Cónsul se lamentaba de que en las escuelas masculinas del Protectorado no se enseñase francés. Para subsanar esta situación, había concebido el proyecto de buscar una Congregación docente francesa que se hiciera cargo de la escuela de la misión de los padres franciscanos. Féraud encomendó al padre superior de la misión franciscana y Prefecto Apostólico en Túnez, padre Angelo Da San Agatha, muy amigo de Francia, la tarea de buscar dicha Congregación. Al mismo tiempo y con el consentimiento del Prefecto de Propaganda,

⁵² Antoine Hermann, *Histoire de la Société de Marie (Marianistes) au Maghreb. Tripoli, Sfax, Sousse, Tunix, Bizerte. 1ère. partie: Tripoli (1881-1910)* pro manuscrito (Saint-Hippolyte, 2003) 5.

el señor Féraud pidió al Padre General de los Franciscanos que se pusiera en contacto con el Superior de los Marianistas en París, para el envío a Trípoli de tres religiosos como profesores de francés en la Misión católica. Las negociaciones entre el padre María de Brest (más tarde obispo de Jericó) y el padre José Simler, concluyeron el 23 de julio de 1881 con la firma de un acuerdo por el que se fundaba una escuela de niños cuya dirección estaba confiada a la Compañía de María, que destinaba tres religiosos para esta obra. En el contrato se estipulaba que cada religioso recibiría anualmente 700 francos y la comunidad debía ser provista de alojamiento, utensilios y ropa de hogar, mobiliario, biblioteca y material escolar⁵³. Fueron escogidos tres hermanos, pertenecientes a tres nacionalidades distintas: don Pedro Delpech (francés), que haría de director, don Benito Piniés (español) y don José Bury (alsaciano nacionalizado alemán).

Por la circular del 3 de enero de 1882, el padre Simler daba noticia de la fundación en Winnipeg y en Trípoli; respecto a esta última fundación comunicaba: "El 19 de diciembre de 1881, tres de nuestros hermanos, los señores Juan Pedro Delpech, en calidad de director, Benito Piniés y José Bury, han abierto en Trípoli una escuela donde nos esforzaremos en dar a los niños una sólida educación cristiana con los elementos que son comprendidos como enseñanza primaria; la lengua común es el italiano, pero se cultivará cuidadosamente el francés. Esta misión a la que hemos sido llamados por la Sagrada Congregación de Propaganda (Fide) está confiada desde hace siglos a los RR. PP. Franciscanos" (p. 8). Simler esperaba que el desarrollo económico del país fuese garantía cierta de la tarea escolar marianista.

Los tres misioneros habían partido del puerto de Marsella el 14 de noviembre de 1881. Llegados a Túnez el día 16 se presentaron a monseñor Lavigerie, gran admirador del Colegio Stanislas de París, que los recibió cordialmente. Los tres religiosos emprendieron su viaje hacia Trípoli, a donde llegaron el 21 de noviembre. Aquí fueron acogidos por el Prefecto de los padres Franciscanos y por el Cónsul de Francia. En aquel momento, Trípoli era una ciudad de 30.200 habitantes, de los que dos tercios eran musulmanes (bereberes, árabes y turcos), otro tercio judíos y unos 5.000 cristianos, en su mayoría malteses de confesión católica. La población estaba compuesta por un mosaico abigarrado de razas y naciones; dominaban los árabes, pero eran muchos los judíos bien situados en la escala social. No así los turcos, poco emprendedores. Los europeos se dedicaban al comercio y a la pesca. A los ojos de los tres marianistas el régimen de vida se presentaba muy atrasado: la población vivía del comercio, la ganadería, agricultura y pesca, según técnicas ancestrales; pervivía oculto el comercio de esclavos, que hasta un pasado reciente había sido la principal fuente de riqueza. La lengua más practicada era un forma degenerada del italiano, mezclado con maltés y árabe. Desde el siglo XVI el país estaba bajo el dominio del Imperio turco, gobernado por un Pachá. Pero la administración turca, poco eficaz, dormitaba en la corrupción. Las potencias europeas, aprovechando los estertores de muerte del Imperio otomano, ayudaban a las poblaciones autóctonas en los conatos de rebelión contra las autoridades de Constantinopla; motivo por el que en Trípoli residían los cónsules de Francia, Inglaterra, Italia, Holanda, Bélgica, Austria... El dominio francés tenía su origen en la política colonial de Napoleón III, quien a finales de 1855 había recibido una petición de la población tripolitana solicitando su ayuda militar en la lucha contra los turcos. Napoleón envió una escuadra de guerra y desde entonces, aunque Trípoli continuó perteneciendo al Imperio de la Sublime Puerta, quedó sometida a la protección de Francia; de aquí el interés del Cónsul francés por aumentar la influencia de la cultura francesa por medio de la escuela. En el momento en que llegaron los tres religiosos marianistas la situación política era delicada. El temor a que Francia se apoderara del territorio había hecho que el Sultán de Constantinopla enviara hombres, artillería y munición en defensa de la ciudad. Pero

⁵³ Acuerdo entre el P. Simler y el P. María de Brest en AGMAR: 161.5.3., reproducido por Hermann, *Marianistes au Maghreb. Tripoli*, 6.

también llegaron predicadores religiosos para sublevar a la población, hasta ahora poco sensible a los acontecimientos políticos, para predicar el islamismo y el odio a Francia. El miedo a una invasión militar francesa excitó a los tripolitanos y levantó suspicacias en las demás delegaciones diplomáticas.

La escuela de los hermanos marianistas se alojaba en una mansión que había sido la residencia del Cónsul de España y cuyo pago corría a cargo de los padres franciscanos de la Misión. En los territorios coloniales no se aplicaban las leyes docentes de la metrópoli y, así, el Gobierno francés subvencionaba la escuela con 600 francos anuales, al tiempo que los padres franciscanos poseían el derecho de inspeccionar la escuela por pertenecer a la Misión. La escuela contó siempre con el apoyo del Gobierno de la República, incluso en los momentos más hostiles, cuando la expulsión de los religiosos de Francia; pues en diciembre de 1905 “a petición del consulado, el gobierno de la República francesa aporta una subvención de 3.350 a 4.000 francos”; y al año siguiente la subvención acordada se elevó a una cifra de entre 4.000 a 4.800 francos; además, también contribuía la *Alliance française*, que en 1902 aportó 700 francos. Así fue cómo gracias a los 6.000 francos que el Gobierno de Francia gastó en la instalación de los hermanos, las clases pudieron comenzar el lunes 19 de diciembre de 1881. Las lecciones se impartirían en francés y un padre franciscano daba cursos de lengua italiana. Los niños se agruparon según sus edades, su talla (había uno de 16 años) y lengua materna. Los alumnos franceses e italianos fueron adscritos a la primera y segunda clase, de pago, en lengua francesa; la tercera clase fue reservada para los alumnos gratuitos, en lengua italiana; algunas familias pidieron la media pensión para evitar que sus hijos se relacionaran con niños árabes y el Cónsul y los franciscanos alabaron la propuesta. El precio de la inscripción fue de 6 francos. En febrero de 1882 la escuela matriculaba a 110 alumnos (26 en la primera clase, 35 en la segunda y 50 en los gratuitos). La Misión católica contaba con una escuela femenina atendida por religiosas, que recibía a 234 alumnas. Los Marianistas esperaban alcanzar esta cifra, que haría viable la escuela masculina. Pero debían ganarse la reputación, pues había mucha competencia para atraerse alumnos, dado que cada religión tenía su propia escuela; además existían otros centros abiertos por la iniciativa privada: una escuela italiana, con unos 80 niños, otra franco-italiana y una tercera israelita, también de lengua italiana que contaba con el apoyo del Cónsul de Italia. Dado que la población europea más numerosa era italiana, el Cónsul italiano visitó la escuela de los marianistas temiendo encontrar un centro de propaganda política francesa. Ante esta sospecha, el señor Delpech le tuvo que recordar que los Marianistas sólo se proponían formar buenos cristianos, niños obedientes a sus padres y amantes de su país, fuera el que fuera.⁵⁴

Los niños que frecuentaban la escuela de la misión pertenecían a familias pobres. En ellas dominaba la cultura de la pobreza, caracterizada por los malos tratos a los niños, castigos severos, golpes y palabras malsonantes. Familias muy numerosas, alojadas en condiciones malsanas, eran frecuentes los casos de promiscuidad y de abusos deshonestos, de aquí la importancia de la educación moral, tanto como intelectual de los niños y sus familias. Los nuevos maestros fueron habituando a los niños al orden y al método del sistema escolar marianista. Al principio se les hizo difícil tratar la mezcla de religiones y nacionalidades, así como el uso del maltés que era la lengua más común entre los alumnos. Para ello les ayudaban los padres franciscanos. El curso 1882-1883 comenzó con 135 alumnos: 58 en la clase de los gratuitos, 46 en la segunda y 31 en la tercera clase. La mayor parte eran malteses. Hubo que contratar un profesor seglar que hablara bien esta lengua. El éxito coronaba la obra de los hermanos y el Cónsul francés, señor Féraud que era un católico convencido, les mostraba su más sincero reconocimiento y admiración.

Pero la población escolar dependía de la evolución de los acontecimientos políticos. En julio de 1882 la escuadra inglesa bombardeó Alejandría de Egipto y el

⁵⁴ Hermann, *Marianistes au Maghreb. Tripoli*, 16-17.

país fue ocupado por la Gran Bretaña, mientras que Francia ocupó Túnez y su región. Los sentimientos nacionalista entre la población musulmana se exacerbaban contra la invasión occidental y cristiana. Las pasiones políticas se hacen sentir en Trípoli y los cristianos, temiendo una sublevación, huyen y se refugian en Malta, de donde son la gran mayoría. Los hermanos marianistas también hacen sus maletas y están a punto de partir para Cannes, cuando el padre Faivre, director de dicho Colegio desembarca inesperadamente en Trípoli. Faivre venía con el encargo de la Administración General de cursar la visita canónica a la comunidad. En su agenda de trabajo estaba ver la forma de agrandar los locales de la escuela, tal como don Juan Pedro Delpech había pedido insistentemente a los Superiores de París.

En este clima mediterráneo los religiosos marianistas se van a encontrar con las dificultades que se oponen a las costumbres de las formas de vida religiosa características del área geográfico-cultural francesa y centroeuropea; sobre todo en lo que hace al traje de levita. Situación que repite en otras fundaciones como en España e islas Hawai. El padre Faivre les permite que por causa del sofocante calor, la levita sea de paño más ligero, pero no se dispensa de su uso. El sombrero de copa grande y de tela gruesa es también molesto en este clima, pero no se les permite cambiarlo por otro de paja. Entre la población está muy difundido el consumo del café, licores y tabaco. En toda visita o recepción se ofrece a los huéspedes y los mismos franciscanos y Padres Blancos lo consumen al final de cada comida. Hasta que no se tuviera en la Compañía un *Libro de usos y costumbres*, el padre Faivre no supo qué decir y remitió el asunto a la Administración General. Sí le dejó al señor Delpech instrucciones para mejorar el reglamento horario de la comunidad. En fin, Faivre logró rehacer los ánimos de los hermanos y con renovada salud emprendieron la apertura del nuevo curso, con un hermano más en la comunidad, don Domingo Galesio, pues también las familias maltesas habían regresado a la ciudad para reincorporarse a sus negocios. Pero la competencia de autoridades entre el Padre Prefecto de la Misión, padre Angelo da Santa Agata, y el director marianista de la escuela, don Juan Pedro Delpech suscitó un grave problema. El detonante del conflicto fue la sustitución del profesor de italiano, por ser incapaz de hacerse con la disciplina de la clase. El padre Angelo, alegando que él era el superior de toda la Misión católica, contra la voluntad del director marianista impuso de sustituto a un cierto abogado denominado Criscimanno, que luego se manifestó igual de incompetente que su predecesor. La cosa no quedó aquí, sino que el padre Angelo se arrogó el derecho de ser el director del colegio de la Misión, con autoridad en todo lo escolar e, incluso, sobre la comunidad marianistas. Las suspicacias aumentaron porque el Prefecto temía que la escuela femenina regentada por las hermanas se escapara de su influencia desde el momento en que las religiosas recurrían a la experiencia docente del señor Delpech para aconsejarse en materia educativa. Entonces comenzaron los enfrentamientos entre el director marianista y el superior franciscano; tensiones que duraron dos años y que estuvieron a punto de hacer abandonar la escuela. En efecto, el padre Simler, en contacto con el cardenal Lavigerie y el Procurador en París de las misiones franciscanas en Oriente, padre María de Brest, debe recordar al padre Angelo el contrato firmado por ambas partes, por el cual era competencia de la dirección marianista todo lo referente a la vida de la escuela perteneciente a la Misión; y si no estaba de acuerdo, la Administración General repatriaría la comunidad marianista. El problema de fondo estaba en la rivalidad por conseguir las subvenciones del Gobierno francés: el Padre Prefecto para construir un iglesia más grande para la Misión, donde recibir a la población cristiana cada vez más numerosa, mientras que el director marianista reclamaba esta cantidad para agrandar las instalaciones de la escuela, también en crecimiento de alumnado. Pero de los dos contendientes, Delpech ocupaba la posición legal y política más débil; pues al actuar según la autonomía administrativa y de gobierno practicada por los Marianistas en los centros escolares bajo su dirección, su manera de proceder era considerada por el Prefecto y por el Cónsul como insubordinación a lo padres franciscanos, verdaderos directores de la

Misión católica. El padre María de Brest, que visitó la Misión, era del mismo parecer; pero el enviado del padre Simler, el padre Vicente Ollier, consideraba injuriosas las acusaciones de autoritarismo vertidas sobre don J. Pedro Delpech; signo claro de sensibilidades distintas a la hora de concebir la dirección de la obra escolar. Una vez más, también se repite en Trípoli la colisión de competencias entre el director marianista y los párrocos, obispos o superiores de otras congregaciones cuyas obras escolares eran puestas bajo la dirección de la Compañía de María. Mientras tanto, el rendimiento escolar de los maestros y los niños no se resentía; el orden reinaba, incluso en los recreos que los niños tomaban en los corredores de la casa porque la escuela no tenía patios para jugar.

El 7 de junio e 1884, el Cardenal Prefecto de Propaganda Fide, monseñor Juan Simeoni, escribe al padre Simler estableciendo los principios canónicos de la Misión tripolitana. El padre Angelo Da Santa Agatha -le dice- en su calidad de Prefecto apostólico, es el Ordinario de la Misión y a él está confiado el cuidado de promover la sana instrucción de los fieles y en especial de la juventud. Por lo tanto, le incumbe la inspección canónica de la escuela de la Misión; esto implica, la elección de los libros escolares, vigilar que los jóvenes reciban una buena instrucción religiosa y profana y hacer observar la disciplina escolar. "Como él es el verdadero Superior de la Misión, todos los que forman parte de ella, sean los misioneros, sean los maestros, comprendido el director de la escuela, deben tenerle por su auténtico superior y testimoniarle respeto." En fin, por el orden y la paz, el Cardenal Prefecto proponía al padre Simler un esquema de nuevo contrato para su estudio y aprobación.⁵⁵

Simler aceptó con sinceridad la jerarquía de autoridades y el nuevo contrato se firmó entre el Prefecto Apostólico, padre Angelo da Santa Agatha, y el padre Simler, firmado en Roma el 4 de julio de 1884 y en París al siguiente día 3 de agosto. En el artículo 12 del nuevo contrato se especificaba que debían ser remitidos a la Misión todos los subsidios que la escuela recibía, a excepción de las retribuciones por lecciones particulares y en el artículo 3 se afirmaba que el Prefecto de la Misión tendría ante el Colegio las mismas atribuciones que un Obispo ante el seminario de su diócesis. Punto que complicaría la relación de los Franciscanos con los Marianistas. Pero gracias al nuevo contrato y la personalidad más dúctil y negociadora del nuevo director marianista don Juan Lacroix, la vida colegial se desarrolló en un clima de paz.

b) Sfax: Escuela Santa María (1882)

La segunda casa marianista abierta en la costa tunecina fue en la ciudad de Sfax. Su origen se remonta al deseo del monseñor Lavigerie de contar con un colegio de religiosos marianistas en el territorio de su administración apostólica. La predilección de Lavigerie por la Compañía de María se debía a su admiración por la labor docente del prestigioso Colegio Stanislas de París.

Según revela el padre Simler en la circular del 25 de diciembre de 1882, para informar de esta fundación, se había elegido esta ciudad para no dejar aislada en el norte de África la comunidad de Trípoli. A la Administración General habían llegado solicitudes provenientes de las ciudades argelinas de Orán (1882) y Constantina (1883), pero no se pudo atender a estas peticiones porque al estar Argelia completamente asimilada a Francia, estaban en vigor las leyes escolares y de servicio militar francés. Por el contrario, en Tripolitania (Libia) había plena libertad y cada uno podía abrir sus escuelas y emprender sus negocios por su cuenta y riesgo, pues las leyes locales eran poco restrictivas, dado que las autoridades turcas locales y los cónsules extranjeros se mostraban favorables, sobre todo a las obras educativas, tanto sostenidas por seculares como por Congregaciones religiosas. "En las

⁵⁵ Card. Simeoni al P. Simler, Roma, 7-VI-1884, en Hermann, *Marianistes au Maghreb. Tripoli*, 32.

condiciones actuales es más fácil crear y sostener escuelas en Túnez que en Francia y en la mayor parte de los grandes Estados de Europa. Esto es lo que os explica la fundación de Trípoli y de Sfax –escribía el padre Simler a sus religiosos- en un momento en el que nos encontramos tan reducidos en número para responder favorablemente a peticiones más insistentes que nos vienen de Francia.”⁵⁶

Ya se ha dicho que de 1880 a 1885 el Primer ministro Ferry dirigió eficazmente la política colonial francesa. Fue así cómo en la primavera de 1881 Francia ocupó Túnez imponiendo su Protectorado. Pero como la capital tunecina no fue ocupada militarmente, cuando las tropas francesas regresaron a la metrópolis, se declaró una sublevación en el centro y en el sur del país. Se envió, entonces, una segunda expedición militar. La escuadra francesa bombardeó Sfax y el 16 de julio, la ciudad fue tomada. A continuación cayeron las ciudades de Kairuán, Qafsah y Gabes. Todo Túnez quedó ahora pacificado y en Sfax, que era la segunda ciudad en importancia, permaneció estacionado un fuerte contingente militar francés.

Sometido el país al dominio de Francia, monseñor Lavigerie, arzobispo de Argel, recibió la administración apostólica de Cartago-Túnez. Al igual que tantos prelados del siglo XIX, Lavigerie consideraba la escuela como el mejor medio para sostener la fe de los fieles y promover el desarrollo material y moral de los pueblos. Por este motivo, él mismo creó en Cartago con sus Misioneros de África el *Colegio San Luis*; luego transferido a Túnez con el título de *Colegio San Carlos*, cuya sección de primera enseñanza confiará a la Compañía de María. En Túnez había colegios católicos sostenidos por Congregaciones religiosas, pero no así en Sfax y Susa. Antes de la ocupación francesa, Sfax no tenía nada más que una escuela de niños en la que se enseñaba en italiano; sólo las Hermanas de San José enseñaban francés en una escuela infantil de niños y niñas, donde la mayor parte eran malteses. En 1881 tenía Sfax una población de 25.000 habitantes, de los que unos 1.300 eran católicos; estos formaban una parroquia confiada al capuchino padre Antonio, amigo del cardenal Lavigerie, al que pedía la fundación de una escuela francesa. Viendo el éxito que había tenido entre las familias maltesas e italianas la actuación escolar de los Marianistas en la escuela de la Misión franciscana de Trípoli, Lavigerie, entonces, recurrió a la Compañía de María para dirigir en Sfax una escuela que él pensaba crear. Por telegrama del 17 de agosto de 1882 pidió a la Administración General algunos religiosos para dos escuelas. El mismo día, el padre Simler le contestaba desde París comunicándole que ya estaba hecha la distribución del Personal del curso entrante; no obstante, “debo prevenir a Vuestra Eminencia que lo más que podemos esperar sería aceptar solamente una de las dos escuelas”⁵⁷. Aceptado el ofrecimiento sólo quedaba acordar las condiciones de instalación; tarea para la que el padre Simler delegó en el Secretario general don Francisco Girardet. El 2 de septiembre escribía el señor Girardet al Prelado para ofrecerle 4 hermanos y presentarle las condiciones materiales y espirituales en las que se encargarían de la nueva escuela. Al siguiente día 18 respondía Lavigerie para dar a conocer que la ciudad elegida sería Sfax, “la ciudad más populosa y más rica de Túnez”; los hermanos deberían presentarse en los primeros días de octubre; recibirían una pensión anual de 900 francos por hermano y una casa provisional. La mediación se haría a través del Secretario de la Obra de las Escuelas de Oriente y el Ministerio de Asuntos extranjeros pagaría el pasaje en el barco de Marsella a Túnez.

La comunidad enviada a Sfax estaba compuesta por el director, don Lorenzo Zellmeyer, de 46 años de edad, nacido en Alsacia donde había tenido una larga experiencia docente y diversos cargos de dirección; don Aloisio Georger (o Görger), alsaciano también, de 43 años, y prolongada carrera escolar; don Pablo Roussey y don Alberto Wadel, que abandonaron pronto la Compañía. El señor Georger estaba

⁵⁶ A. Hermann, *Histoire de la Société de Marie (Marianistes) au Maghreb. Tripoli, Sfax, Sousse, Tunix, Bizerte. 2ère. partie: Sfax (1882-1903)* pro manuscrito (Saint-Hippolyte, 2003) 3.

⁵⁷ Hermann, *Marianistes au Maghreb. Sfax*, 5-6 y 62.

animado de un vivo impulso misionero; cuando don Francisco Girardet le envió la obediencia para fundar en Sfax escribió al Superior General revelándole que “un hermoso sueño de mi juventud se va a cumplir: seré misionero en el pleno sentido de la palabra. *Deo gratias* y *Fiat mihi secundum verbum tuum* es todo lo que puedo decir. Cuando Nuestro Señor dijo a los apóstoles: “Id a enseñar a todas las gentes”, ninguno hizo objeción sobre la distancia o el clima. Yo tampoco lo haré. Confiado en la ayuda de Dios y en la protección de nuestra Buena Madre, espero sus órdenes con la más filial sumisión y el más vivo reconocimiento por la confianza que os habéis dignado testimoniar a vuestro obediente y afectuoso hijo en J. M.”⁵⁸. Los cuatro se embarcaron en Marsella el 23 de octubre de 1882 y llegaron a Sfax cinco días más tarde.

La población católica de Sfax estaba constituida por malteses. Eran gentes de baja extracción social, buenos cristianos y muy identificados con su clero. Acogieron con simpatía a los religiosos marianistas; igualmente, las autoridades civiles (incluido el Caíd árabe) y militares; sobre todo el Cónsul, señor Seignette, muy interesado en la escuela católica. Sfax era una antigua ciudad púnica, luego romana y bizantina. Conquistada por los árabes, la población musulmana vivía dentro de la cinta de la muralla antigua, al lado de la cual había crecido la ciudad occidental. Hacia 1887 Sfax contaba con unos 30.000 habitantes; capital del sur tunecino, en ella residían las autoridades civiles del Protectorado y la sede episcopal. La ciudad era muy activa en el comercio de productos agrícolas y de tejidos.

A su llegada, los cuatro marianistas fueron recibidos por el capuchino padre Antonio, párroco de la población católica. El prospecto presentado a las familias ofrecía una escuela francesa fundada por su Eminencia el Cardenal Lavigerie, arzobispo de Argel y Administrador apostólico de Cartago-Túnez, dirigida por los Hermanos de la Compañía de María. El director era don Lorenzo Zellmeyer, diplomado con el brevet superior. “Siendo el objeto de nuestro Instituto hacer bien a todo el mundo, por amor a Dios, sin distinción de religión ni de nacionalidad, la escuela estará abierta a todos los niños, cristianos, árabes e israelitas. Comprenderá dos clases de pago y dos de gratuitos”. El coste mensual de los alumnos de pago era de 8 francos para los de la primera clase y 5 francos para los de la segunda. “La base de la enseñanza será la lengua francesa”; aunque se enseñaría también en italiano. Los niños católicos recibirían clase de religión.

A mediados de noviembre, el director Zellmeyer cayó enfermo de disentería. Fallecido el 2 de diciembre, las clases no se pudieron abrir hasta el día 4. Don Aloisio Georger tomó la dirección. La primera clase de pago contaba 14 alumnos, la segunda, otros 14, y la de gratuitos tenía una treintena de niños, de los que ninguno sabía leer. Después de las clases, de cinco a siete de la tarde se daban clases particulares a jóvenes soldados franceses, como recurso para aumentar los ingresos económicos de la comunidad. No tenían ningún alumno italiano; franceses sólo uno; el Cónsul de Bélgica les había enviado cuatro de sus hijos. Casi todos los niños eran malteses, hijos de familias pobres y con muchos hijos, “como en tiempos de Gedeón” (decía el señor Georger), pues eran frecuentes las familias con doce, catorce y hasta dieciséis hijos. También en Sfax los hermanos pidieron que la levita fuera de paño ligero; según el párroco franciscano la levita era una prenda conveniente para significar el estado religioso en medio de la población. La comunidad marianista estaba muy unida a la parroquia; el párroco y los feligreses creyeron que los religiosos se encargarían de animar con sus cánticos las funciones religiosas parroquiales; pero la muerte del señor Zellmeyer frustró este deseo.

A petición del director, la Administración General les envió dos hermanos, los señores Jorge Hofner, para la escuela, y Domingo Galesio que hacía la cocina. Ambos llegaron a finales de enero de 1883. El número de alumnos crecía muy lentamente: de 97 matriculados a finales de febrero, a mediados de noviembre había 129 niños, bien dispuestos, trabajadores y piadosos. El 25 de noviembre de 1883 el Director de

⁵⁸ Hermann, *Marianistes au Maghreb. Sfax*, 8.

Enseñanza pública, Machuel, dirigió al señor Georger la copia de un mandato por el que todas las escuelas francesas de Túnez eran declaradas escuelas del Estado (públicas). Por este motivo, don Aloisio Georger pasaba a ser director oficial de la escuela de Sfax. Este fue el primer paso para que la escuela de los Hermanos se transforma en escuela pública a partir de enero de 1886.

El señor Georger estuvo al frente de la escuela de Sfax hasta los ejercicios espirituales anuales tenidos en el verano de 1884 en el Colegio San Carlos de Túnez, en donde se reunieron las tres comunidades marianistas que con el tiempo se habían establecido en el Protectorado francés (Trípoli, Sfax y Túnez). Georger fue destinado como profesor al Colegio de San Carlos, en sustitución del señor Lacroix, nombrado director de Trípoli; mientras que el fundador de esta escuela, Delpech, era nombrado director del establecimiento de Sfax.

Con don Pedro Delpech como director, cargo en el que permaneció hasta 1903, la vida escolar discurre con toda normalidad. El 15 de noviembre de 1884 había matriculados 110 niños de origen maltés, italiano y francés, algunos israelitas y musulmanes. Eran atendidos por cuatro hermanos docentes y un hermano cocinero. Sólo Delpech poseía el brevet. Pero esto no planteaba ninguna dificultad académico-administrativa porque los religiosos docentes en los territorios coloniales eran tenidos como “los mejores auxiliares tanto de la civilización y del progreso como de la religión y de Francia”⁵⁹.

c) Túnez: clases de francés en el Colegio San Carlos (1883-1899)

El *Colegio San Carlos* de Túnez fue fundado por el cardenal Lavigerie, poco tiempo después de que Francia estableciera el Protectorado de Tunicia. Ya se ha dicho que Lavigerie era un convencido del valor de la educación católica para el desarrollo social y la propagación del catolicismo en la sociedad moderna. El Colegio Stanislas de París era para él el modelo de institución católica a imitar. Nombrado Administrador apostólico de la región, inmediatamente, en 1881 fundó en Cartago un Colegio francés con el título de *San Luis*, bajo la dirección de los Misioneros de Argel o Padres Blancos⁶⁰. Al año siguiente de su fundación, el Colegio fue transferido a Túnez y cambió su nombre por el definitivo de *San Carlos*; siempre bajo la dirección y administración de los Padres Blancos. En abril de 1882, el señor Cardenal solicitó a la Administración General religiosos marianistas a los que confiar la dirección de las clases de francés en la sección de primera enseñanza. Llegados a un acuerdo en las condiciones económicas, el padre Simler aceptó el contrato y al comenzar el nuevo curso, el 26 de septiembre de 1883 fueron enviados don Santiago Sibus, en el puesto de director, con los cuatro religiosos don Serafín Ancel, don Juan Lacroix, don Luis Rusch y don José Wolmar. Con la comunidad marianista de Túnez, eran ya 15 los religiosos destinados a las escuelas del norte de África; cinco hermanos en cada una de ellas; y la Provincia de Midi contaba 46 establecimientos en el *Personnel* de 1884.

Los Padres Blancos desenvolvían las funciones administrativas del Colegio. Dado que el esfuerzo económico para sostener el Colegio era muy grande, el señor Cardenal hubiese deseado que la Compañía de María se hiciera cargo de él; pero la Compañía no podía sostener este compromiso. Lavigerie, que admiraba el Colegio Stanislas por su fórmula de colegio dependiente de la *Université* puesto bajo la dirección de una Congregación religiosa, se dirigió a las autoridades administrativas de la *Université* de Francia y en 1886 ésta le envió el personal docente necesario para la enseñanza secundaria clásica. Los docentes marianistas, provistos del Brevet

⁵⁹ Victor Guérin, *La France catholique en Tunisie, à Malte et a Tripolitanie* (Tours 1886), cit. por Hermann, *Marianistes au Maghreb. Sfax*, 26.

⁶⁰ Tunis-Afrique. Ecole St. Charles (classes françaises)-1883, en AGMAR: 161.6.1; Notice sur les maisons SM, vol. 1º y 2º, 1914, en AGMAR: 163.2 y 3; *Le Messenger*, nº 3 (junio 1897) 91-92; *Le Messenger*, nº 13 (enero 1899) 15-16.

correspondiente, permanecieron en sus clases de francés para los niños de primera enseñanza y los Padres Blancos en sus puestos de gestión. Por esta nueva fórmula jurídica, el *Colegio de San Carlos* de Túnez daba el mismo tipo de enseñanza que los Colegios y Liceos oficiales de Francia; y estaba puesto bajo la vigilancia del Director de Enseñanza Pública de Túnez. Sus clases de Bachillerato preparaban para entrar en todas las carreras universitarias en Francia. El cuidado en la instrucción y en las prácticas religiosas, así como el espíritu de concordia y simpatía entre profesores y alumnos, junto con el sistema docente de la emulación, academia literaria y científica, sesiones solemnes de lecturas públicas de notas..., hacía del *Colegio San Carlos* una feliz repetición del Colegio Stanislas que la Compañía de María dirigía en París.

Pero esta feliz vida colegial de los docentes marianistas, imprevistamente se vio truncada. En efecto, a finales de octubre de 1899 un telegrama del Ministerio de Instrucción avisaba que el Colegio era transformado en un Liceo del Estado. El 1º de noviembre de 1889, a tan sólo un mes de la apertura del nuevo curso, los maestros marianistas se vieron obligados a ceder sus plazas a maestros seculares. Ante la estupefacción de propios y extraños el señor Cardenal había vendido secretamente el Colegio al Gobierno, en acuerdo con el Residente General, señor Massicault. El Colegio pasó a convertirse en el Liceo de Túnez con profesores oficiales. También los Padres Blancos abandonaron el Colegio para regresar a Cartago donde abrieron un Seminario menor, por ser una necesidad eclesial urgente la formación de clero autóctono surgido de entre los hijos de las familias católicas de malteses, italianos y franceses. El Seminario se transformó en la *Institución Lavigerie*.

d) Susa: Escuela San Carlos (1885)

“Concebida en el pensamiento del cardenal Lavigerie como gemela de la escuela de Sfax, pero fundada tres años después, la escuela de Susa corre el peligro de aparecer (...) como la hermana pequeña y pálido reflejo de su hermana mayor.”⁶¹

Susa era la tercera ciudad en importancia de Túnez; capital del Sahel y residencia del Bey, “Poseedor del Reino de Túnez”. Ciudad de origen fenicio, había conocido el paso de todos los Imperios. En septiembre de 1881 las tropas francesas la habían ocupado sin resistencia. La población se elevaba a 10.000 habitantes, de los que sólo 800 eran europeos de origen maltés, siciliano y francés; además de una colonia de 2.000 israelitas ocupados en el comercio. Los sicilianos eran pescadores y los malteses tenían el monopolio de los trasportes (coches, caballos y mulos).

El origen de la escuela de Susa se debe poner en relación con el telegrama que el 17 de agosto de 1882 envió el cardenal Lavigerie a la Administración General en París solicitando hermanos para dos escuelas que pensaba abrir en Túnez. Simler sólo pudo ofrecerle una comunidad y eligió la escuela de Sfax, por ser la ciudad más populosa y más rica de Túnez. La escuela de Susa tuvo que esperar. Su aceptación se debió al temor del padre Simler de que los hermanos fueran expulsados de la escuela de la Misión franciscana de Trípoli, a consecuencia del conflicto entre el director marianista, don Juan Pedro Delpech, y el Padre prefecto de la Misión. Temiendo la expulsión, el 11 de febrero de 1883 Simler escribió a monseñor Lavigerie buscando su intercesión a favor de la Compañía de María. En esa carta le añadía que “si retiramos nuestros hermanos a finales de este mes hay muchos lugares en Francia de donde recibimos peticiones y en los cuales serían recibidos de todo corazón. Pero antes de traerlos, creemos faltar a nuestro deber si no los ponemos, en primer lugar, a disposición de Vuestra Eminencia, caso de que usted conserve todavía la intención de confiarnos una segunda escuela en Túnez”⁶². El ofrecimiento no prosperó porque los problemas entre el director marianista y el Padre prefecto de la Misión franciscana en

⁶¹ A. Hermann, *Histoire de la Société de Marie (Marianistes) au Maghreb. Tripoli, Sfax, Sousse, Tunix, Bizerte. 4ème. partie: Sousse (1885-1903)* pro manuscrito (Saint-Hippolyte, 2003) 3.

⁶² Hermann, *Marianistes au Maghreb. Tripoli*, 26-27.

Trípoli se solucionaron con un nuevo contrato. Entre tanto, Lavigerie y Simler habían considerado más ventajoso que la Compañía enviara religiosos para ocuparse de las clases de primera enseñanza del Colegio San Carlos de Túnez. En consecuencia, hasta el 18 de agosto de 1885, no apareció en una carta del cardenal Lavigerie la solicitud para fundar una segunda escuela en territorio tunecino, que sería en la ciudad de Susa. El padre Simler le respondió el siguiente 27 de agosto aceptando enviar tres o cuatro hermanos para el inicio del nuevo curso.⁶³

En Susa existía una escuela, que bajo el título de San Carlos estaba dirigida por un sacerdote, ayudado por seminaristas de Cartago, que para el curso 1885-1886 esperaba matricular a más de cien alumnos. Lavigerie ofrecía la dirección de este establecimiento. Las condiciones del contrato serían las mismas que las de Sfax. Aunque la escuela era privada, por precaución ante las nuevas leyes docentes era conveniente que al menos el director estuviera en posesión del brevet simple. El señor Cardenal estimaba que se podía empezar con una comunidad de tres hermanos; si bien, cuatro sería el número ideal. Las condiciones para el acuerdo final se trataron directamente entre el Secretario General, don Francisco Girardet, y el director del Colegio San Carlos de Túnez, padre Dausbourg, que se encontraba en París.

Los maestros marianistas se iban a encontrar con una fuerte competencia escolar en Susa. En esta ciudad, como en el resto del Protectorado, era grande la rivalidad entre Italia y Francia, que se disputaban el predominio cultural y político sobre la población europea e hijos de los magnates locales. Antes de la ocupación francesa, Susa tenía tres escuelas: una femenina dirigida por las Hermanas de San José de la Aparición y dos italianas, una masculina y otra femenina. Los notables locales, judíos y comerciantes italianos sostenían estos centros con subsidios del Gobierno de Italia. La escuela que ahora recibían los hermanos tenía su remoto origen en 1881, cuando el párroco de la ciudad, el capuchino padre Rafael, reunió en la casa parroquial un grupo de niños italianos y malteses para instruirlos en los rudimentos de la lengua italiana y algo de francés que iban a necesitar tras la ocupación francesa de la ciudad. La humilde escuela parroquial comenzó a desarrollarse cuando el cardenal Lavigerie se ocupó de ella a partir de 1883, encargando su dirección al canónigo y capellán militar, padre Thévin, que organizó un programa de estudios en dos años. El Cardenal le envió tres seminaristas de Cartago para enseñar francés. La escuela, ahora, trasladó sus locales a la Intendencia militar, junto a la Iglesia. Sin otros edificios adyacentes, tenía tres clases bien ventiladas e iluminadas, pero estrechas e incómodas. No tenía patios y los niños tomaban el recreo en la calle. El señor Cardenal corría con los gastos; no obstante, una pequeña retribución se le pedía a los alumnos de las dos clases de superiores, pues la clase de pequeños era gratuita. Lavigerie pensó encomendar la dirección de la escuela a una Congregación religiosa, con la finalidad de asegurar su viabilidad económica; razón por la que se había dirigido a la Compañía de María. En 1883 la escuela matriculaba sólo 80 alumnos y en esta situación se encontraba cuando los Marianistas tomaron su dirección.

Los tres hermanos designados para esta nueva misión fueron don Emilio Jalby, director, con 37 años, el veterano don Aloisio Goerger, alsaciano de origen con 46 años y el joven don Pedro Adrián Ravailé, de 20 años de edad, todavía con votos temporales. El señor Goerger, había dejado la dirección de la escuela de Sfax y había pasado el curso anterior en el Colegio San Carlos de Túnez; los otros dos hermanos se embarcaron en Marsella rumbo a Túnez, donde recogieron al señor Goerger y los tres llegaron a Susa el 23 de octubre de 1885. Las clases comenzaron el lunes 12 de octubre, con 65 alumnos, que no causaron mala impresión a sus nuevos maestros. Los inicios estuvieron salpicados con las anécdotas propias de la austeridad y el buen humor de toda fundación. Las dos clases superiores eran de pago, 4 y 3 francos mensuales, y la de pequeños, gratuita. De ésta se ocupó el jovencísimo don Adrián

⁶³ Carta y respuesta de la A.G., en Hermann, *Marianistes au Maghreb. Sousse*, 4-5.

Ravaillé y gracias a la veteranía de don Aloisio Goerger, los otros dos hermanos se adaptaron al genio de los alumnos, en su mayoría malteses.

La comunidad de Susa siempre causó muy buena impresión a los visitantes de la Administración General. Si bien hubo muchos cambios de personal, siempre reinó entre los hermanos unión y buen entendimiento.

Susa es la última escuela fundada en el Protectorado de Túnez durante el primer generalato del padre Simler. Con este nuevo establecimiento, también perteneciente a la Provincia de Midi, eran 4 las casas y 18 los religiosos destinados a esta misión: 5 en cada una de las casas de Sfax (director don J. P. Delpech), Trípoli (director don Juan Lacroix) y Túnez (director, don Santiago Sibus) y 3 en Susa (director don Emilio Jalby). Entre estos 18 hermanos eran frecuentes los cambios de comunidad y sustituciones de unos por otros. Mientras que los casos de repatriación a Francia fueron raros y sólo por motivos de salud.

Al igual que la escuela de Sfax, San Carlos de Susa dejó pronto de ser una escuela privada para convertirse por fuerza de la ley en escuela pública en enero de 1886 y, por lo tanto, sometida al Director general de Enseñanza de Túnez, el vigilantísimo señor Machuel. El cardenal Lavigerie no pudo por menos que alegrarse con este cambio de titulación, pues malamente hacía llegar a los hermanos los 500 francos de subvención acordada con la Administración General.

e) Implantación en el norte de África al final del primer generalato

En conclusión, entre 1881 y 1885 fueron cuatro los establecimientos escolares que se tomaron en el Protectorado francés de Túnez, en previsión de los efectos de las leyes escolares sobre el brevet y la ley militar exigidas por los gobiernos de la Tercer República en suelo francés. Al cabo de cinco años, estas obras estaban sólidamente asentadas en las manos de los maestros marianistas.

En el Capítulo General de 1886, el primer Asistente, padre Demangeon, informaba que la Compañía regentaba cuatro establecimientos escolares en la costa septentrional de África. El cardenal Lavigerie había llamado a los Marianistas para dar clases de francés en la Escuela San Carlos, dirigida por los Padres de Argel en la ciudad de Túnez. En Susa la Compañía había tomado la dirección de una escuela de primera enseñanza de tres clases, una de ellas gratuita, que había pertenecido a los Clérigos de Cartago. En Sfax se dirigía una escuela de 4 clases. Y, finalmente, en Trípoli, se dirigía una escuela considerada la primera obra marianista en un país de misión⁶⁴. Así, en los cuatro años que van de 1881 a 1885 fueron abiertas cuatro escuelas y en 1901 otra más en Bizerta. Este avance rápido en la costa septentrional de África fue parado en 1903, al ser expulsados de territorio francés las Congregaciones religiosas docentes. De todas estas escuelas, hoy no subsiste nada más que la escuela de Túnez.

El establecimiento de Trípoli nos ofrece la tónica de estas obras en territorio colonial francés y los motivos para la aceptación de todas ellas: la instrucción elemental de los hijos de los funcionarios y de los comerciantes locales que sólo pretendían aprender a leer, escribir y las cuatro reglas matemáticas, así como hablar en francés para hacerse cargo de los negocios familiares. Aunque la escuela de la Misión franciscana de Trípoli era llamada “colegio” por los Franciscanos, en ningún caso resistía la comparación con centros docentes similares en Francia. Una característica de estas escuelas coloniales era la composición heterogénea de sus alumnos. La escuela con mayor diversidad de nacionalidades, religiones y lenguas era la de Túnez; de sus 224 alumnos, 111 eran católicos originarios de familias malteses, italianas y francesas; 84 eran niños judíos, 18 árabes, 4 griegos ortodoxos y 7 protestantes. La población árabe era la más remisa a enviar a sus hijos a la escuela occidental. Sus hijos se contentaban con aprender a leer el Corán en árabe.

⁶⁴ Demangeon, Informe del 1º Asistente al Capº Gral. 1886, p. 14-17, en AGMAR: 54.5.17.

Igualmente era plural la composición del alumnado de la escuela de Susa; de sus 21 alumnos, 14 eran malteses, 1 judío, 4 italianos y 2 españoles. La lengua italiana era la más extendida en esta región, por lo que era necesario enseñar francés para satisfacer las necesidades de la población en las nuevas relaciones económicas y administrativas con las autoridades del Protectorado; sin menospreciar el interés del Cónsul y del Director general de Enseñanza por imponer el predominio cultural francés. Motivos por los que los Marianistas fueron llamados a estas tierras y por el que recibieron de la administración republicana la ayuda que se denegaba a las escuelas de las Congregaciones en la metrópoli. Este es otro rasgo característico de las escuelas marianistas en las colonias.

En efecto, los radicales de la Tercera República aplicaban una doble medida en la legislación escolar; mientras que en Francia la enseñanza de las Congregaciones era perseguida, en las colonias se solicitaba el trabajo de los religiosos docentes. Las escuelas de Túnez habían recibido el título de escuelas públicas subvencionadas por el Estado, permaneciendo confesionalmente católicas y enseñando la Religión. “Aquí se ve que la República tiene dos pesos y dos medidas, según el oportunismo de los lugares y de los tiempos” –manifestaba el padre Demangeon ante los capitulares generales-. Con sentido providencialista de la historia, el padre Demangeon desvelaba los dos motivos por los que el Consejo General había aceptado la dirección de estas obras; así, reconoce que “tal vez la Providencia ha permitido que en estos momentos en que la ley en Francia nos ha prohibido la enseñanza en las escuelas públicas, nos ha dado el medio de salvar algunas vocaciones preservando alguno de nuestros hombres del servicio militar”. Así, los jóvenes llamados a filas conmutaban el servicio de armas por el ejercicio de la docencia en territorio colonial propagando la lengua francesa, como forma de dominio cultural sobre la población indígena y en competencia con otras potencias coloniales, sobre todo Italia. Según Demangeon, las misiones de África son dignas de interés porque estas tierras, donde antiguamente hubo florecientes comunidades cristianas, comenzaban a ser puestas en contacto con la civilización europea y era importante que “los cristianos establecidos en esos lugares tuviesen una instrucción más sólida que les permitiera abrir sus filas y asimilarse a los colonos (europeos) que habrán de venir a residir entre ellos a fin de constituir comunidades católicas fuertes”. Pero el esfuerzo tenía sus contrapartidas, pues el rigor del clima agotaba a los religiosos. No obstante, los marianistas sentían que sus esfuerzos los asimilaban a la vida de los Apóstoles, que habían traído el bien de la fe a nuestros países. De ahí el empeño y el celo que los maestros marianistas ponían en su tarea escolar.

f) Desarrollo de las obras escolares en el Protectorado de Túnez

Las obras escolares marianistas en Túnez experimentaron un fuerte incremento de alumnado en paralelo con el desarrollo económico y demográfico del Protectorado. Así, la vida de cada centro escolar –en Túnez ciudad, Sfax, Susa y Bizerta- dependió del aumento de población europea en cada ciudad. Las buenas perspectivas para la misión escolar marianista se vieron truncadas por la supresión de la Compañía de María en Francia y la expulsión de todo el territorio –colonial incluido- al terminar el curso en 1903.

Ya se dijo que la feliz vida colegial de los docentes marianistas en el Colegio San Carlos de Túnez se vio imprevistamente truncada en octubre de 1899 cuando por orden del Ministerio de Instrucción el Colegio fue transformado en el Liceo oficial de Túnez. El 1º de noviembre, los maestros marianistas se vieron obligados a ceder sus plazas a maestros seculares. Los religiosos fueron traídos a Francia, a excepción del señor Sibus, a quién la Administración General destinó a las otras escuelas del Protectorado. Pero Túnez era un ciudad importante para la Compañía de María, pues en ella se reunían los religiosos del norte de África para los retiros anuales y además era la primera escala del barco procedente de Europa. Queriendo permanecer en

Túnez, la Administración General aceptó la dirección de la escuela de los monaguillos de la Catedral de Túnez -*La Maîtrise*-, ofrecida por el párroco de la Catedral, el padre Gazaniol, que pedía dos hermanos docentes. Los Superiores aceptaron las condiciones que en otras circunstancias hubiesen sido rechazadas como insuficientes, tanto por las condiciones materiales del establecimiento cuanto por el contrato económico con los hermanos. En fin, a la escuela fueron enviados los señores Santiago Sibus, como director, ayudado en la tarea escolar por don Serafín Ancel y don Augusto Willig, además de don José Hecht en el puesto de cocinero. Comenzaron su labor escolar el 15 de enero de 1890. Pero la escasez de recursos y la mala condición material de los locales obligaron a abandonar esta escuela al terminar el curso, en 1891. Entonces, la Compañía se decidió por poseer una obra propia en la ciudad. Monseñor Lavigerie ofreció un terreno para la construcción de un *Pensionat* (internado) privado, de primera enseñanza, con clases para alumnos externos, que preparaba para ingresar en la segunda enseñanza a los hijos de las clases mejor acomodadas de la ciudad. Construido el colegio, el 1º de octubre de 1891 se abrió la *Institution Sainte Marie* con 29 alumnos repartidos en 3 clases. En 1892 comenzó a funcionar el internado y en 1893 matriculaba a 136 alumnos, en 5 clases. Muchas familias demandaban la enseñanza secundaria y el Latín fue introducido en 1898; así, adquirió rango de centro de segunda enseñanza. La supervivencia de la obra estaba asegurada y el centro perdura hasta nuestros días, después de atravesar el duro momento de la expulsión de Francia de las Congregaciones docentes. Para superar esta situación fue necesario dar al centro una apariencia secularizada, poniéndolo bajo la dirección de un seglar y vendiendo ficticiamente la propiedad al señor Rey, rico empresario que había construido el colegio. Con estas figuras legales interpuestas los religiosos pudieron mantenerse en el Colegio de Túnez, hasta la reconciliación del Estado con la Iglesia católica después de la primera Guerra Mundial.

En cuanto a las escuelas de primera enseñanza, en las ciudades de Sfax y Susa, ambas recorrieron un trazado similar, por cuanto que el 1 de enero de 1886 entró en vigor un decreto del Gobierno francés por el que las escuelas de primera enseñanza de Túnez pasaban a ser del Estado⁶⁵. Desde octubre de 1885 el padre Simler estaba al tanto de este proyecto del Gobierno, que al principio levantó las sospechas de ver reproducido en las colonias el conflicto escolar que en la metrópoli mantenían los gobernantes de la Tercera República con las Congregaciones docentes. Pero no fue así, pues los religiosos continuaron en sus puestos docentes. Los liberales en el poder aplicando un doble rasero, protegían en las colonias las escuelas católicas que en Francia trataban de nacionalizar. Estaba claro que los hermanos y hermanas docentes eran los mejores misioneros de la cultura francesa. Esta medida legal afectaba a las escuelas de Sfax y de Susa, que pasaron a ser escuelas públicas y gratuitas, en las que los maestros religiosos eran pagados por el Ministerio de Instrucción con una pensión anual de 1.000 francos, tuviesen o no el diploma de enseñanza; a cambio, los maestros debían estar provistos del diploma de enseñanza: el director debía poseer el brevet completo y los subordinados el brevet simple. Si algún maestro no estaba titulado disponían del generoso plazo de tres años para obtener el brevet. La nueva condición legal de las escuelas congregacionales agradaba al cardenal Lavigerie, feliz de desprenderse de un peso económico en las finanzas de la diócesis. Lo que parecía una ingerencia del Estado se convirtió en la salvación de las escuelas de las Congregaciones religiosas, que sin la ayuda económica del Gobierno no hubiesen podido subsistir. Un decreto posterior, del 13 de febrero de 1886, establecía que los maestros religiosos serían nombrados por el Gobierno de Túnez y el Director de Enseñanza pública fijaría el número de maestros para cada escuela. Los directores de las escuelas dirigidas por Congregaciones debían poseer el brevet de capacitación. Maestros y directores con más de 45 años de edad y 15 de profesión en Túnez continuarían en sus puestos. Todos serían pagados

⁶⁵ Hermann, *Marianistes au Maghreb. Sfax*, 27-35.

por el Gobierno. El Director de la Enseñanza pública en Túnez, señor Luis Pedro Machuel, se encargará de hacer cumplir a rajatabla la legislación relativa a los cambios de personal, contra la práctica de los directores y Superiores de las Congregaciones, habituados a proceder con independencia en sus actuaciones de gobierno. Machuel inspeccionaba los centros y alentaba toda iniciativa pedagógica. Se mostraba muy satisfecho de la labor de los maestros marianistas; tanto es así que en enero de 1897 asimiló al director de la escuela de Sfax, don Pedro Delpech, al rango de profesor provisto de Brevet superior, con salario de 1.200 francos anuales. Aunque la Administración General y el Provincial de Midi veían en la inspección del Director de Enseñanza pública una intromisión, el hecho era que el amparo legal y económico del Gobierno propició el desarrollo de la *Escuela Santa María* de Sfax.

Pero el crecimiento de la escuela de Sfax se debió al auge económico y demográfico de la ciudad⁶⁶. De los 25.000 habitantes de 1881, en 1892 se contaban 40.000 y en 1896 se llegaba a 60.000. El primer incremento demográfico de la ciudad se debió a un plan de colonización agrícola del gobierno francés, que por decreto de 12 de febrero de 1892 ofreció tierras para la plantación de olivos y Sfax se convirtió en el centro más importante de la colonización francesa de Túnez. Además se pusieron en explotación las minas de fosfatos de Qafsah, unidas por ferrocarril con Sfax. Todo esto, olivos, minas, ferrocarril y talleres industriales, atrajo a colonos agrícolas, ingenieros, capataces, obreros, mecánicos y funcionarios franceses que demandaban escuela para sus hijos. Así, la *Escuela Santa María* conoció un crecimiento acelerado desde los 69 alumnos del curso inicial 1882-1883, a los 180 inscritos en el curso 1889-90, los 225 del año escolar 1896-97, a los 280 del curso 1898-99, hasta los más de 300 a partir de 1889-1900. Por este motivo, en 1890 el director Delpech pidió permiso al Ayuntamiento para alquilar una casa adyacente para dormitorio de internos y capilla; y en 1897 se alquiló otro local vecino para las clases de pequeños. Pero la solución era provisional y en octubre de 1898 se comenzaron los trabajos de construcción de una nueva escuela, gracias al permiso del Cónsul Fidelle y a la ayuda de un rico olivarero alsaciano, don Alejandro Bueb, muy amigo de los Marianistas. El 2 de octubre de 1899 comenzaba el curso en los nuevos locales escolares y el 9 de noviembre, monseñor Polomeni, obispo de Ruspe, bendecía la casa.

Al igual que la escuela de Sfax, San Carlos de Susa dejó pronto de ser una escuela privada para convertirse por fuerza de la ley en escuela municipal en enero de 1886 y, por lo tanto, sometida al Director general de Enseñanza de Túnez, el vigilantísimo señor Machuel. El cardenal Lavigerie no pudo por menos que alegrarse con este cambio de titulación, pues malamente hacía llegar a los hermanos los 500 francos de subvención acordada con la Administración General. El Prelado sólo continuó pagando los 2.000 francos anuales por el alquiler de la casa y esto hasta 1887 en que este gasto corrió a cuenta de la Parroquia. Sorprendentemente nunca hubo un conflicto entre la dirección marianista y la Dirección general de Enseñanza. De los tres hermanos, solamente el joven don Adrián Ravailé no poseía el brevet de capacitación elemental; razón (además de no encontrarse en regla con la ley militar) por la que tuvo que ser sustituido por don Eugenio Runtz, un alsaciano de 22 años llegado a Susa en mayo de 1886. En fin, el primer año de la escuela San Carlos bajo la dirección marianista terminó con 88 alumnos matriculados.⁶⁷

Los maestros marianistas en Susa intentaron manejarse también en italiano y en uno de los volúmenes de las *Guides Joanne*, de 1887, reconocía que “el colegio francés fundado por el Cardenal Lavigerie cuenta con 100 alumnos franceses, italianos y malteses. (Es uno de los establecimientos) mejor atendidos de la Regencia”. El constante crecimiento de la Escuela San Carlos se debía al rápido desarrollo de la ciudad. Sobre todo, a partir del curso 1888-1889 se incrementó el alumnado italiano, debido a las familias de obreros italianos venidos a Susa para la construcción del

⁶⁶ Hermann, *Marianistes au Maghreb. Sfax*, 36-59.

⁶⁷ Expansión de la Escuela de Susa en, Hermann, *Marianistes au Maghreb. Sousse*, 9-19 y 21.

puerto, carreteras y línea del ferrocarril (en la década 1887-1897 la población se duplicó de 10.000 habitantes a 20.000 almas). Por este motivo se solicitó y se obtuvo del Director de Enseñanza pública de Túnez, Machuel, la apertura en 1890 de la clase de 4º de primaria, de la que se encargó don Antonio Vergé, provisto de Brevet superior. Así, la estadística nos muestra una Escuela en constante expansión que obligó en 1890 a trasladar sus locales a una amplia y luminosa casa árabe, situada en la calle Dar Seis, 12, provista de patio interior y con terraza. En la misma casa se alojaba la Escuela italiana, pero enteramente separada de la marianista. La población escolar puede crecer ahora y en 1892-1893 hay inscritos 183 alumnos. Las obras públicas atraen mano de obra francesa e italiana y al comienzo del curso 1893-1894 se debe abrir otra clase, confiada a don José Dietrich, que provisto de Brevet superior refuerza la comunidad hasta 6 religiosos: por primera vez la escuela alcanza la cifra de 200 alumnos. En octubre de 1898 la escuela matriculaba 256 niños (85 malteses, 78 italianos, 66 franceses, 25 israelitas, más otros 2 alumnos). Los locales se quedaron insuficientes, por lo que ya el Director de Enseñanza, Machuel, en la inspección de diciembre de 1892 anticipó la necesidad de construir un verdadero edificio escolar en el barrio europeo. La Dirección de Enseñanza pública y el Ayuntamiento de la ciudad correrán con los gastos. La construcción comenzó en febrero de 1898 y se concluyó el 15 de septiembre. Ubicada en la calle Julio Ferry, la nueva escuela abrió sus puertas en octubre de 1899; tenía amplio patio de recreo, clases y pasillos luminosos y locales para la comunidad religiosa, encargada de las clases de pago y de los gratuitos. Pronto, también este nuevo local se quedó pequeño.

El aumento del número de alumnos estuvo acompañado por los buenos resultados académicos en los exámenes oficiales para obtener el Certificado de estudios de primera enseñanza, en concurrencia con los alumnos de las escuelas laicas, italianas y arabe-francesa. Desde 1887 hasta 1900 la Escuela de Susa obtuvo un total de 73 certificados de estudios primarios y 6 brevets elementales de capacitación docente. Los alumnos que terminaban sus estudios se dedicaban al comercio, eran funcionarios de la administración civil en la ciudad o ejercían profesiones diversas; sólo una pequeña parte continuaba estudios de Bachillerato en otros establecimientos de la Regencia. El mayor éxito de la Escuela Santa María de Sfax fue la obtención de una medalla de plata en la exposición escolar de Túnez, de mayo de 1888, sobre 44 centros presentados; y la felicitación del Ayuntamiento de la ciudad en enero de 1890.

Ambas escuelas se regía por los mismos principios de los establecimientos marianistas en Francia: todos los años se celebraban con gran solemnidad las primeras comuniones, la procesión del Corpus Christi y el festival fin de curso de entrega de premios al que se invitaban las autoridades eclesiásticas, civiles y académicas del Protectorado; también se promovía el asociacionismo religioso entre los alumnos: el 11 de junio de 1899 se creó en Sfax la Pequeña Milicia del Sagrado Corazón, bendecida por monseñor Polomeni. Entre los alumnos surgieron algunas vocaciones para el Postulantado de Réalmont: los hermanos Espiridón y Eduardo Barbara, Francisco Cutajar, Carmelo Falzon (marianista fallecido en 1960) y Alberto Psaila (sacerdote marianista fallecido en 1955). Pero la lejanía del Postulantado en Francia y los celos del clero local, hacía que las familias maltesas se opusieran a dejar marchar a sus hijos.

Por el contrario, en la ciudad de Susa la religiosidad de los franceses era fría y la de los malteses exterior; asistían a misa pero no comulgaban. Aquí no había asociaciones religiosas juveniles y a los marianistas les costó formarlas. Por fin, el 10 de mayo de 1893, seis alumnos fueron recibidos miembros de la Congregación mariana y por su influencia, el 10 de diciembre de 1894 siete alumnos formaron la Milicia del Corazón de Jesús; finalmente en noviembre de 1897 se consigue constituir un coro para cantar en la Iglesia, gracias a la participación de antiguos alumnos y de un padre de familia, don Juan Gaudioz, hombre muy católico y vicepresidente del Ayuntamiento. Todo, ante el asombro del párroco. Entre estos alumnos, y a pesar del

ambiente religiosamente frío de Susa, afloraron algunas vocaciones para el Postulantado. Sólo perseveró marianista don José Gaudioz, uno de los hijos de don Juan. En 1901 el padre Migno vino a Túnez a predicar los ejercicios a los marianistas del Protectorado y se llevó al Postulantado al joven Gaudioz, que haría su noviciado en 1903 en Vitoria (España) y su formación en Lequeitio (España). Paradójicamente, la acción religiosa de los maestros marianistas fue profunda entre sus alumnos de Susa. Aun cuando en 1903 los religiosos fueron expulsados de la escuela, la influencia moral y espiritual se prolongó durante largo tiempo entre los antiguos alumnos que vivían como buenos cristianos: algunos de ellos eran miembros destacados de las Conferencias de San Vicente de Paul y formaban parte de una coral dedicada a embellecer las grandes festividades religiosas (según informaba *L'Apôtre de Marie* de abril de 1911).

5. ASENTAMIENTO MARIANISTA EN BÉLGICA

Bélgica fue uno de los países en el que la Constitución liberal de 1831 fue más tolerante hacia la escuela privada; pues las leyes permitían la libertad de erigir centros educativos privados. Esta situación legal tan favorable permitió a la Compañía de María entrar en este país en tres momentos difíciles de su historia, durante el último tercio del siglo XIX y principios del XX. El primer momento corresponde a la expulsión de Alsacia de los religiosos docentes por las autoridades alemanas. En 1874 el Consejo General destinó a Bélgica a los religiosos de la comunidad de Benfeld (Alsacia) para dirigir el *Instituto Santa María* en la ciudad de Boussu-lez-Mons, a 12 kilómetros de Mons. Así fue cómo la Compañía entró en Bélgica, uno de los cinco países en proceso de industrialización más avanzado, junto con Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania y Francia.

Un segundo momento tuvo lugar durante la década de 1880. En esta ocasión, la Administración General aceptó la dirección de cuatro escuelas católicas en Paturâges –escuela parroquial San José- (1881), Chimay (1890), Gilly (1891) y La Louvière (1893) para emplear en ellas a los religiosos expulsados de las escuelas públicas-municipales por las leyes docentes de los liberales de la III República francesa, que buscaban la secularización de la enseñanza. La tercera oleada de Marianistas en Bélgica se sitúa a principios del siglo XX y se debe poner en relación con la expulsión de Francia de los religiosos docentes por la ley Combes de 1903. Esta circunstancia fue la causa del gran éxodo de religiosos marianistas hacia Bélgica. Presentaremos esta tercera oleada de fundaciones más adelante, al tratar el problema de la expulsión de los Marianistas de Francia. Lógicamente en todas las ocasiones, la cercanía de la frontera franco-belga hizo que los Superiores adscribieran todas las casas de Bélgica a la Provincia marianista de París.

a) Los católicos en la vida pública

La Constitución liberal de Bélgica, que causara gran alarma en Roma en tiempos de Gregorio XVI, fue la ocasión para la participación activa de los católicos en la vida política y cultural del país. En efecto, “la restauración católica, emprendida vigorosamente poco después de la independencia (1831), fue continuada con éxito por un episcopado que daba gran importancia a la escuela católica y controlaba de cerca toda la vida eclesiástica”⁶⁸.

Desde el primer momento de la independencia de Holanda, los católicos belgas participaron activamente en la vida política del país. Unido al partido liberal, el partido católico constituyó con los liberales un frente común contra Holanda, en la lucha por la

⁶⁸ Roger Aubert, “La Iglesia católica desde la crisis de 1848 hasta la primera guerra mundial”, en *Nueva historia de la Iglesia*, (Madrid 1984) V, 107.

independencia. Los movimientos nacionalistas europeos encontraban terreno abonado en la población mayoritariamente católica de los belgas y valones contra sus vecinos protestantes del norte. Antiguos conflictos religiosos e históricos, se veían ahora aumentados por los problemas políticos y económicos causados por la estructura estatal creada en el Congreso de Viena por la que los belgas quedaban sometidos a la monarquía holandesa. Por todos estos motivos, religiosos y políticos, los católicos belgas se unieron a la oposición nacionalista liberal contra la hegemonía holandesa, en reacción a la política protestante en la enseñanza, la introducción del holandés como lengua oficial y el despotismo de Guillermo I. En el conjunto de las revoluciones burguesas y nacionalistas de 1830, el levantamiento de Bruselas consiguió la proclamación de la independencia de Bélgica, consiguiendo la formación de un Gobierno y un Congreso nacional provisionales. El nuevo país fue aceptado por las grandes potencias en la Conferencia de Londres de 1831 y así nació Bélgica bajo la forma de una Monarquía liberal y parlamentaria, en la persona de Leopoldo I, que juró respetar la Constitución liberal; esto es, la aceptación de la soberanía nacional, de los derechos individuales, del sistema parlamentario y de la autonomía administrativa.

Establecido el liberalismo parlamentario, Bélgica ingresó en la carrera industrial y en el desarrollo económico y demográfico propio de los países occidentales durante la segunda mitad del siglo XIX: si en 1800 el territorio contaba con 3 millones de habitantes; en 1870 tenía 5 millones y al terminar el siglo, la población había crecido a 6,7 millones (un incremento del 123%). La industrialización atrajo mano de obra y Bélgica se convirtió en uno de los países europeos con menor porcentaje de población rural, pasando del 55 % en 1850, al 40 % en 1860 y al 18 % en 1910; solo aventajada por Gran Bretaña (Por comparación con Francia en las mismas fechas, los porcentajes son del 75 %, 69 % y del 56 %, respectivamente). Sólo en Gran Bretaña y Bélgica la mano de obra empleada en la industria sobrepasaba a la ocupada en el sector agrario en torno a 1880. En este año, el 38'3 % de la población activa está empleada en la agricultura, frente al 38'9 % en la industria y el 21 % en los servicios (En cambio, en Francia era el 47'4 % de campesinos, el 26'7 % de obreros industriales y el 25'9 % en servicios). Constitución política liberal, desarrollo económico y socio-cultural definen a Bélgica como un moderno país en la órbita del liberalismo decimonónico; con la nota característica que en este paso hacia las formas modernas de vida el partido católico fue un agente activo en alianza con el partido liberal.⁶⁹

La Iglesia belga contaba con un clero abundante y emprendedor en sus métodos apostólicos. A la actuación del clero diocesano se unía la de numerosas Congregaciones religiosas, cuyos efectivos pasaron de 12.000 miembros en 1846 a 58.351 en 1910. Pero en Bélgica se debe señalar la participación activa en la vida de la Iglesia y de la sociedad de una minoría de seglares influyentes que apoyaban la causa católica en el Parlamento y en las instituciones destinadas a conservar en las masas populares su contacto con la Iglesia. Esta actuación hizo que los católicos sintieran como natural que, al amparo de las libertades constitucionales, la Iglesia recuperase de hecho su influjo sobre las instituciones y la vida civil. Lógicamente, los liberales consideraban excesiva la ingerencia de los católicos en las instituciones, sobre todo en el campo de la enseñanza. De tal forma que entre 1878 y 1884 se llegó a un enfrentamiento denominado la "guerra de las escuelas". Pero la política tolerante y conciliadora del nuevo Papa, León XIII, y la derrota electoral de los liberales en 1884, que dio el poder al partido católico durante treinta años, permitió que las controversias político-religiosas pasaran a segundo plano, en beneficio del interés por la cuestión social. En este campo del mayor interés en la sociedad moderna, el catolicismo belga fue un pionero y a partir de la *Rerum novarum*, los obispos, que eran acérrimos defensores de un partido católico unido y fuerte, propiciaron la formación de una democracia cristiana.

⁶⁹ Francisco Villacorta, "Las sociedades de la revolución industrial", en Carlos Moretón y Ángela Ma. Sanz (dir.), *Gran historia universal*, v. XXI. *La revolución industrial* (Madrid 1990) 58 y 69.

No obstante el esfuerzo pastoral de la Iglesia, también en la sociedad belga avanzaba la indiferencia religiosa, sobre todo, a partir de finales de siglo. Así, se deteriora la moral familiar, la tradicional autoridad del párroco se ve sustituida por el influjo de los librepensadores y francmasones, incluso en la población campesina, y en la población obrera de la ciudad descienden las prácticas religiosas y el contacto con la Iglesia, incluso en los sacramentos tradicionalmente considerados de mayor proyección social, como son el bautismo, el matrimonio, la primera comunión y el funeral en la iglesia.

No obstante esta situación, común a todas las sociedades occidentales, el catolicismo belga dio muestras de gran vitalidad. Vitalidad de la que fueron muestras patentes la proliferación de círculos de estudios sociales para estudiantes y para obreros y la creación de sindicatos católicos; la recuperación del tomismo en la Universidad de Lovaina por obra del joven profesor y luego cardenal, Mercier; y la abundancia de vocaciones misioneras para los territorios coloniales y de misión.

b) Libertad de enseñanza y facilidad legal

Desde los primeros momentos de la independencia del país, quedó afirmada la libertad de enseñanza en la Constitución. Dado que las medidas arbitrarias de Guillermo I de Holanda en materia docente habían sido uno de los motivos de mayor descontento de la población contra la unión con sus vecinos del norte, la libertad de enseñanza quedó establecida en la Constitución de 1831, cuyo artículo 17 amparaba el derecho de todo ciudadano a abrir una escuela, sin necesidad de un certificado previo de capacitación docente o de buena conducta.⁷⁰

Inmediatamente, la educación pública primaria fue entregada a los Ayuntamientos y a la iniciativa de los particulares. Pero las autoridades municipales se mostraron poco interesadas en la escolarización de los niños, por lo que prosperaron las escuelas dirigidas por maestros particulares, que pronto se quedaron insuficientes para acoger la demanda escolar. Por este motivo, de los 12.851 mozos llamados a filas en 1842, 5.412 eran analfabetos.

A partir de este momento, la escolarización y alfabetización de la masa campesina por medio de la extensión de la primera enseñanza se convirtió en uno de los principales objetivos políticos de la Cámara de diputados, tal como el rey Leopoldo I afirmó en su discurso del trono de aquel año de 1842. Para ello, los parlamentarios elaboraron la ley orgánica de educación, de 20 de septiembre de 1842; ley que imponía a cada Ayuntamiento la obligación de mantener una escuela de primera enseñanza con matrícula gratuita a los niños de familias pobres. Pero la ley era bastante propicia a la enseñanza privada, pues permitía al Ayuntamiento *adoptar* los servicios de una escuela privada si el municipio no contaba con recursos económicos para sostener una escuela municipal. Además, como hemos visto en el caso francés, respecto al pensamiento tradicionalista del ministro Gizot, también la ley belga consideraba la educación moral y religiosa como inseparable de la instrucción; entendiendo por educación moral, la enseñanza de una religión positiva. Los niños no católicos eran dispensados de asistir a la clase de religión; más tarde se organizó para ellos, cursos de moral laica. El Consejo municipal nombraba a los maestros, que debían poseer el diploma de una Escuela Normal estatal o privada, reconocida por el Estado. Por este camino, la escuela se transformaba en un instrumento de moralización de la población campesina, con el fin de favorecer su integración en las nuevas formas de vida política, económica y cultural de la sociedad liberal. Dado que la religión católica era la practicada por la mayoría de la población, el clero se hizo indispensable para impartir la clase de religión y para la inspección de la enseñanza religiosa, a través de inspectores nombrados por las autoridades diocesanas. De esta manera, la presencia del clero en la vida escolar vino a ser muy notable.

⁷⁰ P. Zians, *Chroniques Marianistes. Belgique*, T. I-II (dactilografiados).

Pero esta situación legal, tan beneficiosa para los católicos, era considerada por los liberales como un embargo de la escuela por la Iglesia católica. Cuando en las elecciones de 1878 los liberales consiguieron la mayoría absoluta en la Cámara impusieron una nueva ley docente, llamada por los católicos “la Loi de malheur” (la desdichada ley). También se aplica sobre Bélgica el modelo francés de los liberales de la Tercera República, que se propusieron la laización de la enseñanza como medio para la unificación política de la nación bajo los principios del credo liberal; pues de hecho, en 1878, la situación escolar de Bélgica era bastante satisfactoria para la época: sobre unos 839.000 niños en edad escolar entre 6 y 12 años, había 598.213 niños escolarizados en escuelas municipales o adoptadas por el Ayuntamiento e inspeccionadas por el Estado. Junto a ellas, existía un gran número de escuelas privadas, mantenidas por los hermanos y hermanas de las Congregaciones docentes. Además, entre ambos sistemas escolares, contando con la colaboración del clero en la enseñanza pública, nunca se había creado ningún conflicto desde la promulgación de la Constitución de 1831. Como en el caso francés, el rechazo de esta tutela del clero sobre la enseñanza, se debía a las razones doctrinarias del credo liberal en torno a la configuración política de la sociedad civil por parte del Estado docente. Así, la nueva ley escolar suprimió la enseñanza religiosa y sólo dejó en pie la educación moral. A cambio, se permitió impartir clases de religión en los locales de la escuela a los ministros de cada iglesia, pero fuera del horario escolar. Por supuesto, los Ayuntamientos ya no podrían *adoptar* una escuela privada como escuela municipal y para ser profesor en una escuela pública se debía estar en posesión de un diploma obtenido en una Escuela Normal del Estado.

Lógicamente, el episcopado belga se opuso frontalmente a la nueva ley. Los obispos, reunidos en Malinas el 1º de septiembre de 1879 decretaron la excomunión de los padres que sin permiso de las autoridades eclesiásticas enviaran a sus hijos a las escuelas públicas y a todo el personal docente católico que participara en el nuevo sistema escolar: los maestros, inspectores, miembros de los Comités escolares municipales e, incluso, a los alumnos y profesores de las escuelas oficiales de Magisterio. La Santa Sede tuvo que abogar ante el episcopado para que se atenuaran medidas tan rigurosas. En contrapartida a la condena de la escuela pública, los católicos se aplicaron a fundar escuelas privadas en todos los municipios. Fue así cómo se constituyeron Comités escolares católicos, preponderantemente parroquiales, que reunieron los fondos necesarios, buscaron locales y contrataron a los maestros. El párroco, asistido por un grupo de entre cinco y diez seglares, muy convencidos del valor de las obras católicas, creaba un Comité escolar parroquial, del cual el cura, como miembro de derecho, nombraba a un presidente, un tesorero y a un secretario. El Comité contrataba a los maestros, a menos que la escuela hubiese sido creada por la generosidad de un mecenas que se reservaba este derecho. Finalmente, los maestros recién contratados eran presentados por el inspector diocesano a la aprobación episcopal. Estos Comités parroquiales crearon multitud de nuevas escuelas que tuvieron que competir con los centros estatales para conseguir alumnos suficientes para sostenerse económicamente. Pero dicha competencia produjo el efecto positivo de la total escolarización de la población infantil. “Este fue el único beneficio de la ley (liberal), si se exceptúa el de la multiplicación de las escuelas libres”⁷¹

No tardarías leyes escolares en tornarse favorables a la escuela católica. Fue a raíz del triunfo electoral católico en las elecciones de 1884. Retomado el poder, por espacio de treinta años, el partido católico revisó la legislación escolar de los liberales y dieron al país la ley escolar de 1884, modificada en 1895 y en 1914.

La ley de 1884 era respetuosa con todas las libertades: libertad de los Ayuntamientos para organizar la enseñanza primaria de sus municipios y la elección de maestros seglares o de hermanos de las Congregaciones; libertad de conciencia de

⁷¹ Zians, *Chroniques Marianistes. Belgique*, T. I, 3.

los padres para inscribir a sus hijos en los cursos de religión o de ética. La ley reconocía cuatro clases de escuelas: 1) escuelas municipales, directamente dependientes del control estatal; 2) escuelas adoptadas y subvencionadas por los ayuntamientos y obligadas a recibir gratuitamente a los alumnos que les eran enviados; 3) escuelas adoptadas por parte de un Ayuntamiento que recibían subsidios económicos del Estado y de las autoridades provinciales y municipales, pero bajo el control de los inspectores oficiales; y finalmente, 4) las escuelas totalmente independientes o de pago, que subsistían por sus propios medios y que escapaban a toda inspección oficial. Los padres de familia se reservaban la libertad de enviar a la escuela a sus hijos y hasta la ley de 1914 la escolarización no fue obligatoria. Pero para esa fecha toda la población estaba escolarizada.

Los maestros marianistas supieron plegarse a los requisitos legales del sistema escolar belga. Fue ejemplar el caso de don Ignacio Gerwig, patriarca de la fundación en Bélgica. Cuando en 1896 se propuso a los religiosos afrontar el examen del Brevet belga, se presentó el primero a los sesenta años de edad. Entre los jóvenes alumnos de la Escuela Normal, sufrió las pruebas de lectura, gramática, historia de la pedagogía y se le dispensó de la gimnasia, pero no del examen teórico. Obtuvo el diploma en medio de las felicitaciones del tribunal y su ejemplo valió para que le siguieran los jóvenes religiosos.

En fin, cualquier particular podía abrir una escuela sin condición de nacionalidad, titulación académica, ni control de la inspección oficial, con tal de que no pidiese al Estado ninguna subvención económica. No obstante, los centros privados cuyas aulas recogiesen un mínimo de 20 niños y la mitad de sus profesores estuviesen titulados con diplomas oficiales podían recibir una subvención del Estado, a cambio de aceptar la inspección oficial. La enseñanza de la religión y las escuelas parroquiales eran vigiladas por un inspector diocesano. Completando la red de escuelas públicas y privadas, existía otra de Escuelas Normales de carácter oficial, diocesana o dirigidas por las Congregaciones religiosas. De esta forma, en Bélgica se llegó a una fórmula absolutamente liberal y tolerante de la libertad de enseñanza, que permitió la pronta escolarización de la población y su elevación cultural, sin que el país conociera la acritud de los conflictos Iglesia-Estado que se dieron en la Francia de la Tercera República.

c) Arraigo de la obra escolar marianista

En este marco de favor legal hacia la enseñanza católica, de desarrollo económico del país y de vitalidad religiosa de la Iglesia belga, la obra escolar marianista va a encontrar un fácil acomodo y arraigo en Bélgica, huyendo de las leyes de secularización de la enseñanza en Francia. Por este motivo, y después de la primera comunidad marianistas establecida en Boussu en 1874, la primera oleada de fundaciones marianistas en Bélgica aconteció a partir de 1880. En general se buscaron obras cercanas a la frontera francesa, en poblaciones de fuerte expansión industrial y comercial, donde los católicos habían creado una red de escuelas parroquiales. La segunda oleada correspondió en torno a la expulsión de Francia de las Congregaciones docentes en 1903. Los Marianistas trasladaron a Bélgica religiosos y formandos de la Provincia de París y la sede de la Administración General.

El clero diocesano y otras asociaciones escolares católicas, aprovecharon la ocasión para ofrecer a los religiosos franceses la dirección de sus escuelas, bien de reciente creación o, bien, para sustituir a los maestros seculares. Dado que las escuelas recibían un subsidio estatal, la principal dificultad de los maestros marianistas en Bélgica fue obtener el diploma de enseñanza belga, como condición necesaria para que el centro escolar recibiera el subsidio del Estado. Por este motivo, el Consejo General, en su sesión del 17 de marzo de 1902, pedía al Provincial de París, poner los

medios para que los religiosos obtuvieran en el plazo de un año el necesario diploma de enseñanza.⁷²

Los maestros marianistas entraron por primera vez en Bélgica para dirigir la escuela Santa María de Boussu. Esta entrada se debe situar en el contexto político de la expulsión de los religiosos franceses de Alsacia por las nuevas autoridades alemanas. En aquella circunstancia, la Administración General envió a Bélgica algunos religiosos alsacianos expulsados de su país. Fue así como los Marianistas llegaron a Bélgica llamados por el conde Jorge de Nédonchel, un católico ferviente defensor de la educación de la infancia como medio de promoción social y de evangelización. Nédonchel, buscando una Congregación religiosa para sustituir a los Hermanos de las Escuelas Cristianas que habían tenido que abandonar la escuela parroquial a causa de una condena legal, recurrió a los religiosos marianistas para dirigir el *Instituto Santa María* en la ciudad de Boussu-lez-Mons, en la que él habitaba, a 12 kilómetros de Mons. El *Instituto* era una importante escuela de primaria que matriculaba a más de 300 niños, con clases de alumnos gratuitos y otros de pago. La Administración General envió a esta población industrial los religiosos de la comunidad de Benfeld, en Alsacia, recientemente expulsados de su tierra. En el mes de octubre de 1874 don Miguel Wittemann como director y los religiosos don Isidoro Gerwig, Schoepfer y Jaecker y el cocinero hermano Hans Joseph se hicieron cargo de la escuela Santa María, frecuentada por niños de familias obreras empleadas en las minas de carbón, fábricas metalúrgicas y del vidrio. La escuela era un centro de primera enseñanza gratuita; pero desde 1885 y a petición de los padres se creó una sección de pago. Esta sección fue denominada Escuela Media Libre y obligó a tener una comunidad con numerosos religiosos. En 1904 se creó un curso para adultos y todos los domingos, un curso de diseño industrial.⁷³

Después de la escuela de Boussu, la segunda llegada de Marianistas a Bélgica se debe poner en relación con las leyes de secularización de la enseñanza pública en Francia, emprendida por Julio Ferry, puesto al frente del Ministerio de Instrucción desde marzo de 1879. La secularización de la enseñanza se logró por la Ley Goblet de 30 de octubre de 1886, que se obligaba a los Ayuntamientos a reemplazar en las escuelas municipales a los religiosos por maestros laicos. Por esta razón, entre 1877 y 1886, los Marianistas fueron expulsados en Francia de 26 escuelas municipales. Motivo por el que los Superiores se vieron obligados a aceptar la dirección de escuelas católicas en el vecino país belga, en ciudades cercanas a la frontera francesa. En este contexto se debe situar la aceptación en 1881 de una escuela parroquial en la villa de Paturâges, en el país Valon.

En efecto, temiendo ser expulsados en Francia de las escuelas municipales la Administración General aceptó en 1881 la dirección de la escuela parroquial de San José en Pâturages. La escuela había sido creada por el padre Godfrind, párroco de la segunda Parroquia de la ciudad, Nuestra Señora de Pâturage. Cada religioso docente recibiría 1.000 francos anuales, mientras que el hermano encargado del servicio doméstico no recibiría ninguna pensión. La Administración General aceptó estas condiciones y así comenzaron cuatro religiosos: don José Gasser como director, y los señores Eugenio Gogniat y José Biehler, como maestros, y don Luis Denilauer como cocinero. La escuela se inauguró en unas pobres instalaciones, alojada en una granja. Pero muy concurrida por numerosos niños pertenecientes a familias obreras, empleada en las fábricas de una región muy industrializada. La descristianización era muy profunda entre estos hombres y mujeres sometidos a durísimas condiciones de trabajo en las minas de carbón; un cura párroco manifestó al padre Demangeon que a

⁷² Registre Ordinaire des procès-verbaux des délibérations du Conseil d'administration, en AGMAR: 1A2.1.6, pág 139.

⁷³ Zians, *Chroniques Marianistes. Belgique*, T. I, 8; y en Notice sur les établissements SM, 1930, pág. 15, en AGMAR: 163.1.1; cfr., *L'Apôtre de Marie*, nº 10 (febrero 1906) 289-294 y Demangeon, *Notes sur la Société de Marie*, 136-138.

menudo estaba obligado a dar en el lecho de muerte cuatro sacramentos seguidos: penitencia, primera comunión, matrimonio y extremaunción.⁷⁴ En estos medios obreros, con muchas necesidades sociales, la escuela prestaba diversos servicios culturales, recreativos y de formación social: cursos de alfabetización para adultos, círculos de debate social para jóvenes (“le Patronage”), una coral para niños, una sociedad dramática, biblioteca dominical, caja de ahorros y de asistencia social.⁷⁵

A esta escuela siguió en 1890 la escuela de Chimay, asistida por tres hermanos. Chimay era una pequeña villa agrícola de 3.325 habitantes a la llegada de los Marianistas. La escuela del Sagrado Corazón había estado dirigida por los Hermanos de las Escuelas Cristianas. No sabemos el motivo por el que la dirección de la escuela fue ofrecida a la Compañía de María. Sabemos que el señor Alfonso Panis, notable local, comerciante en vinos, en su cualidad de secretario del Comité parroquial de las escuelas católicas escribía el 16 de enero de 1890 al padre Hiss, Asistente de Instrucción, comunicándole que el Comité había aceptado las condiciones de la Compañía de María.⁷⁶ La primera comunidad marianista llegó a Chimay a finales de septiembre de 1890, compuesta por el director don Luis Georger y los hermanos don Eduardo Enderlé y don Florentino Stiegler. Las clases comenzaron con 63 niños, en la esperanza de llegar a Navidad con 90 alumnos. El comportamiento religioso y escolar de los maestros marianistas admiraron a toda la población. El señor Georger estuvo de director hasta 1896. Entonces fue renovada la comunidad con don Antonio Imhoff a la cabeza, y los señores Bernardo Schenkel y César Mudry, ambos suizos. El director Imhoff propició las obras sociales características del catolicismo belga: caja de ahorros, mutua de seguros sociales, círculo de debate social...

En 1891 se recibió la dirección de la escuela parroquial de Gilly, que sólo se tuvo hasta 1895. Gilly era una importante población de 21.450 habitantes dedicados a la agricultura y a la manufacturas de diversos productos agrícolas e industriales. Los Marianistas fueron llamados a dirigir la escuela para niños de la Parroquia de Saint Remy, por el párroco Posteau, admirado por la tarea escolar de los hermanos en la escuela de Boussu. La Administración General acogió con agrado la petición y el párroco respondió con una carta del 16 de junio de 1891 dando a conocer la situación social, religiosa y docente de la población. De las tres parroquias de la ciudad, sólo la de Saint Remy, con 10.000 fieles, disponía de una escuela gratuita para niños, en un edificio con seis aulas, de las que sólo dos estaban ocupadas por maestros seculares, a los que el párroco quería reemplazar por religiosos. El Comité escolar parroquial deseaba que las otras tres clases fuesen ocupadas por alumnos de pago, con cuyos ingresos se podrían mantener las aulas de gratuitos, frecuentadas por 150 ó 160 niños por aula. En una población como Gilly no sería difícil llenar las aulas con niños de pago; pero en la situación social de Bélgica, el Comité deseaba que todos los alumnos tomaran el recreo juntos en el mismo patio de juegos.⁷⁷

El 14 de julio de 1891 los Superiores de París aceptaron la dirección de la escuela. A la apertura de curso se presentaron 320 alumnos y otros 70 a los cursos nocturnos para adultos. El primer director fue don Santiago Schmitt y sus maestros, don Eduardo Hess, don Nicolás Knab, don Carlos Houtmann y don Bernardo Albinésius. Al curso siguiente la escuela matriculaba 360 alumnos y la comunidad marianista contaba 8 religiosos. El señor párroco Posteau se mostraba muy satisfecho de la competente dirección del señor Schmitt. Pero las optimistas previsiones económicas del Comité escolar no se cumplieron, dado que en diciembre de 1894 la escuela sólo matriculaba 40 alumnos de pago. Por otra parte, cada religioso recibía en

⁷⁴ Escuelas abiertas en la misma región obrera, cfr. *Le Messenger* (sept-octb. 1902)

⁷⁵ Zians, *Chroniques Marianistes. Belgique*, T. I, 28 y sigs, Miguel García, “Pâturages, Hainaut (Belgique) Ecole primaire libre (1881-1915)”, en AGMAR: 163.2.1. pág 165.

⁷⁶ Pians a Hiss, 16-I-1890, en AGMAR: 0119.5.4, cit. Zians, *Chroniques Marianistes. Belgique*, I, 55.

⁷⁷ Carta en AGMAR: 130.4.14, cit. Zians, *Chroniques Marianistes. Belgique*, I, 72-73.

pensión 900 francos anuales y no había manera de encontrar otros ingresos. Además, faltaban las condiciones materiales que permitieran practicar la semi-clausura de aquel concepto de vida religiosa impuesto en las Constituciones y diversos reglamentos. Finalmente, el párroco pedía que los religiosos obtuvieran sus diplomas docentes según la ley belga, sin cuya posesión no podían ejercer la docencia, por lo que se vería obligado a contratar maestros seculares. Ante la imposibilidad de solucionar todas estas adversidades, el nuevo director, don Víctor Régent, hombre poco práctico en la dirección escolar pues provenía de la formación de los postulantes de Courtefontaine, pidió a la Administración General abandonar la escuela, como así se hizo al finalizar el curso en julio de 1895.

A la escuela parroquial de Gilly, siguió en 1893 la dirección de las clases de primaria –o sección preparatoria- del Colegio San José de La Louvière. También esta fue una obra de poca duración en manos de la Compañía de María, pues se dejó en 1902. La Louvière era una población habitada por 16.850 personas, que había crecido gracias a la industria. Los Marianistas fueron llamados por el padre Wauthier, director del Colegio episcopal San José, de la diócesis de Tournai, que estimaba la obra escolar de las casas de Boussu y Pâturage. El Colegio San José era una amplia institución docente, de enseñanza profesional de producción de cerveza y agricultura. El padre Wauthier deseaba que los Marianistas se hicieran cargo de la sección preparatoria o de primera enseñanza, compuesta de tres clases, sometida al director general del Colegio. Los hermanos recibirían alojamiento y una pensión de 400 francos trimestrales.⁷⁸

La Administración General aceptó y envió a cuatro hermanos bajo la dirección de don Santiago Schmitt, que dejaba la escuela de Gilly para recibir esta nueva responsabilidad. Le acompañaban don Eugenio Cogniat y don Francisco Javier Schmitt. La comunidad permaneció muy unida en medio de un inmenso trabajo escolar y con pocas comodidades materiales. El número de alumnos creció de 116 el primer año a 158 en 1897. Pero el 29 de enero de 1901 ardió todo el edificio. Sólo quedaron en pie las cuatro paredes. Los religiosos lo perdieron todo. En estas condiciones el invierno fue muy duro; además, la multiplicación de escuelas parroquiales en la ciudad estaba provocando la disminución del número de alumnos de la sección preparatoria. En consecuencia, al comenzar en septiembre 1901-1902 la dirección del Colegio decidió reducirla a una sola clase y sustituir los servicios de los maestros marianistas por el de sacerdotes diocesanos. En fin, el 6 de abril de 1902 la dirección firmó la cancelación del contrato. Una carta del día anterior a la Administración General comunicaba esta decisión y en el mes de agosto, el director Laemmel y los hermanos Jorge Claude y Augusto Haegeli abandonaron el Colegio.

Las condiciones de vida de los religiosos en estas obras fueron muy adversas en sus inicios, pues la mayor parte de las escuelas se encontraban en los cinturones industriales de las regiones obreras, ya muy descristianizadas. Dado que las escuelas recibían un subsidio estatal, la principal dificultad de los maestros marianistas fue obtener el diploma de enseñanza belga, como condición para que el centro escolar recibiera el subsidio del Estado. De esta forma, los centros escolares dirigidos por los Marianistas pudieran recibir los subsidios estatales a condición de aceptar la vigilancia de los inspectores oficiales.⁷⁹

⁷⁸ Zians, *Chroniques Marianistes. Belgique*, I, 80-81 y sigs.

⁷⁹ Zians, *Chroniques Marianistes. Belgique*, "Introduction", T. I, págs. I y II.

6. BALANCE DEL PRIMER GENERALATO: 1876-1886

Cuando en 1876 el padre Simler tomó el gobierno general de la Compañía de María, la gran dificultad a la que se debía enfrentar en Francia fue la de sobreponerse a las pérdidas materiales causadas por la expulsión de los religiosos de las numerosas escuelas municipales que la Compañía regentaba en Alsacia. Pero, más que a la pérdida de obras, la expulsión de esta rica región en vocaciones religiosas hacía temer, sobre todo, por el descenso drástico en el número de candidatos a la vida religiosa marianista, con las graves consecuencias que para el crecimiento de las obras traería esta carencia vocacional. Diez años después, en los informes de los Asistentes Generales, así como del mismo padre Simler, al Capítulo General de 1886 se notaba que este problema había sido superado. Pues si bien el número de candidatos en las casas de formación había descendido, no obstante, la estadística de religiosos había continuado su ascenso gradual.

La segunda línea de acción, impuesta por el Capítulo general de 1876, consistía en la revisión de las Constituciones para su aprobación por la Santa Sede. El padre Simler derrochó un inmenso esfuerzo para componer un texto nuevo que corrigió el Capítulo de 1881 y que en 1886 estaba en espera de ser aprobado por la Santa Sede. Este segundo objetivo, primordial en el interés del Buen Padre, fue el que le causó mayores sinsabores en su primer decenio como General, pues no faltaron los religiosos que continuaron enviando a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares escritos, acusándole de querer cambiar el origen y la tradición de la vida religiosa marianista. Pero también este objetivo estaba encauzado, pues desde marzo de 1885 las Constituciones revisadas, y puestas en circulación por la Sagrada Congregación por un tiempo experimental de siete años, estaban en manos de los religiosos.

Ahora, al terminar el generalato en 1886, un nuevo problema se estaba fraguando dentro de Francia. Se trataba de la expulsión legal de los religiosos de la red de escuelas y colegios municipales, como consecuencia de la política de laicización de la enseñanza pública llevada a cabo por los republicanos de la Tercera República. En aquellas circunstancias, la gran preocupación de los superiores era buscar modos y lugares donde emplear a los religiosos que el Estado apartaba de las escuelas públicas.

a) Recuperación material: hombres y obras

El peligro de que la expulsión de Alsacia –incorporada al Imperio alemán– causara la disminución del número de religiosos, se había podido conjurar. En efecto, siguiendo los informes de la Administración General al Capítulo de 1886 vemos que el Asistente de Celo, padre Demangeon, detectaba una leve tendencia a la disminución de las vocaciones, pero causada por la drástica caída del número de postulantes y novicios en la Provincia de América⁸⁰. En esta Provincia, los postulantes habían disminuido de 104 en 1881, a 71 en 1886 y, en consecuencia, también los novicios habían descendido des 40 a 28. En las cuatro provincias europeas, si bien el número de postulantes había subido de 143 a 252, el de novicios se había estancado con un leve descenso de 94 a 92. No obstante, la estadística de religiosos continuó aumentando y en 1886 la Compañía tenía 1.628 religiosos (171 religiosos más que en 1881), de los que 705 habían profesados votos temporales y 923 eran definitivos. La decisión de imponer un plazo máximo de diez años a la profesión definitiva había dado como resultado que en los últimos cinco años, 182 religiosos habían hecho votos perpetuos (un promedio de 36 por año). También es cierto que las defecciones menudeaban: en el quinquenio transcurrido, 226 religiosos habían abandonado la Compañía (45 por año), de los que 15 eran religiosos con votos definitivos y 211

⁸⁰ Demangeon, Informe del 1º Asistente al Capº Gral. 1886, p. 6, en AGMAR: 54.5.17.

temporales. La prolongación de la estancia de los jóvenes religiosos en el Escolasticado para la obtención del brevet, antes de ser destinados a la docencia, había contribuido a mejorar también la formación religiosa y con ello la reducción del número de abandonos. Demangeon se felicitaba que en la Compañía fueran menos que en otras Congregaciones laicales similares. Los sacerdotes continuaban siendo muy pocos: se había pasado de 77 a 84. El examen de estas cifras nos da la visión de una Congregación en permanente crecimiento, y cuyas comunidades ofrecían una fisonomía bastante laical, formadas por hombres muy jóvenes.

En el aspecto profesional, el acoso legal a los religiosos empleados en las escuelas municipales había obligado a exigir a los escolásticos obtener el brevet antes de ser enviados a dar clase. Así se había reducido el número de religiosos no titulados desde los 200 de 1881 a sólo 30 en 1886, según informaba el Asistente de Instrucción, padre Hiss. También el aumento del número de religiosos se correspondía con la mejor formación y capacitación profesional. Tales mejoras se correspondían con el progreso económico de la Compañía. Según el señor Fontaine, había un beneficio económico de 50.000 francos que revertía en el mantenimiento de las casas de formación. Lógicamente, la expansión del personal hacía del gasto en formación inicial el concepto más gravoso de la economía marianista, pues los formandos y sus formadores se comían anualmente 265.000 francos. Fontaine lamentaba la ley fiscal que imponía impuestos a las Congregaciones religiosas sobre sus bienes gananciales; este comportamiento era considerado por el ecónomo general marianista como una acto de secularización.⁸¹

El incremento de religiosos permitía a cada Provincia aumentar el número de docentes marianistas en las obras y recibir la dirección o abrir nuevos centros escolares⁸². La Provincia de París reflejaba bien esta expansión: la escuela de Fives-Lille (departamento del Norte), aunque era de pago, había duplicado su alumnado, debido a que las familias católicas buscaban la enseñanza confesional de las Congregaciones cuando éstas estaban siendo apartadas de las escuelas municipales; por eso, en la misma localidad se había aceptado una escuela gratuita que reunía a 290 niños. La Provincia había fundado cinco nuevas escuelas de primera enseñanza: una en Pâturages, Bélgica, en medio de una población minera muy descristianizada; obra que se había aceptado para enviar a los religiosos que no podían ejercer la docencia en Francia, bien por no ser franceses, bien por no poseer el brevet, dado que las leyes escolares belgas eran menos rigurosas que las francesas; otras dos escuelas en la Vandé -La Chataigneraie y La Mothe-Achard- y dos en Bretaña -Tremblay y Plouguernevel-. Estas cuatro escuelitas se habían aceptado con la esperanza de encontrar vocaciones en regiones poco industrializadas, donde todavía se conservaba muy arraigado el sentimiento católico. La Provincia no había aumentado el número de sus colegios de segunda enseñanza, pero había hecho dos sustituciones: en 1882 los liberales en el gobierno municipal de Saint Jean d'Angély expulsaron a los religiosos del Colegio que era del Ayuntamiento; pero el señor Obispo, monseñor Thomas, no queriendo perder a los Marianistas de su diócesis, les ofreció en La Rochela la Escuela Fénelon, dirigida hasta la fecha por el clero diocesano. La comunidad de Saint Jean d'Angély fue trasladada en bloque a La Rochela. Igualmente, se abandonó el establecimiento de Rochefort, que el Obispo de La Rochela había ofrecido a modo de ensayo en 1878; pero tras seis años de dirección la experiencia no convenció y los Marianistas se retiraron para marchar a Saint Brieuc, con la esperanza de encontrar vocaciones. La Provincia de París atendía a 5.400 niños (1.500 más que en 1881), pero las leyes laicistas amenazaban con la retirada de las escuelas municipales de Cerisay, Fumay y Vitriy.

⁸¹ Según los Informes del P. Hiss y del sr. Fontaine, al Capº Gral. 1886, en el libro del Proceso verbal, pág. 103, en AGMAR: 50.3.1.

⁸² Seguimos el Informe del P. Hiss, al Capº Gral. 1886, p. 8 y sig., en AGMAR: 54.5.18.

La Provincia de Midi había visto disminuir el número de establecimientos, pero no el de religiosos ni el de alumnos. Midi era la Provincia que dirigía más escuelas municipales, por lo que era la más afectada por las leyes de secularización de la enseñanza. En efecto, los religiosos habían abandonado 7 escuelas municipales; unas por encontrarse en pésimas condiciones materiales y otras forzados por las leyes laicistas. Pero estaban amenazados de perder la dirección de otras doce escuelas municipales. El personal disponible había permitido aceptar la dirección de cuatro escuelas en el Protectorado francés de Túnez: en Trípoli, Túnez, Sfax y Susa, y una más en San Juan de Luz, cerca de la frontera española. En las localidades de Servian y Miradoux se habían dejado las escuelas municipales pero la existencia de una amplia población católica permitió constituir Comités de padres católicos capaces de mantener una escuela privada encomendada a los religiosos. Esta fórmula era la que se iba a intentar aplicar por doquier para sostenerse la enseñanza de las Congregaciones. Pero al contrario de la práctica norteamericana, en Francia las familias no disfrutaban de tanto desahogo económico y la experiencia estaba demostrando que los Comités no eran capaces de cubrir los gastos, a pesar de su buena voluntad. No obstante estos problemas, la población escolar de esta Provincia había crecido hasta los 5.835 alumnos (325 más que en 1881).

La política de laicización de la enseñanza afectaba poco a La Provincia de Franco-Condado, que sólo contaba con tres escuelas municipales en las poblaciones de Courfontaine, Cuiseax y Montebenoît y, sobre las cuales, todavía no se habían dejado sentir las leyes contra las Congregaciones docentes. En consecuencia, el número de alumnos se mantenía estable en torno a los 2.900 matriculados.

Alsacia tenía repartidos sus establecimientos entre Suiza, Austria y Francia. La viabilidad de estos centros dependía de la aplicación rigurosa o moderada de las leyes liberales en materia escolar y en la relación que mantenía cada uno de estos países con la Iglesia. En Francia sólo dirigía una escuela municipal, en La Bresse. Hasta la fecha no había otra ley laicista que la circular ministerial del 3 de enero de 1882 que impedía a los superiores religiosos visitar las escuelas municipales encomendadas a sus Congregaciones. En Austria, la buenas relaciones de la Iglesia con los conservadores favorecía la enseñanza católica. Pero en Suiza, los liberales habían expulsado a los religiosos docentes del cantón de Basilea, en cuya capital se había tenido que dejar la bella escuela que recibía a 800 niños. A pesar de esta notable pérdida, en la Provincia de Alsacia se había dado un leve aumento del número de alumnos hasta alcanzar la cifra de 2.420 (60 más que en 1881).

Aun cuando la Tercera República amenazaba con una aplicación radical de las leyes liberales en la enseñanza, cuyo efecto habría de ser la total laicización de la enseñanza pública, el padre Simler terminaba su primer período de Superior general en plena expansión material de la Compañía de María. En efecto, los religiosos marianistas atendía en Europa a 27.000 alumnos y entendían su tarea escolar como una misión entre la infancia y juventud; de ahí que el padre Hiss afirmara ante los capitulares que “cuando vemos a los enemigos de Dios conjurarse para impedir ir a Jesús a los más queridos de su Corazón, nosotros debemos hacer más esfuerzos para conducirlos en el mayor número posible”.

Muy distinto del horizonte legal que se avecinaba sobre la tarea escolar en Francia era la situación de las obras marianistas en los Estados Unidos, donde el Estado dejaba libertad plena a la iniciativa privada en materia educativa. Además, el país se encontraba en plena expansión industrial y económica y los católicos comenzaban a ser reconocidos como una importante fuerza religiosa y cultural en la sociedad americana. El padre Hiss acababa de visitar en 1885 la Provincia de América. La visita precedente se remontaba a 1875, por el entonces segundo Asistente General, padre José Simler. Tras su visita, el padre Hiss reconocía que en los últimos diez años “la Provincia ha alcanzado un desarrollo considerable.” El número de establecimientos se había elevado de 25 a 39 y el de religiosos, casi duplicado, pasando de 180 a 350 (de los que 50 habían sido traídos a Francia para

completar sus estudios y su formación religiosa). La Provincia se había extendido fuera de las fronteras del país con una fundación en Canadá y tres en las islas Hawai.

La inmensidad de la Provincia de América hizo imposible que el Asistente de Instrucción visitara todas las casas. Pero aprovechó para entrevistarse con los religiosos que acudieron a la propiedad de Nazareth a hacer los ejercicios espirituales anuales. El rápido desarrollo de esta Provincia comportaba sus riesgos, sobre todo para los religiosos jóvenes, los más numerosos. Pues al ardor y generosidad de su juventud, junto a una fe viva, se unía la ligereza de la edad con el apego al bienestar material y a la independencia. Tendencias difíciles de corregir dado que los directores de las casas eran tan jóvenes e inexpertos como sus súbditos y la extensión territorial de la Provincia impedía al Provincial visitar con frecuencia a sus religiosos. Al menos, la larga experiencia de veintidós años en el cargo y el conocimiento de sus hombres que tenía el padre Reimbolt, era una preciosa ayuda para la Administración General.

La Provincia vivía una difícil situación económica a causa del incendio en diciembre de 1883 de los edificios del Noviciado y Escolasticado en la propiedad de Nazareth en Dayton. Inmediatamente se construyó un edificio grande y hermoso, “puede que demasiado hermoso” –se lamentaba el padre Hiss-. Construcción que había dejado a la Provincia sin fondos de reserva, para mantener a diario una carga de 80 postulantes, 20 novicios y demás escolásticos con sus respectivos maestros, que arrojaba la cantidad de 140 bocas que alimentar. Pero como la situación financiera de las escuelas era mejor que en Francia (cada escuela enviaba a la caja provincial de 600 a 700 francos anuales por hermano, que era la cifra que recibía un religioso en Francia por un año de trabajo), se podían cubrir los gastos anuales. Aún así, la Provincia debía 200.000 francos. “¡Un motivo para renovarse en el espíritu de economía y pobreza!”, sostenía el padre Hiss.

Pero más preocupante que la deuda económica era la formación de los candidatos. La gran mayoría de los postulantes procedían de las escuelas dirigidas por los hermanos. Pasaban de cuatro a cinco años en la casa de formación; pero dado que el Estado daba libertad completa a la iniciativa privada, por lo que no exigía títulos académicos para ejercer la docencia en las escuelas libres, los jóvenes marianistas no sufrían otros exámenes que los establecidos por las ordenanzas de los Capítulos marianistas. Habían sido el señor Stinzi, en su cargo de Inspector, y el padre Simler, durante su visita a la Provincia, los que habían establecido un programa de estudios y de pruebas antes de enviar a un joven religioso a ejercer la docencia. Los diplomas entregados no tenían valor oficial y sólo eran un medio de emulación para el estudio. Esta situación se prestaba a numerosos abusos por parte de las Congregaciones docentes, que destinaban a la docencia a religiosos y religiosas sin la adecuada preparación. De ahí que fueran los obispos norteamericanos, reunidos en el sínodo de Baltimore, los que exigieran exámenes para los maestros empleados en las escuelas parroquiales y establecieron inspecciones para supervisar esta obligación. A partir de ese momento se hizo necesario poseer un certificado de estudios, entregado por una Comisión diocesana nombrada por el obispo de cada diócesis; y todos los años, la Comisión visitaba las escuelas de las parroquias. La decisión afectaba directamente a los Marianistas, porque casi todas sus escuelas de la Provincia eran parroquiales. No poseían otros centros propios que los internados de los colegios de Nazareth, de San Antonio y de Honolulu. En general, las clases parroquiales estaban sobrecargadas de niños, de tal manera que la Provincia instruía a 10.000 escolares (casi $\frac{1}{4}$ de los alumnos de la Compañía).

El padre Hiss se encontró con la situación que ya conociera el padre Simler diez años atrás: Los alumnos frecuentaban la escuela hasta la edad de la primera comunión a los trece años; los programas no eran muy elevados; más bien se pretendía una enseñanza práctica, orientada al cálculo y al comercio. La mayor parte de las escuelas estaban en parroquias de lengua alemana, pero dada la preeminencia del inglés, la enseñanza era bilingüe. Los locales escolares eran espaciosos y óptimos

para su función docente y el material escolar respondía a los adelantos de la ciencia pedagógica.

También en las islas Hawai la Compañía gozaba de una situación próspera. El Colegio San Luis, en la isla de Honolulu, contaba con 400 alumnos, de los que 80 eran internos. Su prestigio era tal que el rey Kalana I lo había visitado. Los alumnos, entre los 6 y los 17 años, pertenecían a diversas religiones y nacionalidades; aunque, la mayor parte eran católicos. Los alumnos indígenas eran jóvenes de carácter dulce y obediente, muy aplicados en sus estudios, amantes de la música y la gimnasia; ponían ganas para aprender el inglés con el fin de asimilarse al modo de vida occidental y prosperar en los negocios. En este prestigioso colegio había una comunidad de 15 religiosos (3 de ellos, hermanos obreros), diestramente dirigidos por don Beltrán Bellinghausen, que gozaba de toda la confianza del señor obispo y de los padres misioneros del Sagrado Corazón. Las otras dos escuelas, de San Antonio en Wailuku y Santa María en Hilo, eran obras modestas; con sólo tres religiosos y un centenar de niños en cada una de ellas. En estas escuelas, pertenecientes a la misión de los padres del Sagrado Corazón, los religiosos marianistas estaban muy compenetrados con los misioneros, en su mayoría de nacionalidad francesa y belga, que reconocían que la escuela era muy importante para la obra de la misión. También aquí se volvía a repetir la regla de oro: “la educación cristiana es el medio más seguro para llevar la fe a las poblaciones paganas; pero, también, para impedir que la población cristiana vuelva al paganismo”. La escuela católica, pues, a finales del siglo XIX se convirtió en los nuevos territorios de misión y de colonización en el instrumento más eficaz para transmitir el credo católico y la cultura occidental entre la población autóctona.

b) Recuperación espiritual: identidad carismática y Constituciones

Ya se ha dicho más arriba que en el Capítulo General de 1886 el padre Simler se dirigió a los capitulares para exponer los criterios y líneas de acción dominantes de sus diez años al frente de la Compañía de María. El llamado *Compte-rendu du Supérieur général présenté au Chapitre général de Bellevue, le 30 Avril 1886*, era “la primera vez, desde el origen de la Compañía, que un informe es presentado por el Superior General”, reconocía Simler ante la asamblea capitular⁸³. Este acto del ejecutivo había sido mandado insertar por la S. C. de Obispos y Regulares en el artículo 527 de las nuevas Constituciones, al imponer que “el Superior General da cuenta de su administración a la asamblea del Capítulo”. Todo el informe del Buen Padre tenía por finalidad exponer ante los capitulares lo que “la Compañía de María es y lo que hace”; y más aún, explicar cuáles habían sido los principios rectores de su gobierno. Así, pues, “os doy cuenta de mi administración”.

Puesto en la línea de los grandes principios, el padre Simler comenzaba recordando que “nosotros somos esencialmente la obra de Dios”; y este es “el más profundo secreto de nuestra política”. Por lo tanto, la regla de conducta de la Administración General había sido conocer la voluntad de Dios para la Compañía de María, a través de sus vías legítimas: la Santa Sede, las Constituciones, los Capítulos Generales, las tradiciones de la Compañía, los acontecimientos y las circunstancias en las que se vivía. Esta era “nuestra primera regla de conducta y nuestro principio de gobierno”. Simler afirmaba que había gobernado siguiendo las consignas y acuerdos de la Sagrada Congregación y del Capítulo General. Si insistía sobre estos términos era para demostrar la falsedad de las acusaciones contra su persona y su modo de gobernar contra los mandatos de la Santa Sede y del Capítulo. Lamentaba amargamente que después del Capítulo de 1881 hubiera religiosos que continuaron enviando cartas a la Sagrada Congregación acusando a la Administración General de tergiversar el carisma y las tradiciones de la Compañía. Acusaciones basadas en sospechas infundadas y en principios históricos falsos.

⁸³ Simler, Informe al Capº Gral. 1886, en AGMAR: 54.5.22.

Después de la obediencia a la Santa Sede, el Buen Padre Simler había situado las Constituciones como el segundo criterio en su acción de gobierno, por ser el medio del cual se servía Dios para manifestar a la Compañía lo que deseaba para ella. A este respecto, había procurado inspirar en todos los religiosos la mayor estima, amor y más fiel observancia de las Constituciones. Pues el fin principal y primer deber del Superior General, tal como se sostenía en el artículo 2 de las Constituciones, era “elevator a cada uno de sus miembros a la perfección evangélica”. En torno a este punto espiritual se anudaban todas las actuaciones de gobierno del padre Simler. “Me he afirmado igualmente en este primer deber –confesaba-. Me parece que si llegamos a multiplicar los santos en la Compañía, todo andará mejor y Dios dará el resto por añadidura. Una sociedad (religiosa) se fortalece en la medida en que tiende a la perfección de la santidad. Por este motivo he optado preferentemente por la tarea de alentar entre vosotros el deseo de la perfección y de dar a cada uno los medios para llegar a ella. Recorred la serie de mis circulares y veréis que este es el pensamiento dominante expuesto de mil formas distintas. Llegad a ser santos y por lo mismo sed hombres rezadores y de oración; llegad a ser santos a toda costa y para eso sed hombres de regla, porque no seréis santos nada más que según la regla. La piedad con todo lo que conlleva, la regularidad con todo lo que encierra, incluida la piedad, he aquí todo lo que ha sido constantemente el primer objetivo de mis recomendaciones y de mi acción sobre la Compañía.”

Sobre esta convicción, el padre Simler había definido dos líneas maestras de actuación: la formación de los jóvenes religiosos y de los directores de los establecimientos. Hacer de los directores hombres de Dios, para conducirse a sí mismos y a sus hermanos por “la plena observancia de la regla”.

Después de las Constituciones, el tercer criterio seguido para gobernar la Compañía había sido la aplicación de las decisiones de los Capítulos Generales. El conjunto de estatutos, ordenanzas y tradiciones de la Compañía tenían que ser recogidos y formulado en un Libro de usos y costumbres (Coutumier).

Pero “el trabajo más importante que el Capítulo de 1876 había encomendado a la Administración general era la revisión de las Constituciones por el Capítulo de 1881”. Simler se tomó a pecho este cometido; redactó un texto nuevo y lo presentó al examen de los capitulares. Presentadas en Roma, la Sagrada Congregación aprobó el texto en 1885 por un tiempo experimental de siete años. Pero aunque todo parecía desenvolverse dentro de los plazos legales previstos, en torno al asunto de las Constituciones era donde Simler había vivido las mayores preocupaciones de su generalato; preocupaciones causadas por un grupo de recalcitrantes que continuaban enviando escritos a la Sagrada Congregación acusando a la Administración General de querer cambiar el espíritu original y las tradiciones de la Compañía de María. En su Informe, el padre Simler hizo una extensa y pormenorizada explicación del proceso de redacción y revisión de las Constituciones, con la manifiesta intención de testificar la honradez del proceder de la Administración General, siempre obediente a las consignas del Capítulo General y en permanente relación con el señor Cardenal de París y el Secretario de la Congregación de Obispos y Regulares. Por lo tanto, no era cierto que la dilación de la Sagrada Congregación para la aprobación definitiva del texto constitucional respondiera a algún problema que no se quería dar a conocer a los religiosos. El Prefecto de la Congregación había preferido elegir al Cardenal Richard como su interlocutor en este asunto; motivo por el que el padre Simler no podía mantener informados de primera mano a los religiosos; pero el señor Cardenal de París había estado en todo momento en comunicación con el padre Simler y ambos compartían los mismos criterios sobre todos los puntos difíciles de las Constituciones. Por tanto, no había retraso en la aprobación por parte de Roma; ni menos que el retraso se debiera a algún problema inconfesable. Sólo dos artículos, a criterio del señor Cardenal, resultaban nocivos para la administración de la Compañía: el nombramiento de diez capitulares generales electos por Provincia y la elección de los Provinciales por el Capítulo General. Justo los dos puntos de conflicto que un grupo de

religiosos pedían en cartas personales enviadas a la Sagrada Congregación, temerosos de que la supresión de estos dos artículos produjeran la transformación de la Compañía en Instituto clerical.

El padre Simler se había impuesto otro objetivo al frente de la Compañía: elaborar un Formulario de oraciones y actos de piedad en los que se recogiera la tradición espiritual marianista. Era claro que este objetivo se situaba en la misma línea de reforzar la vida espiritual de los religiosos; pero haciendo uso de la espiritualidad propia del Instituto. Pero, como también en esta actuación de su gobierno el padre Simler era criticado por los religiosos que le acusaban de cambiar las primitivas fórmulas de oración, tuvo que defenderse afirmando que “he llegado (al gobierno general) en un tiempo en el se impone la revisión o, bien, una mejor organización” de muchos elementos constitutivos de la Compañía. Así, confiesa que “la revisión de las Constituciones, del Formulario, de numerosas Instrucciones, reglamentos y de otros trabajos me han sido formalmente impuestos por los Capítulos y por las circunstancias”.

Un capítulo nuevo en la agenda de gobierno había sido dado por las nuevas fundaciones en el Norte de África, en el territorio colonial francés, y el establecimiento en Roma. Era otro de los medios por los que el padre Simler consideraba que “Dios nos hablaba también por los acontecimientos. (...) Sea en previsión de los advenimientos (legales que en Francia se comenzaban a dar contra los religiosos en la enseñanza), sea en vistas a dar a la Compañía un carácter más universal”. En efecto, la Compañía de María participaba en el fenómeno de las misiones, común a toda la Iglesia católica al final del siglo XIX, y en colusión de intereses con la expansión colonial europea. Era tanto el impulso misionero cuanto las dificultades legales en Francia, “lo que nos ha llevado, de un lado, a no rechazar algunos establecimientos lejanos, y de otro, a multiplicar durante estos diez años nuestras relaciones con la Santa Sede y con el Vicario de Jesucristo”. Para fortalecer estas relaciones, la Administración General recibía a través del Cardenal Protector la voluntad de León XIII de que la Compañía fundara en Roma un centro escolar. Simler era firme partidario de estas obras fuera de Francia “porque los acontecimientos parecen prepararnos pruebas exteriores, más fuertes que las pasadas (pruebas internas en torno a la composición mixta)”. Preveía la retirada de numerosas escuelas, reducción del número de vocaciones e, incluso, el expolio. “Pero cuando todo llegue a faltarnos, nada nos faltará si nos mantenemos unidos en la caridad y en la fiel observancia de nuestras reglas”.

En fin, la previsión de nuevos asentamientos fuera de Francia, caso de la expulsión de la enseñanza por los radicales de la Tercera República, se va a convertir en el gran objetivo del padre Simler durante su segundo mandato de Superior General. Esta previsión dará como fruto la expansión de la Compañía a nuevos países. Pero la búsqueda de nuevos lugares no se hará por un plan preconcebido de crecimiento o por una simple estrategia de huida; sino que será la ocasión para lograr que todos los religiosos permanezcan unidos en la misma espiritualidad y misión y en la común forma de vida marianista. Por esta vía se realizará la unidad de voluntades que permitirá superar los pasados conflictos en torno a la composición mixta, que habían amenazado con dividir el Instituto en una rama clerical y otra laical. Simler estaba convencido de que no sería reelegido General, por eso se atreve a dirigirse a los capitulares, diciéndoles: “Dejadme que os diga cual ha sido siempre o cual va a ser, ahora en mi retiro, el primer objetivo de mis deseos y de mis oraciones por la Compañía de María: Siempre me he imaginado la Compañía como una familia única; un solo cuerpo, una sola persona moral, compuesta por miembros tanto más diversos entre ellos cuanto la organización es más perfecta y el fin más elevado. No he conocido y no conozco todavía un cuerpo religioso que sea superior al nuestro.” Y continúa sosteniendo “que no hay entre nosotros ni sabios ni ignorantes, ni profesor ni obrero, ni docente de primaria ni docente de secundaria, ni sacerdote ni laico, porque todos vosotros no sois nada más que uno en Jesús y María. (...) Recordad la unión

que existe entre las tres Personas divinas”. Y concluyó su informe con la cita del evangelio de san Juan, XVII, 21-23: *Ut omnes sint unum... ut sint consummati in unum.*

c) Reelección de Simler y unidad de la Compañía en torno al Superior General

En 1886 se cumplían los diez años de mandato del Buen Padre Simler, por lo que según los artículos 388, 508, 511 y 512 de las nuevas Constituciones era necesario convocar el Capítulo General para la elección de nuevo Superior General, de sus Asistentes, el Adjunto de primaria y de los Provinciales. Su lugar de reunión fue en la casa de Bellevue, donde los capitulares se encontraron en la mañana del miércoles 28 de abril de 1886. Así lo había anunciado Simler en la convocatoria capitular por circular del 15 de octubre de 1885. Con anterioridad, en la circular del 15 de julio, había enviado a las comunidades las instrucciones prácticas sobre el modo de proceder en los Colegios electorales domésticos y provinciales. Según mandaban las animadversiones, al Capítulo estaban convocados por derecho los miembros de la Administración General: el Superior General (Simler) con sus tres Asistentes (Demangeon, Hiss y Fontaine) y el Adjunto de primaria (Girardet); y los Provinciales e Inspectores de las Provincias de París (padre Ehrhard y don Santiago Thomann), Midi (padre Landelino Beck y don José A. Morel), Franco-Condado (padre Hipólito Boisson y don Ambrosio Nicolas), Alsacia (padre Wendling y don José Meyer) y América (padre Reinbolt y don Juan Bautista Stinzi) y 8 delegados electos por Provincia, la mitad sacerdotes y la mitad laicos; en total se debían reunir 55 capitulares, si bien sólo hubo 50 ante la ausencia de los delegados de América que se excusaron por enfermedad, ahorro del viaje y ocupaciones inaplazables⁸⁴. Hechos los escrutinios de los votos en las cuatro Provincias de Francia, el 10 de febrero de 1886 el padre Simler daba a conocer la lista de capitulares de Europa y de la Provincia de América en la circular del 19 de marzo, junto con las oraciones prescritas para rezar en las comunidades por el buen desenvolvimiento del Capítulo.

Tras el retiro previo, el Capítulo se inició en la tarde del día 29 de abril con la lectura de los nombres de los asistentes y elección del Secretario y Presidente; seguidamente, la Administración General saliente depuso sus poderes. Siguieron ahora las lecturas de los informes de los tres Asistentes. Para elaborar sus informes, los padres Demangeon y Hiss habían pedido a los Provinciales los informes de sus respectivas Provincias. En la mañana del día siguiente, el Superior General presentó el informe de su gestión; siendo ésta la primera vez en la historia de los Capítulos Generales de la Compañía de María en que el General presentaba un informe propio, como hemos visto más arriba⁸⁵. Aunque el Capítulo no se reunía para tratar de las Constituciones, el padre Simler hizo una larga alusión a ellas en su Memoria, para mostrar su transparencia en las negociaciones con la Sagrada Congregación para su aprobación y recriminar con firmeza los comportamientos de aquellos espíritus desconfiados que habían continuado con la práctica de dirigir a Roma sus sospechas infundadas contra la Administración General y pidiendo que se continuara con la elección de ocho capitulares por Provincia y la elección de los Provinciales por el Capítulo. Después de declarar su total obediencia a la Iglesia, y de revelar que el

⁸⁴ Albano, *Répertoire de Statistiques S.M.*, 88; los documentos del Capº Gral, 1886, en AGMAR: 50.3.1, pp. 99-131, son las actas del proceso verbal, y 54.5.1-26, es el dossier con la documentación, en Albano, *Répertoire analytique et descriptif des Chapitres Généraux*, 26-27. 351-358; el padre Simler informó del Capítulo en sus circulares del 8-V-1886 (“Después del Capítulo”) y 8-XII-1886 (“Actas del Capítulo General de 1886”); los procesos verbales de los colegios electorales provinciales en AGMAR: 54.5.8.

⁸⁵ Informes de los Asistentes de Celo (Demangeon) y de instrucción (Hiss) en AGMAR: 54.5.17 y 18; resumen del informe de Trabajo (Fontaine), en AGMAR: 50.3.1, p. 103; sobre los informes de los Provinciales en AGMAR: 54.5.12-16 y estadísticas de la Compañía en AGMAR: 54.5.9-11; informe del P. Simler, *Compte-rendu du Supérieur général présenté au Chapitre général de Bellevue le 30 Avril 1886*, en AGMAR: 54.5.22.

trabajo de revisión se había hecho en estrecha colaboración con el señor Arzobispo de París, Simler afirmaba que su principal interés había sido el de hacer observar la Regla. Ante estas palabras, el Capítulo votó por unanimidad una moción de confianza al Buen Padre.

Según el reglamento, en la mañana del sábado 1 de mayo se tuvieron las elecciones del Superior General, los Asistentes Generales y Adjunto de Primaria. Por lo tanto, se pasó a las votaciones. Aunque el padre Simler pidió no ser reelegido, pues en conciencia no estaba de acuerdo con el artículo 518 de las Constituciones sobre la composición del Capítulo General y el artículo 508 que atribuía al Capítulo la potestad de elegir a los Provinciales, sin embargo, fue prorrogado en sus funciones por los votos de todos los capitulares. Siguió la instalación en el cargo del reelegido General y por la tarde se tuvo la elección y juramentos de los Asistentes generales. Los tres fueron renovados en sus Oficios. Solamente se produjo el cambio de don Francisco Girardet por don Antonio Enjugier en el puesto de Adjunto de Primaria; pero el señor Girardet permaneció en su cargo de Secretario general, mientras que el padre Aloisio Heyberger continuaba en el suyo de secretario personal de Simler (que ocupó hasta 1895). Seguidamente se abrió un debate sobre la conveniencia de que fuera la Administración General y no el Capítulo quien eligiera a los Provinciales. Los capitulares compartían los criterios del padre Simler de que el Consejo General conocía mejor las personas y las necesidades de cada Provincia y de que los Provinciales así elegidos estarían más unidos a la política de gobierno de la Administración General. Pero como la innovación introducida por la Sagrada Congregación en las Constituciones imperaba, en la sesión de la mañana del 2 de mayo se eligió a los provinciales, pero siguiendo las preferencias de la Administración General. Así, en América el padre Reinbolt y el señor Stintzi fueron sustituidos por el padre Landelino Beck y don Juan Bautista Kim; y en Midi se cambió al padre Beck por el padre Víctor Boisson en el puesto de Provincial y al señor Inspector, don José Morel, por don Pedro Corbière. Los demás provinciales continuaron en sus puestos: Hipólito Boisson en el Franco-Condado, con su Inspector don Ambrosio Nicolas; en París el padre Juan Bautista Ehrhard y el Inspector don Santiago Thomann; y en Alsacia el Provincial continuó siendo el padre Francisco Javier Wendling y su Inspector don José Meyer. Los resultados de las elecciones fueron notificados al Cardenal Guibert y al Cardenal protector, monseñor Czacky, quienes debían comunicarlo a la Sagrada Congregación y pedirle un Indulto que según el artículo 389 de las Constituciones era necesario para la reelección de Superior General después de un mandato de diez años.⁸⁶

Antes de comenzar los debates de las comisiones, en la décima sesión de la mañana del 4 de mayo el padre Simler tuvo un solemne discurso “de la más alta importancia”, a juicio del padre Lebon, en el que examinó tres cuestiones: 1) La situación actual de la Compañía de María; 2) ¿Qué es la Compañía de María en el pensamiento del fundador? y 3) ¿Qué será la Compañía en el porvenir?⁸⁷. Simler sostenían firmemente la composición mixta de la Compañía; una sola y misma Congregación de miembros eclesiásticos y laicos; aunque pudiera ser que en el futuro Roma pidiera aumentar el número de sacerdotes. A la segunda cuestión, Simler enseñaba que el padre Chaminade había querido la composición mixta con la finalidad de orientar sus religiosos a la educación de los hijos de las familias de clase media en centros de primera y segunda enseñanza, tal como fue el internado Estebenet, primera obra docente de la Compañía. La primera enseñanza no era accidental pero tampoco el único fin de la Compañía; la Compañía la prefiere porque da vocaciones, sea en escuelas públicas o privadas, gratuitas o de pago. Pero los religiosos marianistas en estas escuelas, gobernados por un Provincial sacerdote, no aparecen como una

⁸⁶ La deposición de poderes, juramento de los Asistentes generales y la notificación de la elección a los cardenales Guibert y Czacky en AGMAR: 54.5.24. 1-3.

⁸⁷ En el Proceso verbal del Capítulo, en AGMAR: 50.3.1, pp. 113-118

congregación docente laical. ¿Qué será la Compañía de María en un futuro? “Lo que Dios quiera”, respondía Simler. La Administración General no hará nada para que prevalezca el elemento laical o sacerdotal; cada uno busque ser santo y así prevalecerá. Ahora bien, en el momento actual el número de sacerdotes era insuficiente para las necesidades de las obras. En definitiva, Simler insistía en la unidad entre todos los religiosos; unidad corporativa que es la que da la fuerza a la Compañía de María. Todos son religiosos en sus diversos empleos y estados, con el mismo título de hijos de la Compañía de María: “No hay entre vosotros ni sabio, ni ignorante, ni profesor, ni obrero, ni enseñanza primaria, ni enseñanza secundaria, ni sacerdote, ni no sacerdote, porque todos sois uno en Jesús y María”. Con estas palabras revelaba Simler su concepto de la Compañía de María como un cuerpo orgánico unificado por los mismos medios y fines sobrenaturales. Unidad necesaria para la orientación misionera de la Compañía, ejercida por la concentración de la autoridad en el Superior General y su Consejo, con la ayuda del Capítulo General. De aquí la importancia de que fuera la Administración General quien nombrara a los Provinciales y de que el Capítulo estuviese constituido por un número reducido de miembros que lo hiciera realmente ejecutivo.

Terminado el discurso se formaron las comisiones de trabajo que habían de abordar las diversas cuestiones que preocupaban a los capitulares y a los religiosos. Los capitulares estudiaron una lista de cuarenta y tres cuestiones y un *Manual de dirección* para las comunidades, que según Lebon habría sido escrito por el padre Francisco Vernois, de la Provincia del Franco-Condado; luego se discutieron las 55 mociones (*postulata*) y 17 memorias que llegaron al capítulo y que hace decir al padre Lebon que “son un verdadera ensalada” de cuestiones dispares⁸⁸. La cantidad y variedad de cuestiones presentadas por los religiosos para debatir en el aula capitular manifestaban la multiplicidad de pequeños detalles todavía por ajustar en la convivencia y trabajo de las comunidades y en la organización práctica de la Compañía. Detalles de atención a los enfermos, ocupación de los ancianos, mejor organización de los Capítulos y consejos..., que era necesario atender para mejorar la vida y misión de los religiosos, provincias y comunidades. En el debate sobre las mociones aparecieron los asuntos que intranquilizaban a los religiosos: la composición mixta, el aumento del número de sacerdotes, la composición del Capítulo General, la aprobación definitiva de las Constituciones, el reclutamiento vocacional, la formación de los sacerdotes y las obras de segunda enseñanza. En la sesión final del 7 de mayo el Capítulo dirigió dos peticiones a la S. C. de Obispos y Regulares: 1) eliminar las dificultades que suponían enviar al Capítulo 10 capitulares por Provincia, y 2) suprimir la elección de los Provinciales por el Capítulo General. Dos elementos fundamentales en las Congregaciones de hermanos con votos simples y superior general, si se quería hacer de ellas ágiles instrumentos de misión.

La unidad de la Compañía de María quedaba reforzada en torno al Superior General y su Consejo. Al autoridad inmediata del General sobre los Provinciales en todos los asuntos de la Provincia aseguraba la uniformidad en los criterios y estilos de vida religiosa y acción escolar. Según había comunicado el padre Demangeon en su Informe al Capítulo, la vivencia de la vida religiosa era buena; la fijación de una nueva Regla, en 1881, había ayudado a mejorar la vida espiritual de los religiosos; el silencio y la oración eran mejor practicados a partir de la publicación de la *Guide de l'homme de bonne volonté, dans l'exercice de l'oraison* (1885); igualmente, era buena la práctica en las comunidades de las conferencias de orden y de pedagogía, de los

⁸⁸ Las cuestiones, memorias y mociones dirigidas al Capítulo en AGMAR: 54.5.5-7; el P. Francisco Vernois (1805-1872), ingresó en la Compañía de María siendo sacerdote en Champagne (Jura); tuvo fama de hombre instruido, gran predicador de retiros y a él se debe la formación eclesial de numerosos sacerdotes marianistas; escribió un *Traité de direction*, según los métodos de la Compañía y un voluminoso *Cours de doctrine Chrétienne*, inspirada en santo Tomás y san Alfonso de Ligorio, ambas obras en estado de manuscrito.

capítulos de culpas y la actuación del amonestador hacia el superior. Los jóvenes marianistas se adaptaban de buena gana al paradigma religioso de una institución uniforme y ordenada; ninguno contestaba la forma burguesa de vivir los votos religiosos, donde la pobreza era observada, en punto a castidad no se daban escándalos y nadie se resistía a las órdenes de los superiores. Pero el austero padre Demangeon lamentaba la incorporación de usos característicos de las nuevas sociedades en constante desarrollo material: el uso del reloj personal, tabaco de fumar, consumo de café, viajes, “espíritu de crítica del siglo”, levita desabrochada... Todavía eran de lamentar las actuaciones de aquellos religiosos descontentos que perturbaban los espíritus con escritos y cartas dirigidos a la S. C. de Obispos y Regulares. Pero las circulares e instrucción del Buen Padre Simler, de contenido ascético y espiritual, explicando las exigencias del estado religioso y las características de la Compañía fundada por el padre Chaminade, habían contribuido poderosamente a hacer de los religiosos hombres de Dios, a adquirir fuertes virtudes morales y a trabajar por la propia santificación. Una vez fijado el texto de las nuevas Constituciones aprobadas *ad septennium*, por la Santa Sede, la década de 1880-1890 conocerá un proceso de pacificación interna y de unificación de la Compañía en torno al Superior y Consejo General. De tal modo que en el Capítulo de 1891, Simler ha de reconocer la ausencia de manifestaciones orales y escritas, contrarias al desenvolvimiento histórico-institucional de la Compañía.

Terminados los debates, el Capítulo dirigió cartas de saludo al papa León XIII y al Cardenal Protector Czacki; y a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares se le pidió un Indulto para ratificar la elección del padre Simler, pues una de las animadversiones del 29 de julio de 1882 pedía que tras diez años de gobierno, el Superior General no podía ser confirmado en el cargo sin un Indulto de la Santa Sede. El 7 de mayo, último día del Capítulo, llegaba el Indulto pedido que ratificaba la elección del padre Simler; y, así, el Capítulo se pudo clausurar con las firmas de los capitulares. En consecuencia, al día siguiente, 8 de mayo, el Buen Padre se apresuraba a comunicar a los religiosos su reelección y la de los nuevos provinciales, por carta circular en la que afirmaba que “no se puede resumir mejor los trabajos del Capítulo concluyente que diciendo que no ha habido nada más que un solo fin, el de asegurar la ejecución y la observancia plena, fiel y sincera de nuestras Constituciones y de todo lo que a ellas se refiere”.

Tras la aprobación de las Actas del Capítulo por la Sagrada Congregación, el padre Simler las publicó por circular del 8 de diciembre de 1886. Las Actas se componen de 8 Estatutos y 25 Recomendaciones. Todos ellos pretenden adecuar los usos y costumbres, nuevos o ya establecidos, de la Compañía a los artículos de las nuevas Constituciones, dentro del marco de la uniformidad y centralización característica de la vida religiosa decimonónica. Así lo advierte el padre Simler en la presentación, al enseñar que “se es naturalmente llevado a estimar provechosamente y a observar más fielmente los preceptos cuya utilidad se conoce. Sin duda, cuando la autoridad ha hablado, esto debe bastar para que cada uno ejecute prontamente lo que está mandado” (p.2). Haciendo uso de la alegoría de un grupo humano como un “cuerpo moral”, afirma que la perfección del mismo reside en la perfecta observancia de sus leyes. Por este motivo “el Capítulo de 1886 se ha acordado de estos principios de buen gobierno de las sociedades civiles y religiosas. El Capítulo (...) únicamente se ha ocupado de buscar prescribir o recordar lo que debe procurar la perfecta regularidad” (p.3). Sin embargo es importante pasar reseña a los Estatutos y Recomendaciones porque establecieron prácticas que se habrán de perpetuar en la Compañía de María hasta la abrogación de las Constituciones del padre Simler por la reforma del Concilio Vaticano II.

El Capítulo estatuyó que la petición de votos temporales y perpetuos se haga por escrito; fijó en dos las conferencias anuales a dar por el director de la casa sobre el voto de pobreza; fijó la uniformidad en paraguas, maletas y baúles de viaje; estableció las oraciones a recitar en común ante la noticia de un religioso difunto;

impuso que los jóvenes religiosos destinados a oficios manuales recibieran instrucción religiosa durante los cinco primeros años de profesión; obligó a los directores a enviar al Provincial un informe mensual del estado de la casa; y recomendó rezar por las fundaciones en nuevos países.

En la misma tónica se movieron las Recomendaciones: las peticiones de votos deben dirigirse al Provincial; el dinero sobrante de los viajes debe ser devuelto; el director debe estar presente y a la cabeza de los actos comunitarios; las casas deben tener un reglamento horario expuesto en la sala de comunidad; se regula el procedimiento del capítulo de culpas y las funciones del amonestador del superior; se recuerda la necesidad de las penitencias de Regla y el silencio en el comedor, la prohibición del uso del tabaco, se prescribe el color negro u oscuro del cubrecabeza dentro de la casa y del sombrero en las salidas, del cuidado del traje, de la ropa de hogar y de la modestia en el vestir, las normas del régimen alimenticio y prescripción de alimentos en cada comida del día y el trato respetuoso a las personas; se permite celebrar modestamente el quincuagésimo aniversario de la profesión religiosa; se prohíbe admitir a los seculares en el interior de la comunidad y su asistencia a los retiros comunitarios; así mismo se dan todas las reservas para impedir que las mujeres de servicio doméstico puedan tener acceso a los espacios privados de los religiosos –sala de estudio y dormitorio, principalmente-; el director debe vigilar que los religiosos cuiden en su correspondencia la caridad y el espíritu religioso; se permite a los religiosos laicos enseñar el catecismo y la instrucción religiosa a los alumnos, incluso si en la casa hay religiosos sacerdotes y capellán; a los hermanos obreros se les ha de dar conferencias particulares; los sacerdotes marianistas pueden ejercer funciones de su ministerio en el exterior con permiso de los superiores; se llama la atención para cuidar que durante las circunstancias extraordinarias –paseos, fiestas en el refectorio, distribución de premios...- no se cometan abusos; se sostiene que en los diferentes climas donde se extienden las casas marianistas, la Regla se observa siempre; los profesores auxiliares –no marianistas- tendrán un reglamento especial; finalmente, el director debe reservar en su reglamento horario tiempo para dirigir y cuidar de la comunidad. En todas estas reglas caben sus excepciones; pero éstas sólo las conceden el Superior General o sus Asistentes y el Provincial.
